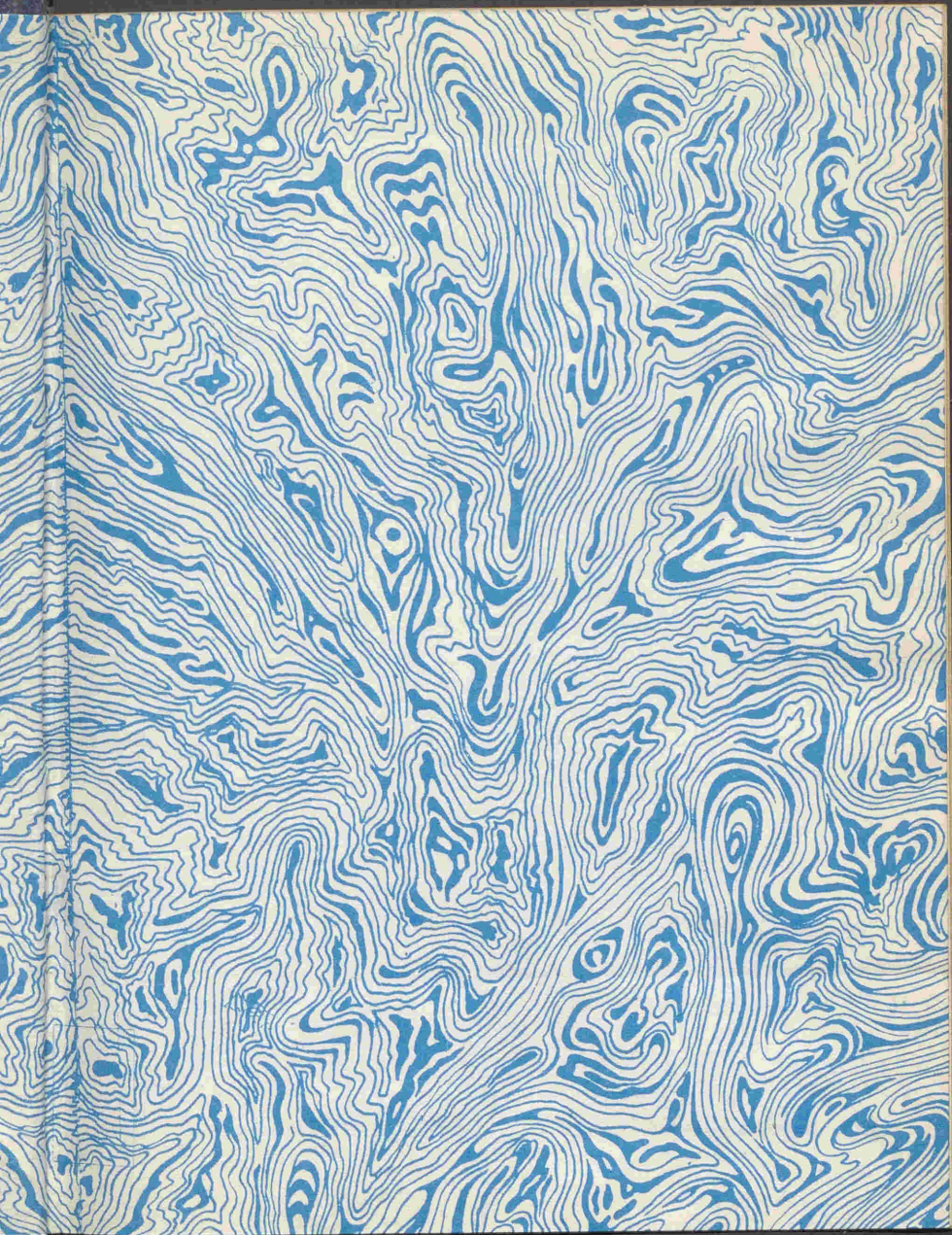
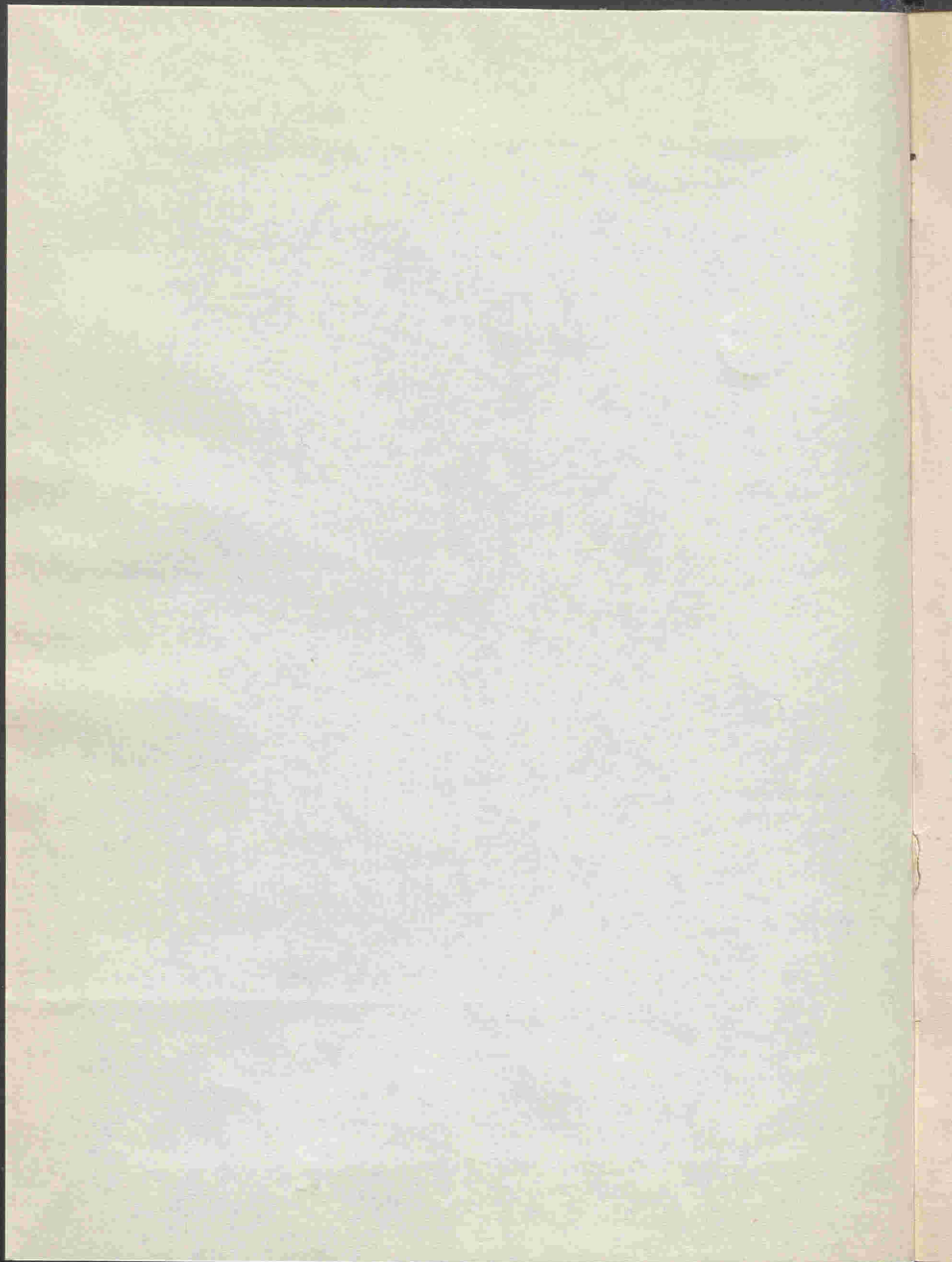


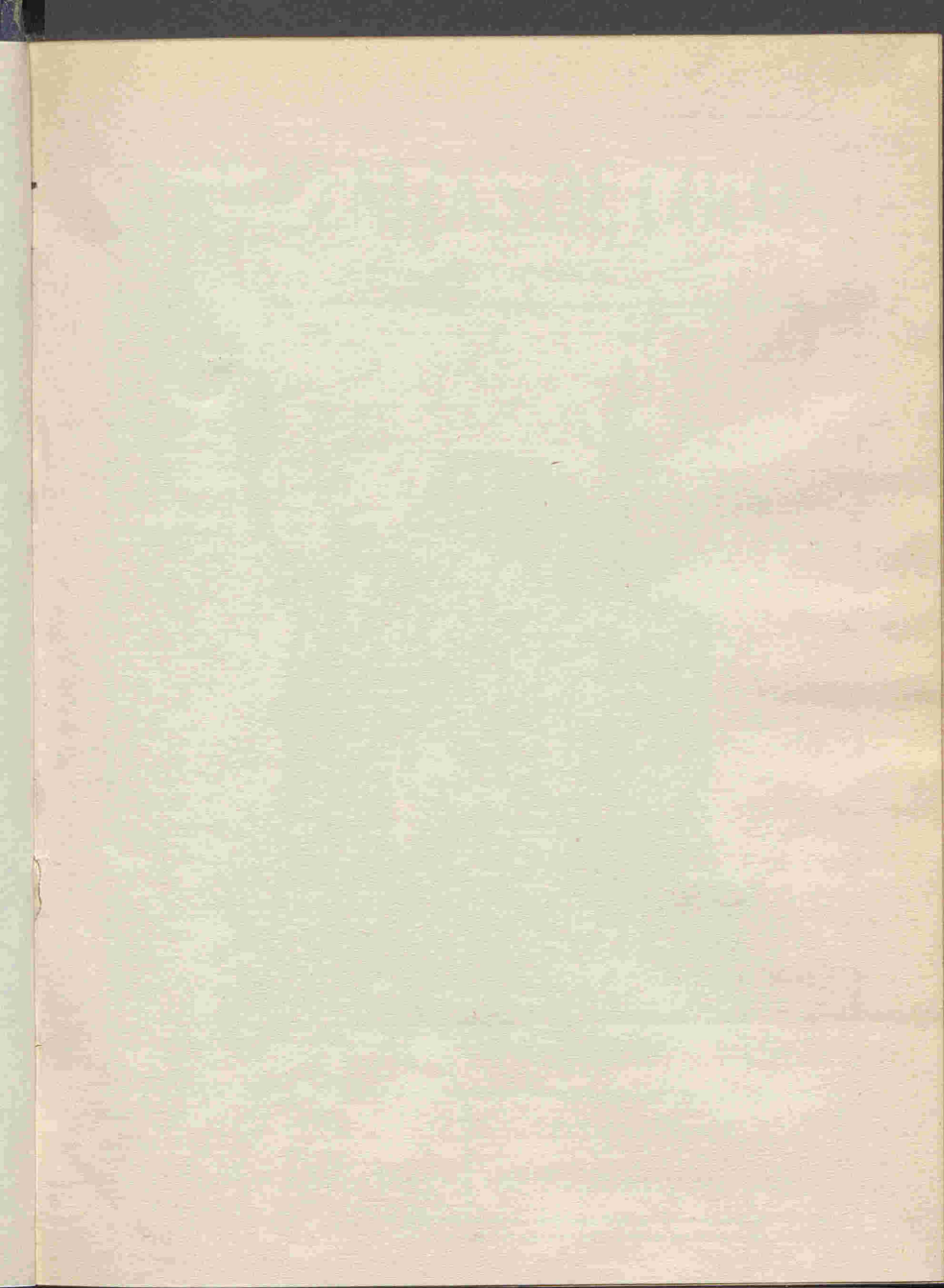
JESUS SAINZ DE LA MORA
LAS CENIZAS DE COLON

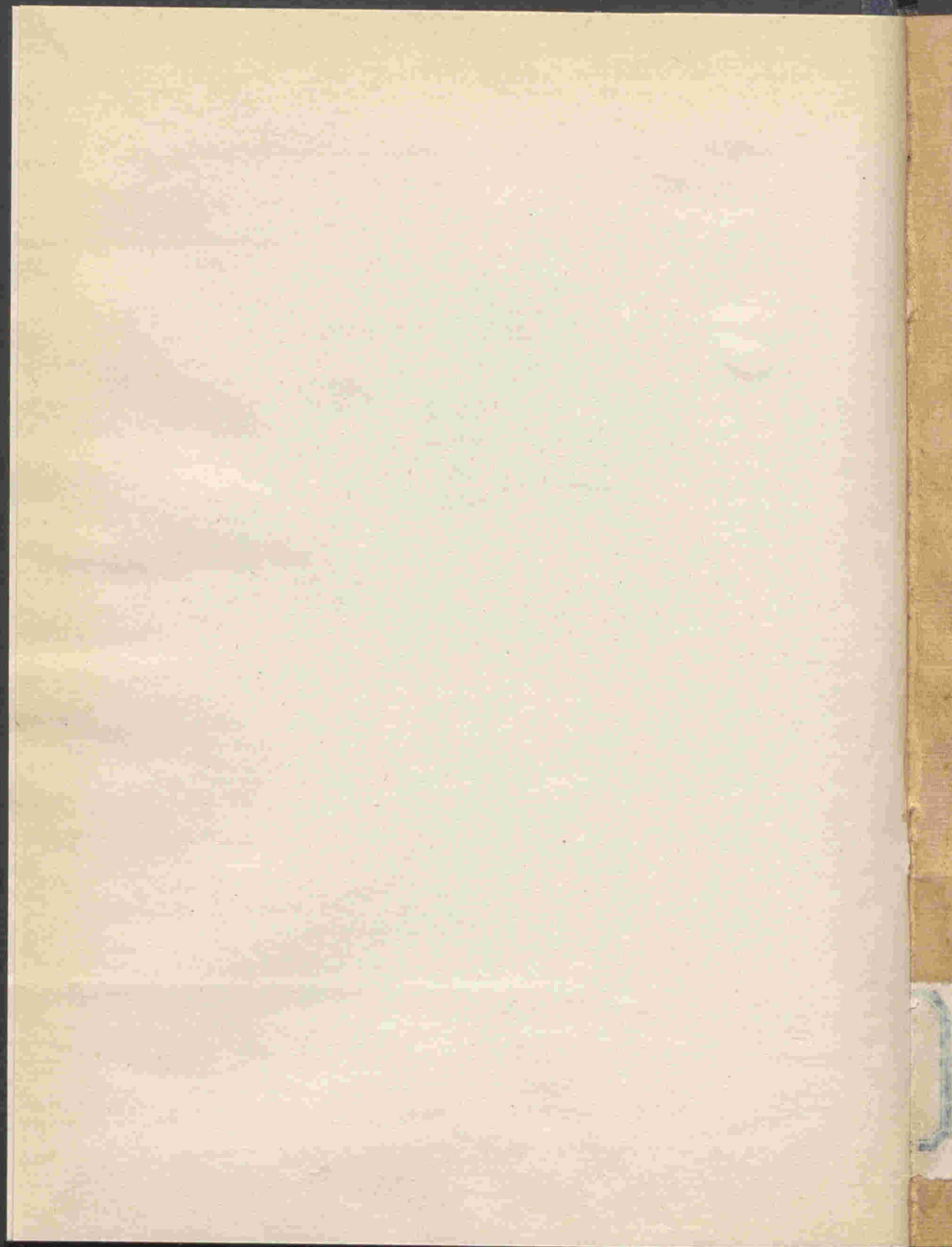
1











LAS GENIZAS DE COLON

CONTRIBUCIÓN HISTÓRICA

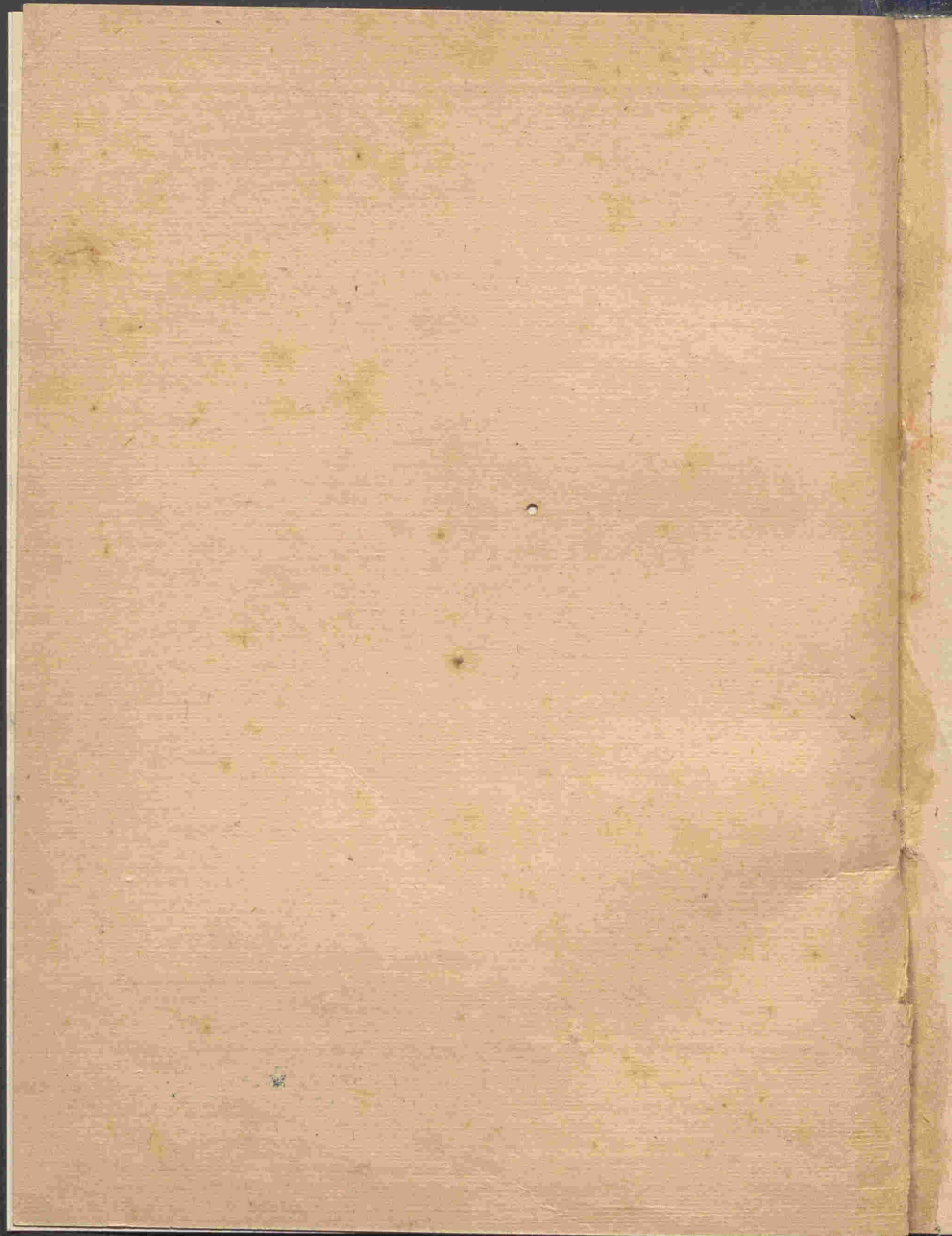


POR EL DR.

Jesús Saiz de la Mora

PRÓLOGO DEL DR.

José A. Rodríguez García



A/2961

Las cenizas de Colón

A

2961

POR EL

Dr. Jesús Saiz de la Mora



1915.

IMPRENTA «CUBA INTELECTUAL»

SANTO TOMÁS, 30, CERRO.

HABANA

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

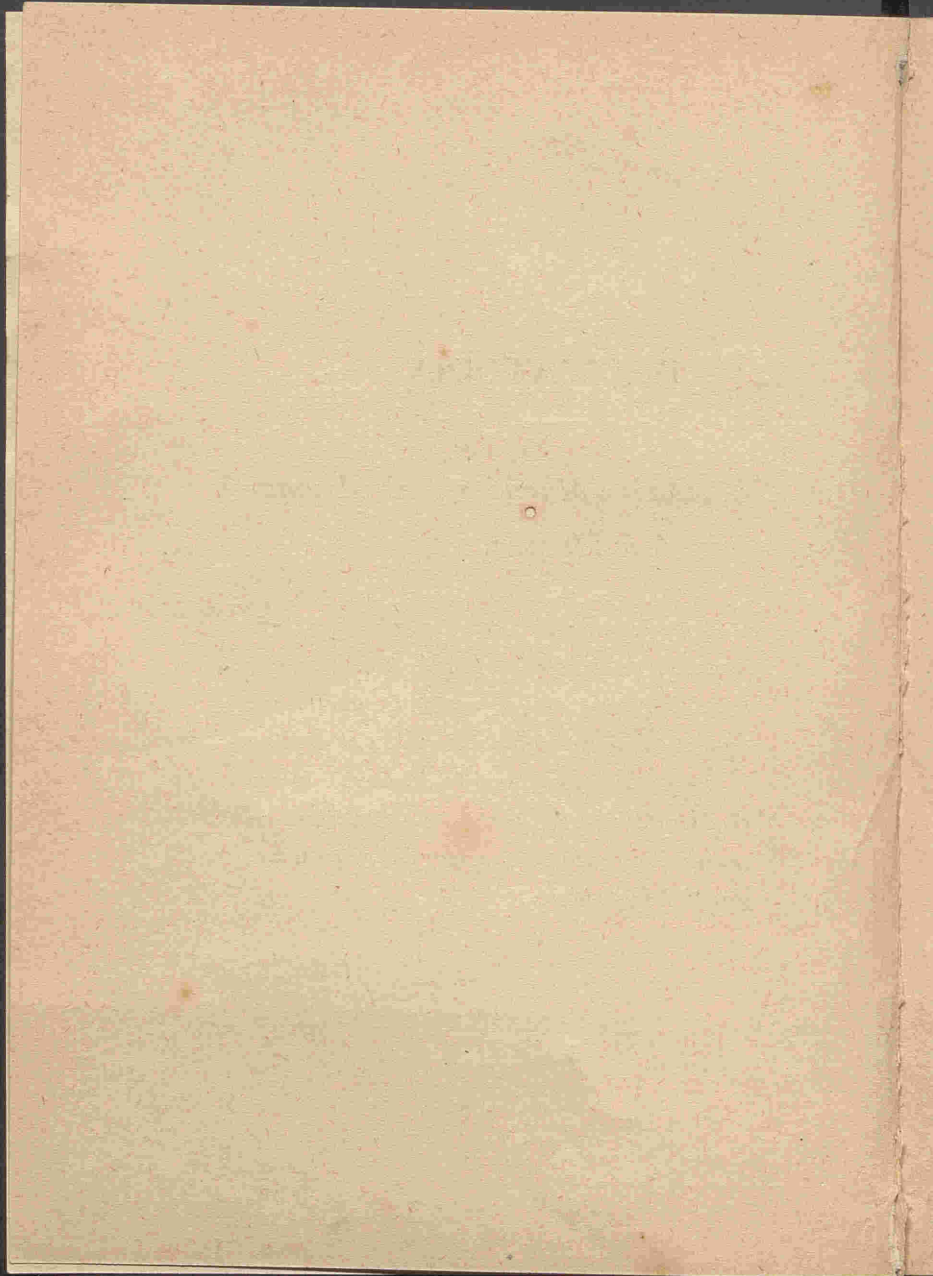
Es propiedad del autor.

DEDICATORIA

Al Sr. Alcalde Municipal, al Ayuntamiento de la Habana.

A nadie con más títulos que a la representación de la ciudad podría dedicarse este libro, porque a ella corresponde, puesto que aquí se desarrolló todo lo que en el mismo se trata y siempre tomó la Habana, o sea el Ayuntamiento, parte principalísima en cuanto concernía a los restos del gran navegante descubridor.

R-383



PROLOGO

Copiosa es la bibliografía colombina, y, sin embargo, distan de hallarse aclarados interesantísimos particulares concernientes a la vida del gran marino.

Se discute el lugar del nacimiento, sin que la propia declaración del genial navegante parezca decisiva para considerarle genovés, y como una veintena de pueblos se disputan la gloria de ser su patria. Ultimamente (como todo el mundo sabe), el erudito autor de Colón español nos lo hizo gallego.

Se discute la fecha en que vió la primera luz.

Se discute sobre los primeros hechos de su existencia (educación, oficio y sucesos).

Se discute acerca de los antecedentes que ori-

II

ginaron la idea de hallar un nuevo camino para ir a las Indias (que tal fué lo que nuestro personaje se propuso), y hasta hay quien afirma que éste muy lindamente se apropió de lo que no era suyo; como si, dando por cierto que un marinero español había comunicado al Descubridor la noticia del Nuevo Mundo, estuviese realizada la empresa, o fuese cosa insignificante el acometerla y realizarla. Nihil novum sub sole! Antes de Cristóbal Colón pisaron el suelo americano europeos, según han demostrado muchos, entre ellos Bachiller y Morales; poetas y filósofos columbraron que existía el Continente, y nada de eso impide que toda la gloria de la portentosa invención sea justamente del insigne Almirante.

Se discute la ciencia. Hay quien le tiene por sapientísimo; pero hay quien le rebaja ridículamente. Nunca faltó al hombre de genio o de talento preclaro la negación de sus más evidentes dotes. Pocos suben, cual subió el barón de Humboldt, a las alturas de la verdadera crítica.

Se discute la moral. Santo, para un famoso conde francés, que pide la beatificación del pro-

III

digioso nauta; hipócrita, cruel, sórdido, malvado en suma, lo declaran otros.

Se discute la importancia de su esfuerzo, el alcance y mérito de su empresa, el beneficio que a la nación descubridora hubo de reportar ésta...

Para que nada falte, se ha discutido y se discute sobre las cenizas.



Muchos años hace que leí el libro del Arzobispo Cocchia intitulado Los restos de Colón en la Catedral de Santo Domingo, y de él no hago exacta memoria, mas sí recuerdo que no logró convencerme de que hubieran sido cándidamente portadores de otros restos los encargados de conducirlos a la Habana.

Doctamente escribieron acerca de esta materia don Manuel Colmeiro, en representación de la Real Academia de la Historia, reputada corporación matritense; don Antonio López Prieto, diligente, competentísimo, que fué a Santo Do-

IV

mingo comisionado por el Gobierno de la Isla y desempeñó con lucimiento su cometido; don José María Asensio, que ha profundizado como pocos la historia de Colón; don Juan Ignacio de Armas, muy aficionado a estas disquisiciones, y con ellos algunos más.

Parecía, pues, agotado ya el asunto, y no obstante, el Dr. Saiz de la Mora ha sabido, en Las cenizas de Colón, darle nuevo interés.

Porque no se trata de una mera compilación en que se reduzca el trabajo a reproducir lo ya investigado; sino que el autor, acudiendo a las fuentes, haciendo investigación directa en cuanto le era dado, logra añadir pormenores poco o nada conocidos y rectificar errores; ha tenido muy presente, asimismo, lo verdaderamente importante de cuanto dijeron sus precursores, y hasta reproduce documentos y nos da el célebre sermón del P. Caballero, pieza oratoria que los más conocen sólo de oídas, y que de otra suerte jamás habrían leído.

Esa labor, como todas las suyas, la ha realizado el Dr. Saiz de la Mora con criterio propio, según es fácil notar en los discretos comentarios

y atinadas observaciones que hace, y llevado del loable propósito de prestar un servicio a la historia patria, de la que se cuidan poquísimos, más inclinados a la hueca declamación de lugares comunes, que al estudio detenido y a la dilucidación de las arcanidades de nuestros archivos. Logran aquéllos fácilmente el aplauso inconsiderado de la turbamulta; pero el verdadero patriotismo no consiste en el alarde extemporáneo de ciertas o fingidas excelencias de la tierra en que se ha nacido, ni en aducir merecimientos propios, como reclamando el consiguiente pago; sino en servirla calladamente, con intención modesta, en esas labores de la instrucción y de las investigaciones históricas a que se consagra el doctor Jesús Saiz de la Mora, para contribuir a la difusión de la cultura, que trae como secuela el engrandecimiento moral y aún el material de la patria.

El Dr. Jesús Saiz de la Mora es uno de esos contados hombres que, venciendo innumerables dificultades, ha logrado lucir el birrete doctoral. Examinado de maestro y ejerciendo, muy noble ambición le impele a doctorarse en Pedago-

VI

gía, y, no satisfecho aún, cursa los estudios de Filosofía y Letras, llegando a feliz término sus aspiraciones. A la par consagraba largas horas a penosa faena periodística, hasta que, presentada propicia ocasión, en recia lid gana justamente importante plaza (una inspección de escuelas que sostiene poderoso centro), donde han de ser muchos y valiosos los servicios que preste a la enseñanza de nuestro país; tal cabe esperar de su competencia, asiduidad y amor a la instrucción pública.

Hermoso ejemplo de lo que es la verdadera democracia. No se reduce ésta, según parecen creer algunos, a que los cultos desciendan al bajo nivel de los carentes de civilidad; por el contrario, ella estriba en que los nacidos en modesta condición, o que por las vicisitudes fueron a ella llevados, alcancen, por la continuidad de sus esfuerzos y su mérito propio, el merecido premio de realizar sus legítimas aspiraciones. Una democracia no ha de ser el predominio de la plebe, ni el lisonjearla en sus pasiones; pero sí la divulgación de la cultura, el consolidarla,

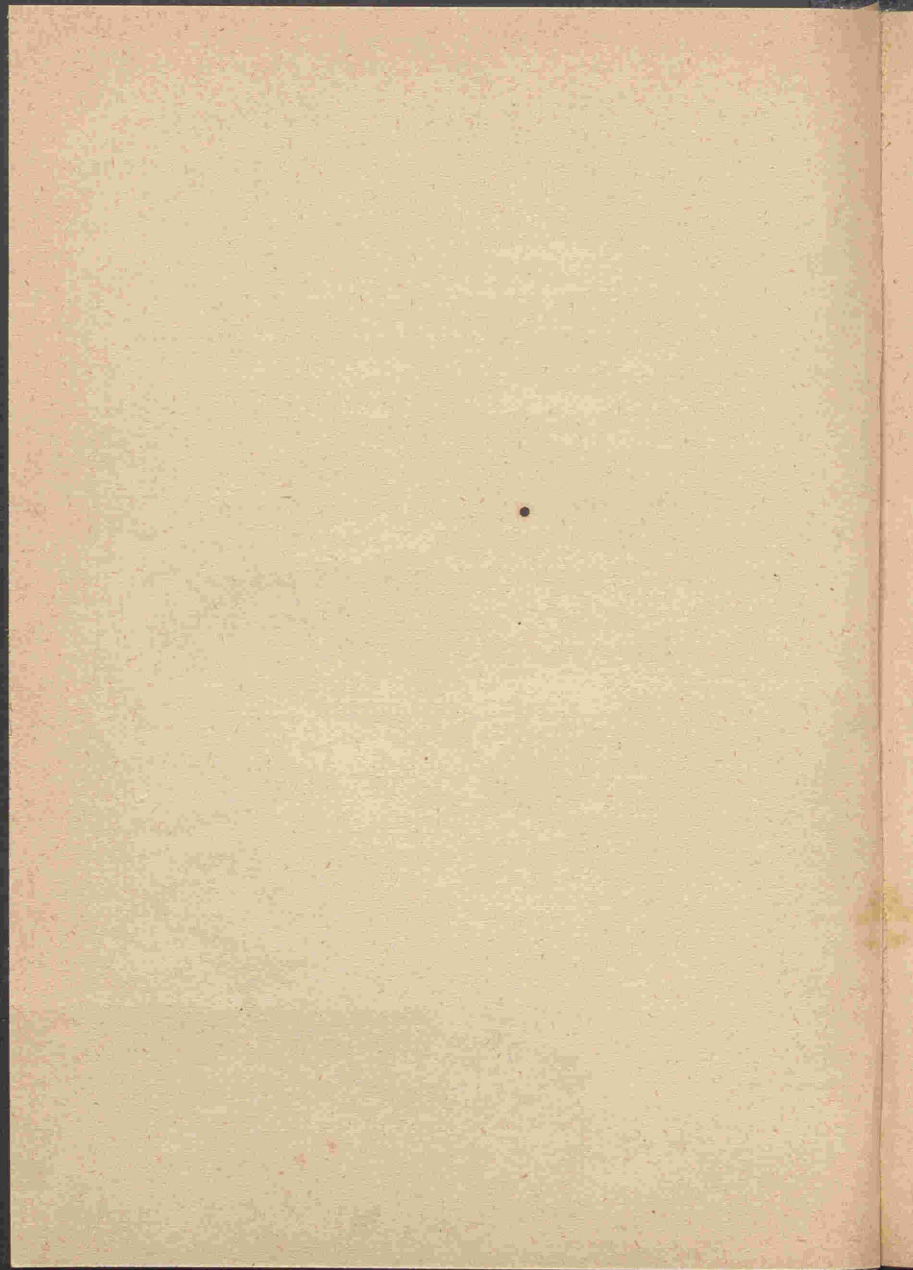
VII

y la franca y conveniente elevación de los mejores sobre los menos aptos.

Aparte de numerosos artículos, lleva el doctor Mora publicados varios opúsculos, y las felices muestras de su laboriosidad y de sus dotes intelectuales son como promesa de que el mérito de su labor actual se acrecienta día por día, y de que en la nueva generación sea uno de los representantes de esos cubanos que han cultivado el género histórico fructuosamente, con no escaso provecho para la cultura patria y con grande honra para sí.

JOSÉ A. RODRÍGUEZ GARCÍA.

RESERVA DE ESTUDIOS
NACIONALES
BIBLIOTECA



PRIMERA PARTE

Las cenizas de Colón

Nuevamente discútese sobre la autenticidad de los restos de Cristóbal Colón, aunque por parte de los americanos, los más interesados en demostrar que tan sagradas cenizas no son las que estuvieron guardadas en la catedral de la Habana más de un siglo y que ahora se encuentran en la ciudad española de Sevilla. Es más, ahora ya no presentan el asunto como discusión, sino resuelto, pues así nos lo hace pensar el hecho de haber determinado una comisión designada en este año de 1915 por el Comité Central de la Exposición San Francisco para aclarar esa duda, que son en efecto los restos de don Diego Colón los extraídos de la catedral de Santo Domingo a fines de 1795 y llegados a la de la Habana a principios del siguiente año.

Y aquellos comisionados, según se ha publicado (1), fundaron su *juicio definitivo* en que habiéndose removido los pisos de la vieja catedral dominicana, en 1877, hubo de aparecer una pequeña caja de plomo con inscripciones que indicaban haberse equivocado los españoles y tomar de aquel mismo lugar los restos de don Diego y no los de Cristóbal Colón, basándose además en la declaración hecha por el gobierno de la República de Santo Domingo por los comienzos de 1881, a presencia de los representantes consulares de las diferentes naciones allí existentes en aquella fecha, de ser del Descubridor de América los restos que se encontraban allí, creyendo hallarse tan seguros de esto los comisionados de la Exposición de San Francisco, que acordaron solicitar y solicitaron el

(1) Con el título "Los restos de Colón" lo reproduce el diario *El Mundo* de esta ciudad, y aunque no dice ser tomado o escrito, de alguna otra publicación, nosotros suponemos sea lo primero, dada la redacción que tiene y sobre todo porque se hubiese dado a la publicidad ese artículo concediéndosele mayor importancia, de ser original del mencionado diario habanero.

permiso consiguiente del gobierno de aquella república antillana para llevar al mencionado certamen americano dichos restos, permiso que les ha sido concedido, “siendo trasladados, con todas las precauciones que exige su valor”, para su exhibición.

¿Qué fundamento tuvieron los dominicanos para creer y después asegurar que son ellos en la actualidad los guardadores de las cenizas del insigne Almirante genovés? ¿Esa declaración que ante los cónsules solemnizaron en 1881 dónde tuvo su origen?

Con toda seguridad en una célebre pastoral publicada por el Arzobispo Ilustrísimo señor don Roque Cocchia (2), que fué el que creyó estar en presencia de los restos de Cristóbal Colón, cuando se realizaban obras en su catedral a los tres años de haber tomado posesión de su

(2) El Padre Roque Cocchia, era natural de Cesinali, Italia, perteneciente a la orden monástica de los Capuchinos. En 1870 obtuvo el nombramiento de procurador de Misiones y en 1874 fué nombrado Vicario Apostólico y después Delegado Apostólico de Santo Domingo, Haití y Venezuela.

alta dignidad. Este fué el motivo de dirigirse a sus feligreses en el mencionado documento. Pero en un notable informe presentado a la Real Academia de la Historia, tras prolijas y profundas investigaciones, redactado por don Manuel Colmeiro (3), que resultó una obra de reconocido mérito, estando en esto conformes arqueólogos, literatos, historiadores y demás hombres avezados a esta clase de estudios, que lo han visto y así la declaran. No obstante trabajo de la naturaleza del de Colmeiro y según los juicios sobre el mismo, no estuvo conforme Monseñor Cocchia y escribía a raíz del admirable libro-informe a la Academia, otro (4) para seguir asegurando que los españoles no habían llevado para la Habana los restos de

(3) Historiador, miembro de diferentes Corporaciones Científicas y de Bellas Artes y eminente jurisconsulto, natural de Coruña, España.

(4) Este libro del Arzobispo don Roque Cocchia titulóse *Los restos de Colón en la Catedral de Santo Domingo* y fué escrito en 1879, el mismo en que presentara su informe el señor Colmeiro a la Real Academia de la Historia.

Cristóbal Colón; este libro se imprimió en la misma capital de Santo Domingo. Entonces, don José María Asencio, también español y persona muy versada en estudios históricos y arqueología publicó otro libro (5), que resultó de importancia suma, abundó en la tesis de Colmeiro y pareció ponerle punto final al problema planteado primero en la pastoral y después en la obra de Monseñor Cocchia, hasta que vemos dos años más tarde al gobierno de dicha República hacer el llamamiento a que ya nos referimos.

No hemos podido ver el texto de ninguno de esos documentos en favor y en contra de los respectivos puntos de que parten los eruditos contrincantes de tan importantísima cuestión; pero preguntamos: ¿es posible creer que sólo por haberse hallado en el mismo lugar donde extrajeron las cenizas de Cristóbal Colón en 1795, y después de transcurridos ochenta y dos años, otra caja de plomo, al parecer del mismo esti-

(5) *Los restos de Colón en la Catedral de la Habana.*

lo que la anterior por su figura, decorado, dimensiones, etc., y manifestándose que tenía algunas inscripciones que “parecían dar indicios que eran aquellos los auténticos restos” del Gran Almirante? ¿Cómo, llevando más tiempo de fallecido que su hijo don Diego, y extraído, éste, según los dominicanos y buena parte de los americanos, cerca de un siglo antes que su padre, la caja que contenía los restos de éste (Cristóbal) fué hallada deshecha en el nicho en 1795? ¿Cómo, además, encontrando los españoles una caja de plomo, aunque destruída por la acción del tiempo, y no ignorando ellos que en aquella catedral y por el mismo lugar estaba enterrado don Diego Colón y otros hombres de significación especial, iban a tomar a tontas y a locas lo primero que a las manos se les viniese sin la previa investigación que estos casos requieren? Algo tuvo que hacerles pensar sin temor a dudas que los restos que sacaban de allí eran los de Cristóbal Colón.

Si inscripciones tenía una caja, como se ha dicho, inscripciones necesariamente hubo de tener la otra, que aunque hecha pedazos, con mu-

cha paciencia, con laboriosidad, siempre en casos como el de que se trata, no dejan de llevarse a cabo.

Además, bien conocida es al forma en que España perdió su soberanía sobre la que hoy es república independiente en la América, y que entonces pasó a poder de Francia. No fué de un modo brusco, esto es, no fué tomada a cañonazos después de terrible sitio en que tuvieran que retirarse a la desbandada, no; cedió España a Francia la parte que le correspondía en dominio en aquella isla que en un tiempo llamóse Española, por medio del tratado que se firmó en Basilea, que así lo disponía en su artículo noveno. Así, pues, no puede pensarse que en el afán de arrebatarse en una huída desesperada aquellas reliquias tan preciosas, hubiéranse equivocado tomando las otras (las de su hijo don Diego) no; pues ellos tenían ese derecho que no se lo discutieron los franceses pudiendo por tanto hacerse con la calma y la preparación que el hecho requirió.

Respecto a la versión de que fueron los restos de Cristóbal Colón escondidos en la propia

Catedral de Santo Domingo al fin de que quedaran para siempre allí, tampoco es a nuestro juicio admisible, porque un nicho no es cosa de abrirse fácilmente sin ser oídos ni vistos, y sobre todo sin que esté tanto y tanto tiempo sin que llegue a ser del dominio general del pueblo, y más si se trata del de hombre cuya significación y grandeza es universal; son cosas las de esta naturaleza que jamás pueden permanecer en el secreto.

Los españoles antes de abandonar a Santo Domingo hicieron el traslado de los restos de Colón, habiendo sido el primero en pensar que era su deber mandarlos para Cuba, el entonces gobernador de la posesión que se cedía a Francia, don Joaquín García, quien quiso solemnizar el magno acontecimiento, invitando al acto al Duque de Veragua, descendiente del Almirante, al mismo tiempo que solicitaba el permiso de los monarcas. El Duque aceptó, en-

viando un cuadro (6) para colocar sobre el sepulcro en que descansara su ilustre ascendiente, así como las inscripciones que habrían de ponerse, tanto en el de Cristóbal como en el de Diego, deseando que los restos de éste a su vez fuesen traídos a la Habana, cosa que no hubo de realizarse tal vez por no haber aparecido, acaso, la documentación que identificara el lugar en que reposaban.

Colón había muerto en Valladolid el día 20 de mayo de 1506, tranquilo y perdonando a

(6) Este cuadro parece fué sustituido por la lápida de mármol que había sobre el nicho (aquí, en la Habana) que tenía grabado el busto de Colón en un óvalo, teniendo fuera de éste y en su parte posterior atributos de la marina y una inscripción en castellano, y no en latín como han escrito algunos, que decía:

*¡Oh restos e imagen del gran Colon
Mil siglos durad guardados en la urna
Y en la remembranza de nuestra nacion!*

En la parte superior había una corona y allí existe hoy, la corona de mármol que dedicó a Colón el Ayuntamiento de la Habana, al celebrarse el cuarto centenario del Descubrimiento (1892).

los que tan mal pagaron sus gloriosos hechos, que han venido a marcar época esplendente en la Historia cultural del mundo; allí mismo, y en el templo de San Francisco, tuvo su primera tumba ¡cuánto aún faltábale para que gozara de descanso y paz eterna! Tal parece que así como en vida luchó y fué vencido por el infortunio aquel genio sublime, que ni en la muerte iba a encontrar la paz, en que no creía el poeta, tal vez si pensando y contemplando la fúnebre odisea del Gran Almirante regalador de un nuevo mundo hasta entonces si supuesto, desconocido.

Por el año de 1513 y cuando hacía siete de su muerte, empezó la sagrada peregrinación de los restos mortales del hombre que por lo grande (no nos cansaremos de decirlo), no pudo ser bien comprendido y pudo ser más envidiado y muy mal tratado. ¿No causa indignación cuando se vuelve la vista al pasado y nos representamos al marino sapiente y valeroso, no ya til-dado de demencia, sino encerrado entre gruesos barrotes, y tras paredes de espesor de fortaleza, sin aire y sin más luz que la mortecina

que brindan las minúsculas ventanas en pleno día, y en medio de tanta lóbreguez cargado de cadenas? Oh dolor, que así son las humanas injusticias!

A Sevilla pasaron los restos el año indicado, y se les dió sepultura en Santa María de las Cuevas; pero no habían de quedar en aquel convento, puesto que en el testamento consignó su deseo de reposar para siempre en la isla Española, que con tanto cariño recordaba. Y para ella fueron enviados los restos, así como los de su hijo don Diego, que en 1512 había fallecido en Montalbán.

Estas exhumaciones se verificaron el año de 1536, según unos; en 1549, manifiestan otros; pero la fecha de don Diego que se pone en el 36, puede ser la más exacta, porque no es de dudar que viniesen los restos de ambos juntos para América, y asimismo se hubiesen exhumado a la vez. En una bóveda abierta en la parte derecha (7) de la pared maestra en la capilla

(7) Hay quien pone que fué colocado el sarcófago de Colón debajo del altar mayor.

mayor de la Catedral de Santo Domingo, fueron guardados más de cien años.

Llegó después, como se consigna antes, el momento en que España perdió a Santo Domingo; y llevóse a cabo nueva exhumación para conducirlos a la Habana. Cruzáronse comunicaciones al efecto el comandante general jefe de la escuadra española de las Antillas, don Gabriel de Aristazábal y el Itmc. Fernando Portillo Torres, arzobispo metropolitano de aquella isla, el primero recababa la ayuda de éste en la piadosa empresa, y éste sólo tamente se disponía a ello.

Una vez que todos estuvieron conformes, el Deán y Cabildo de la Catedral, tanto de allí como de aquí, procedieron a romper la capilla de la parte en que estaba el sepulcro de Cristóbal Colón. Era el día 20 de diciembre de 1795. Con asistencia de todos los altos dignatarios civiles, militares y eclesiásticos, todo se hizo: encontráronse los fragmentos de una caja de plomo, cenizas y pequeños huesos, muy pocos de éstos. En un túmulo levantado al efecto en la nave central, fueron colocados los restos des-

pués de haber sido puestos en otra caja, también de plomo (8) y ésta a su vez lo fué en un ataúd forrado de paño negro, y se celebraron solemnísimas exequias con vigiliass cantadas (9), habiendo estado a cargo de monseñor Portillo, el metropolitano, la oración fúnebre.

Por la tarde, a las cuatro, se organizaba una procesión cívico-religiosa y entre las salvas de la artillería y en medio de cánticos y flores era llevado el féretro, cuya llave entregó el Arzobispo de Santo Domingo al gobernador, quien a su vez la dió al de la Habana. Los venerandos restos del Descubridor depositáronse en uno de los navíos de la escuadra de Aristazábal, que en memoria de aquél llevaba ese nombre: "Des-

(8) Esto ya hemos visto; más adelante la describiremos.

(9) El mismo día 20 consigna Rosain, *Necrópolis de la Habana*, página 107.

En una obra de dos tomos de más de dos millares de páginas cada uno y cuyo autor no sabemos por faltarles las primeras páginas, (*Cristóbal Colón*), dice que al siguiente día. En este caso le habrían cubierto una guardia. Esto es de suponer fundadamente.

cubridor''; cubriéronse de luto todas las unidades e hiciéronse los honores correspondientes a un almirante. Hasta la bahía denominada de Ocoa condujo las cenizas de Cristóbal Colón el ''Descubridor'', lugar en que eran trasladadas al ''San Lorenzo'' (10) a cuyo bordo venía con la comitiva, don Pedro Erice, con poderes de representación del Duque de Veragua, séptimo nieto de Colón. El retrato que mandó éste con el primero no se sabe dónde fué a parar, pues sabido es que una lápida, ya descripta fué lo que cubrió su nicho en la catedral de esta ciudad (11).

Y después de veinticinco días, el 15 de enero (12), enfilaba el puerto habanero el ''San Lorenzo'', en cuyo navío permanecieron los restos mortales de Cristóbal Colón, cuatro días, hasta el 19, (13) en que a las nueve de la ma-

(10) No sabemos la causa del cambio de barco, a pesar de haber tratado de investigarlo.

(11) De la Habana.

(12) 1796.

(13) La Historia de Cuba, (*Manual para los exámenes de maestros*), dice que fueron depositados en la catedral el 15 de enero. En otro lugar damos la partida de entierro, donde se ve fué el 19 y no el 15.

ñana y con gran ceremonial se trajeron a tierra, en una falúa convenientemente enlutada y con bandera a media asta; seguían a esta pequeña embarcación otras en columnas y dos la custodiaban en el acompañamiento, llevando bandera negra y tambores. Iban en éstas los marinos. Al pasar por frente a los buques surtos en la bahía hacíanle honores de Capitán General y Almirante.

Don Luis de las Casas, uno de los gobernantes de más grata memoria para Cuba, esperaba en el muelle de Caballería con su estado mayor en pleno las cenizas del Descubridor de la América, y entre dos líneas de soldados que cubrieron la carrera, ordenó fueran conducidos (14). Donde existe ahora el Templete se hizo

(14) En el muelle desembarcaron el ataúd los Brigadieres don Francisco Herrera y don Carlos Reviere y Capitanes de navío don Juan Herrera y don Tomás Ugarte. Lo tomaron allí el Teniente Gobernador don José Ilincheta, don José Vidaonda, Contador del Ejército, y Regidores don José A. Peralta, Alcalde ordinario y Coronel don José M. Chacón, conde de Bayona, (Rosain, *op. cit.*)

parada (15) colocándose después en una carroza que ya esperaba, no sin antes hacerse en dicho histórico lugar, la entrega oficial de los restos y la llave de la caja; ésta fué abierta y examinado el precioso contenido, la fúnebre comitiva dirigióse a la Catedral. “En la puerta se colocó al sepulcro en una posa donde se cantó un responso, recibiendo el depósito el Obispo Trespalacios (16), al que entregó Las Casas la llave de la caja. La iglesia estaba alfombrada y todas las columnas y puertas adornadas con geroglíficos alusivos a las hazañas del héroe cuyas cenizas eran con tanta pompa conducidas a su nuevo sepulcro” (17).

Celebráronse los funerales y pronunció la oración fúnebre (18) el eminente Presbítero

(15) Aquí debió cantarse un responso.

(16) Primer obispo de la diócesis de la Habana.

(17) Rosain, (*op. cit.*)

(18) Trelles, nuestro buen amigo, (*Bibliografía Cubana del siglo XIX*, tomo 2º página 276), pone la fecha de este célebre Elogio fúnebre en 11 de diciembre de 1796, fecha en que aún no habían salido de Santo Domingo los restos de Colón.

habanero doctor don José Agustín Caballero, notabilísimo orador que gozaba de justa fama en Cuba como tal y como hombre de enciclopédico saber.

Cuando las exequias hubieron concluído, el ataúd era llevado (19) hasta el altar mayor para ser guardado en el nicho que en la pared del lado del Evangelio había sido preparado (20) al objeto, y allí permanecieron hasta finalizar la guerra hispanoamericana, que culminó en la renuncia de España a su soberanía en Cuba. Hemos de ocuparnos después de este nuevo acontecimiento de remover las cenizas del Gran Almirante; ahora, copiemos la partida de entierro de los restos de Cristóbal Colón en la Habana, la cual se halla al folio 25 vuelto,

(19) Lo cargaron los generales Muñoz y Rizel, el Intendente Valiente y el Ministro Pavía. (Rosain, *op. cit.*)

(20) Calcagno dice (*Diccionario Biográfico Cubano*), que fueron colocados los restos de Colón en el Sagrario de la Catedral, pero es errónea esa afirmación, pues nosotros hemos presenciado en 1898 la exhumación en nuestra catedral.

número 120 del Libro de Entierros de blancos, y que es como sigue:

“En la ciud. de la Han^a en diez y nueve de en^o de mil setecient.^{tos} nov^{ta} y seis se trasladan de la ciud. de S^{to}. Domingo á esta Sta. Cated^l de la Purima Concepnⁿ los huesos del Exmo. Sor D. Xptov^l Colon grande de España de primacia Duque de Veragua, Capⁿ Gral. de los Rles. excit^{os}, Descubrid^r de las Indias nat^l. de la Repub^{ca} de Genova las quales por su disposic testamentaria se extrajerⁿ de la ciud^d de Sevilla en donde falleció el año de 1506 á la citada de S^{to} Domingo y fuerⁿ colocd^{os} junto a el Ambon del evangelio y con motivo de la evacuacⁿ de toda aquella Isla en favor de la Repub^{ca} Francesa se determino pasarlos á esta Sta Ig^a Cated^l siendo obispo el I S D D Felipe Jph de Trespacios y Gobernadr y Capⁿ Gral el Exmo S D Luis de las Casas; los que se pusierⁿ en el Presb^o de esta dha Cated^l en la pared al lado del evangelio al alto como

de vara y media del suelo entre la columna y forma el arco Toral y el coro en una Vrna forrada en tercio pelo negro, galoneada de oro con flecos de lo mismo clavada y cerrada con una yabe q^e dho Sor Governadr^r entrego a dho Imo Sr todo lo qual se éxecuto a presencia de los dos cavildos, y se cerro con una lapida p^a perpetua memoria y p^a q^e conste lo firme, borrado entre rengl^u no vale, y sobre renglón vale—*Dor Jacinto Ruiz*”.

En el margen dice:

“N. 120-Huesos del Exmo S D Xptoval Colón”. (21)

La certifica el Vicario Curado actual de la Catedral, *Pbro. Dr. José Antonio Salas Royano*.

(21) En el nombre Cristóbal, parecerá extraño ver en vez de *r* una *p* después de X, pero es la *rho* griega, equivalente a nuestra *r*, y que se ve muy usada en casi todos los escritos antiguos. El uso de X es más conocido.

Como puede verse, en el documento que precede, existe un error consistente en decir que falleció Cristóbal Colón en la ciudad de Sevilla, cuando lo cierto es que murió en Valladolid, como dejamos consignado. Nace dicho error por el hecho de haber permanecido en Sevilla sus restos desde los pocos años de su muerte y a donde fueron llevados de Valladolid. Y como de aquella ciudad meridional de España se trajeron a Santo Domingo, no es extraño que desconociendo el hecho histórico la persona que redactara la partida, lo consignara en la forma expresada.

La urna forrada de terciopelo negro, y que fue la misma en que, donde se halla el Templete, fue colocado el cofre de plomo, debió ser la que apareció con la misma forma del nicho, pues sabido y fabricado éste de antemano para la recepción de los restos, tuvo que ser confeccionada por el molde de la bóveda en que había de colocarse. Verdad es, que hallábase forrada de paño negro y galoneada con flecos de oro, mas es lógico suponer que más de cien años encerrada allí, la tela necesariamente con la acción del

tiempo y en la humedad natural interna de las paredes, tenía que desaparecer; es pues, esta urna la misma que hemos de describir cuando tratemos de la exhumación en la catedral de la Habana.

Y allí, en aquel nicho trabajado en la parte de mayor preferencia en el presbiterio, la que corresponde al lado del púlpito en que se canta el Evangelio, descansaron las cenizas del marino genovés que fue asombro del mundo en todos los tiempos y que causó envidia y recelos con su extraordinario genio a sus contemporáneos, durante un largo período de ciento dos años, ocho meses y seis días, en que hubieron de exhumarse de aquel lugar aun quedando depositados en otra parte de la Catedral hasta abandonarnos ya para siempre.

LOS ANTECEDENTES DEL TRASLADO

Conocidos son de los cubanos los acontecimientos políticos de este país originados por la imprevisión o la inhabilidad de los gobernantes de la metrópoli y los de la colonia, muy especial-

mente desde el famoso pacto del Zanjón, que al poco tiempo de escrito quedaba incumplido, motivando esto que se fuese fomentando por los cubanos nueva conspiración que culminara, cuando ya toda esperanza de reivindicación estaba perdida por medios evolucionistas, en el estallido revolucionario el año de 1895. Fue un movimiento convenientemente preparado y era poderoso, contribuyendo no poco a ello la desesperación en que se encontraban los hijos del país. Se acentuaba cada vez más, Martínez Campos, el que había sido "glorioso pacificador" en otra ocasión, no pudo esta vez dar el golpe de muerte a los ejércitos libertadores que avanzaban más cada día de Oriente a Occidente.

Relevádo aquel Capitán General sustituyóle el tristemente célebre Marqués de Tenerife que realizó la más inhumana labor guerrera: la famosa reconcentración en las poblaciones, de los campesinos, sin dárselos albergue ni sustento. De esa manera a diario presenciábamos los más tenebrosos e indescritibles cuadros en la Habana, y como en esta ciudad, o peor, en las ciudades o villas de menos habitantes, donde la

vida y especialmente el alojamiento más se les dificultaba.

Unido a esto, las persecuciones al simple indicio de ser "sospechoso" cualquier hijo del país, ya porque se sintiese apesadumbrado o tuviese lástima de hombres atropellados, bien por derrotas que sufriesen las huestes insurrectas, aumentaba por momentos las filas cubanas. Natural era, pues, muchos pensaban que en el campo tal vez escaparan con vida: en la ciudad cualquier noche podrían ser llamados a su puerta para no ser vistos jamás por sus más caros deudos ni tenido noticias de ellos.

Tales fueron los horrores del hambre y enfermedades atacando a la indefensa y pacífica población, que el gobierno de los Estados Unidos trabajó por el relevo del general Weyler, relevo que se llevó a cabo al fallecer asesinado su protector don Antonio Cánovas del Castillo, a manos de un anarquista, pues subía entonces al poder don Práxedes Sagasta y con éste el partido liberal en España.

Mientras tanto la campaña de invasión iniciada y llevada a cabo por Máximo Gómez y Ma-

ceo seguía su curso deslumbrando al mundo y haciendo que sus hazañas llevaran con las sacudidas de los hilos del cable submarino el nombre de Cuba a todos los ámbitos de la tierra, envuelto en sus palpitaciones.

Nombróse en sustitución de aquel militar introductor abominable del régimen del terror, a don Ramón Blanco, Capitán General, que ya había gobernado la Isla desde 1879 a 1881, quien organizó el gobierno autonómico, gobierno que se desenvolvía lánguido, pues no contaba con muchos elementos de apoyo. No era posible, había pasado ya lo más recio de la batalla y del sufrimiento. La invasión, aunque costara la vida a uno de los principales caudillos más arrojados y temibles, habíase consumado, tal como la concibieran los jefes superiores de la insurrección en la extensa y lejana provincia oriental desde los comienzos de la memorable campaña.

No obstante aquella vida sin vida del gobierno autonómico, elementos de la nación colonizadora no se conformaban, y protestaban ya en la prensa, ya en la tribuna; periódicos hubo que

se mostraron más liberales y viéronse precisados a huir sus componentes, siendo destrozadas las formas (22), De no haber sido por la prontitud con que acudieron las fuerzas del ejército que comandaba el general Arolas hubiese tomado serias proporciones el conato de sedición ocurrido en la noche del 13 de enero de aquel año, (1898) pues al promulgarse la autonomía se dieron muestras a este régimen y al general Blanco.

Aún recordamos la ola humana, que avanzaba hacia los portales del teatro "Payret" en aquella noche, lugar por donde pasábamos con nuestro hermano mayor, aquélla huía del Parque Central donde pelotones de caballería con los sables desenvainados la arrollaba. Fué un momento indescriptible por la aglomeración, la gritaría, la incertidumbre, el galopar de los caballos y el sonido de las relucientes hojas en medio de la oscuridad de la noche. Después, aquel y otros días era recorrida la ciudad por fuerzas montadas, a cuyo frente con vocerío inusitado y temible marchaba delante el general Arolas, a su

(22) Término tipográfico; son las planas de plomo.

paso cerrábanse los establecimientos haciendo concierto el trepidar de las puertas lanzadas bruscamente y el choque brusco en el pavimento de las herraduras de las impetuosas bestias. Reinaba la confusión más absoluta. Al paso por las calles algunos de los habitantes más tranquilos sintieron muy de cerca el contacto del plan de machetes.

Cuando esto acontecía representaba en la Habana a los Estados Unidos del Norte Mr. Lee, con el carácter de Cónsul, quien dio cuenta a su gobierno y pidió el envío de un buque de la armada a fin de que estuviesen garantidos los intereses de aquella nación y entraba por el puerto de la Habana el acorazado "Maine" en los últimos días del mes de enero; pero venía de visita: ese fue el pretexto. Mientras tanto las relaciones entre España y los Estados Unidos hallábanse algo tirantes, pues los súbditos de la primera y los ciudadanos de la otra hablaban mal de los respectivos países y siempre despectivamente, debido a que se sabía la república americana cominaba a España a abandonar su soberanía en Cuba.

Y vino lo más grave: la voladura del "Maine" que ocurrió a las nueve de la noche del 15 de febrero. Nuestra familia residía en la casa número 104 de la calle de Oficios, haciendo esquina a la de Jesús María; dormíamos y en aquel instante despertamos con la trepidación: se veía mucha gente correr hacia los muelles, que al frente de la casa estaban (23), sintiéndose pitazos por doquiera y sirenas de los buques anclados. En la misma esquina de nuestra casa acababa de caer un gran pedazo de hierro o acero, el cual pesado en la bodega que aún existe allí, tenía más de dos arrobas.

Tras esta catástrofe que llevó tantos hombres a tumba, nombráronse dos comisiones: española una y americana la otra, para estudiar las causas de la explosión dictaminando de modo contrario. El Congreso de los Estados Unidos estaba por la guerra y así lo declaró a mediados de abril. Fueron retiradas las representaciones diplomáticas en ambas naciones y el día 22 de abril la escuadra americana se hallaba bloquean-

(23) Los de Paula.

do la Habana y otros puertos de Cuba. La confusión que hubo en esta ciudad cuando los tres cañonazos disparados por la batería del Morro anunciaron la presencia de los buques americanos, no es para describir. De antemano cada batallón de voluntarios y del ejército regular tenía señalado su puesto. Uno de estos cuerpos, el que le tocó al parque de San Juan de Dios, lo vimos llegar; algunos voluntarios no llevaban más que la guerrera, sombrero y armamento y todos iban corriendo a ocupar sus puestos.

Pero no fueron necesarios los servicios. Los americanos sabían que no era empresa beneficiosa acercarse ni al puerto ni a las playas cercanas de la capital.

El público acudía a la playa de San Lázaro, a la Punta, a los edificios más elevados para ver los buques de la escuadra americana, que eran a simple vista imperceptibles. Nosotros, como muchachos curiosos, todos los días subíamos a la torre de la histórica iglesia del Angel con igual objeto.

El Almirante Cervera, comandante de la escuadra española en Cuba, hallábase en Santiago,

de donde al recibir órdenes de salida, no perdió la serenidad y con valor espartano, desafiando el peligro del "Merrimac", hundido en la boca de aquel puerto para impedir la partida, y el número superior y artillería de la flota enemiga abandonaba el refugio momentáneo para trabar combate y llegar si podía a la Habana; pero aunque lejos, eran esperadas sus frágiles naves para ser cazadas entre el mortífero fuego de los potentes instrumentos de guerra de que disponían los barcos de Sampson. Con este desastre ya terminaba de hecho la dominación hispana en América. La noticia no se supo en la Habana oficialmente hasta los días 24 o 25 de julio, habían pasado veintiún días y sólo circulaban rumores vagos, de derrota para los americanos, cuando se sintieron repiques de campanas (24).

Por tierra operaban los americanos que ayudados con las fuerzas insurrectas cubanas al mando de Calixto García habían desembarcado. Se dieron batallas dignas de mención por el va-

(24) Por ser el Santo de María Cristina o la festividad del Apóstol Santiago, Patrón de España.

lor de ambos ejércitos, sobresaliendo las de la loma de San Juan y la de la loma y fuerte del Caney, donde cayó el más bravo de aquellos militares españoles, el general Vara del Rey, a cuyo cadáver rindieron los americanos los honores que la hidalgía siempre hace a los valientes que mueren dignamente por su patria y su bandera.

Vino el armisticio y los preliminares de la paz firmáronse en 12 de agosto. Por el artículo primero España renunciaba a su soberanía y derecho sobre la Isla de Cuba. Todo se preparaba a fin de cumplimentar el artículo cuarto de tratado, consistente en la evacuación de las tropas españolas de las colonias cedidas y de Cuba en que renunciaba su poder aquella nación tras cuatro siglos de posesión.

Una de las primeras cosas en que pensó el gobierno español fue llevar para su suelo y durmiesen siempre a la sombra del pabellón de oro y grana, los restos de Cristóbal Colón, el grande Almirante, que tantas glorias le legara y a quien el destino tal parece le tenía reservado el viajar, navegar siempre, hasta después, muchos

años después de muerto; atravesando pasados tres y cuatro siglos aquellos mares que unas veces triunfal y otras cargado de férreos grillos había cruzado en distintas ocasiones. Y así visitaba Colón de nuevo en el transcurso de los tiempos la isla Española y la “tierra más hermosa que ojos humanos vierán”.

En 21 de Septiembre dictaba un decreto el Gobernador General de Isla, por el que se disponía el traslado a España de los restos de Cristóbal Colón. Y el día 26 se reunía la comisión que entendía en esto en el presbiterio de la Catedral para proceder a la extracción de la caja contentiva de las cenizas del para siempre famoso Cristóbal Colón.

En la sesión celebrada por el Cabildo Catedral en 23 del propio mes se daba cuenta del escrito del Gobernador General, (25) como se ve por el acta que consta en el libro 13 que dice así:

“En la siempre fidelísima ciudad de la Habana a veinte y tres de Septiembre de mil ochocientos noventa y ocho se reunió el Ilmo. Cabildo

(25) Más adelante damos el texto de este oficio.

en sesión ordinaria bajo la presidencia del Ilmo. Sor. Dean, Dor. D. Toribio Martín y Belaustegui con asistencia de los Sores Capitulares que al margen se expresan” etc. “Se leyó un oficio del Capitán General en el cual daba las disposiciones conducentes a desmontar el monumento de Colón y nombrada la Comisión que el 26 del corriente se reunirá en esta Santa Iglesia para sacar los restos del nicho que los guarda..”

Afortunadamente hubimos de presenciar en la mañana aquella la apertura de la pared, la extracción de los restos, los que también vimos (26) al abrirse la caja. Esta operación se hacía entre diez y once de la mañana. Asistían el Gobernador Militar, que lo era entonces el General Arolas y el Ilmo. Santander y Frutos, obispo diocesano, así como el Cabildo Catedral.

Todo se hizo a puertas cerradas y solo se permitió la entrada al alto elemento oficial civil y

(26) Eramos los acólitos de la Catedral y sabiendo lo que se iba hacer nos quedamos escondidos en los escaños del coro detrás del altar mayor, así como nuestro hermano Ceferino que desempeñaba igual cargo en esta iglesia.

militar. Nada perturbaba el silencio que reinaba allí, sólo los martillazos que en la sillería de la pared daban los dos obreros encargados de este trabajo, interrumpían la absoluta paz de aquel ambiente.

Quitóse la hermosa lápida labrada con el busto de Colón (*) que cubría la pared del nicho, procediéndose después a romper aquélla hasta aparecer una caja de cedro (27) que tendrfa como una vara de largo y tres planos rectos, formando en la parte superior un arco a toda su longitud. Medía de alto cincuenta y dos centímetros contando el arco, de ancho treinta centímetros y la altura del arco referido era de diecinueve centímetros (28). No tenía cerradura, estando

(*) Fue colocada en 1822, como se demuestra en la segunda parte de este libro.

(27) Estas que siguen son medidas axactas que hemos tomado sobre la tapa de esta caja, de la cual conservamos en nuestro poder (el que esto escribe) un tornillo, de los seis que sirvieron para cerrarla.

(28) Varios años estuvo esta caja por el patio de la Catedral, sin que nadie le diera valor alguno.

Hoy no se encuentra allí; pero por noticias que tiene el Dr. Sánchez Fuentes, nos enteramos que la Sociedad

adherida la tapa por seis tornillos los cuales hallábanse completamente oxidados.

Esta caja de cedro (muy bien conservada por cierto), que no es otra, como dejamos dicho en otra parte de este trabajo, que aquella que forrada de paño negro, galones y flecos de oro sirvió para colocar la urna de plomo y llevar los restos hasta la Catedral desde el lugar que ocupa hoy el Templete. Encajaba perfectamente en la cavidad del nicho. Al quedar desprendida la tapa vióse la urna cineraria, que fue llevada por dos personas, una de las cuales era un em-

de Caballeros de Colón, que radica en Washington, la posee.

En reciente visita a la Catedral hemos reconocido la tapa a que nos referimos en nota anterior, y al manifestarlo así al Pbro. cubano señor Rogelio Monet, Sacristán Mayor de allí en la actualidad, la ha recogido y se propone hacer entrega de ella al Cabildo para su conservación.

Debía hacérsele un cuadro y colocarlo en el lugar donde estuvo el nicho del Descubridor, como reliquia valiosa que es para que pudiese ser admirada por los visitantes.

pleado de la Catedral (29); era de plomo y tenía un baño dorado, maltratado por el tiempo. Junto a ella aparecieron unos rollos de papel, que serían sin duda las actas de los diferentes traslados de aquellas cenizas que los vivos no le concedían reposo definitivo aún; sobre la misma encontráronse unas medallas o cruces en número de cinco (30) y una llave que seguramente fue la que sirvió para cerrar el pequeño ataúd o bien perteneció al primitivo destruido, cuyos fragmentos se contenían unidos a las cenizas. Aproximadamente medía esta arca treinta centímetros de largo, veinte de ancho y casi, si no era igual, tenía la medida del alto.

(29) José Martínez, muñidor que fue durante mucho tiempo en la Catedral, y hoy empleado en la portería del Palacio episcopal, ayudó a llevarla desde el nicho hasta delante del altar y colocada sobre una mesa de mármol llamada de credencia, mesa que se puso en aquel lugar a ese objeto; quedaba la de madera incrustada en el nicho, de donde fue ésta sacada posteriormente.

(30) No podemos precisar si eran medallas o cruces, el tiempo transcurrido ya es bastante; pero el número sí por haber visto y oído contarlas.

En la mesa dicha abrióse la caja. Todos los ojos se lanzaron curiosos a contemplar aquellos despojos; el Obispo fue el primero en introducir la mano tomando el hueso mayor que allí se contenía, (31) el cual calcularon tener sobre unos diez centímetros, (32) otros muy pequeños y muy pocos y gran cantidad de ceniza, pero una ceniza gruesa, y no un finísimo polvo como algunos han supuesto (33).

El acto no duró mucho, al medio día ya todo había terminado. Los restos de Colón habían sido exhumados y pasaban a otra parte de la Catedral: a la sacristía, y allí depositáronse en un escaparate alto y estrecho en relación con su altura, donde se guardaba y se guarda el mo-

(31) Como había gran expectación nadie advirtió nuestra presencia allí, pues nos confundimos junto a la mesa con los asistentes al acto.

(32) Dijeron que era y efecto, parecía ser, este hueso una tibia.

(33) Sabemos que uno de los albañiles que intervino en los trabajos de la pared dice que no había más que cenizas; pero nosotros que los hemos visto aseguramos que había el hueso largo y algunos muy pequeños.

numento de plata y la custodia de oro usados en las solemnidades de Semana Santa; dentro del primero, en que se expone la hostia consagrada en esa época del año, guardáronse las cenizas de Colón provisionalmente hasta ser embarcadas para España.

Hallábase el armario (34) hacia la parte izquierda de las cómodas donde se revisten para oficiar los sacerdotes y a la entrada de una puerta que da al largo corredor de los canónigos, estando a su vez en la parte derecha de otra puerta que conduce al coro y altar mayor.

Cuando terminó este primer acto del traslado de los restos el General Arolas entregó al Obispo y éste al Deán la llave del armario, llave que se echó al cuello el jefe de los canónigos.

Desde aquel día la compañía del Cuerpo de Orden Público, que tenía su cuartel en el viejo e histórico castillo de La Fuerza montaba una guardia con bayoneta calada junto aquel armario, que servía ahora no solo de seguridad a la riqueza del oro y la plata, signo de la mayor glo-

(34) Hoy se ha cambiado de lugar.

ria, respeto y amor a Dios, sino de receptor y tabernáculo de las cenizas tan queridas, que se han discutido tanto por ser precisamente tan amadas, tan veneradas, tan sagradas.

Al poco tiempo habiéndose retrasado el pago de sus haberes, al igual que pasaba con todos los servidores del Estado, a aquel Cuerpo de vigilancia cuya organización era eminentemente militar, se sublevó, y con ese motivo fue ordenado por el Gobernador militar su acuartelamiento en los respectivos locales de cada compañía. Era natural que la guardia a los restos de Colón no siguiera prestándola el Orden Público y entonces era relevado en la Catedral por el Batallón de Cazadores de Colón, el cual se hallaba en la Habana entonces, su distintivo era el número 23, que llevaban todos los que a él pertenecían en el cuello de la guerrera sobre el fondo de una corneta con vueltas hacia arriba.

Acaso si hubiesen escogido a este batallón por llevar el nombre imperecedero de aquel cuyas cenizas iba a ser desde ese momento su fiel guardián hasta su embarque para la tierra que tanta

gloria, tanto honor y tanta fama hubo de recoger a sus expensas.

Por centenares se contaban diariamente las personas que a la Catedral acudían a ver el nicho recién abierto, el sepulcro provisional de Colón, el monumento que a la entrada de la puerta mayor habíase levantado majestuoso y soberbio digno del hombre cuyos despojos estaba destinado a conservar. Sobresalían entre los visitantes los extranjeros y entre éstos los americanos, de quienes siempre obteníamos propinas sirviéndoles de cicerone.

La afluencia de extranjeros continuó y aun hoy vemos detenerse multitud de vehículos a la llegada de barcos excursionistas, que repletos de admiradores de la grandeza del Descubridor indagan y observan los lugares en que reposó este maravilloso piloto, que trajo luz y civilización a la América, así como las peripecias en su larga odisea de la muerte.

Se acercaba el día de la entrega total del gobierno de la Isla a los americanos, ésta sería el primero de enero de 1899 y los restos del descubridor del Nuevo Mundo permanecían custo-

diados por los soldados en la Catedral desde el 26 de septiembre, esto es, dos meses y dieciséis días, cuando el 12 de diciembre a las diez de la mañana procedióse a abrir el armario ya mencionado que los guardaba para colocarlos en una ambulancia de la sanidad militar, que cerrada de negro con sus faroles encendidos y cubiertos con fina gasa del mismo color esperaba a la puerta. El Deán D. Toribio Martín abrió la puerta de aquel escaparate que en su seno cual tabernáculo santo tenía los fríos restos de Colón y tomando el sarcófago los canónigos D. Santos Robles, Dignidad Magistral y D. Juan Alvarez, Prebendado Medio Racionero lo condujeron en manos hasta la ambulancia, tomando la nave de izquierda según se sale, los cancelles de la sacristía y de la puerta del frente de la dicha nave izquierda, fueron abiertos para dar paso a los restos y comitiva, que no era por cierto numerosa. Ni siquiera todos los canónigos asistieron, acaso porque en silencio pensaran en la injusticia de privársenos del derecho que nos asistía de guardarlos si no en Cuba, en cual-

quiera otra isla o parte alguna de la Costa Firme.

Alguna tropa, muy poca, acompañó hasta el muelle a los restos de Colón. Desde allí fueron conducidos a bordo del crucero de la marina española "Conde de Venadito" que los recibió disparando quince cañonazos, arriando a media asta la bandera y enarbolando la insignia de contralmirante. Estos fueron los honores que se le tributaron, simplemente, a aquellas cenizas que con tanta majestad y pompa extraordinaria habían sido llevados desde aquellos mismos muelles hacía poco más de un siglo.

Tal vez si el silencio y recogimiento con que se llevaba a cabo el traslado se debiera a la tristeza que embargaba los corazones españoles en los últimos momentos de su dominación en Cuba y a que sólo existía una gran ansiedad por lo que ocurriera al cambio próximo a verificarse en el orden político. ¡Qué contraste entre la solemnidad del recibimiento y la sencillez y quietud de la despedida! Producto la última del dolor de unos; de la protesta, muda pero elocuente, de los otros.

Anclados en bahía estaban aquel día el crucero americano "New York" y el transporte militar "Roamannia", este había traído al regimiento North Carolina y salió la misma tarde del día 12. Ambos buques pusieron sus banderas a media asta.

En la noche del 12 al 13 de diciembre (35) partía la pequeña división compuesta por el "Conde de Venadito", "Alfonso XII" e "Infanta Isa-

(35) No se sabe la hora fija, pues como eran buques de guerra se asentaba la salida en la Comandancia de Marina, y el archivo de ésta se nos dice fue embarcado para España. En los prácticos nada existe del tiempo anterior a 1899 y además manifiestan don Julián García y don Laureano Prado, prácticos más antiguo y mayor, respectivamente, que no tomaban práctico regularmente los buques de guerra; pero recuerdan que en la madrugada fue la salida como además lo hemos comprobado nosotros.

El doctor Martínez Ortiz dice en su obra *Cuba. Los primeros años de independencia*, dice que salió el "Conde de Venadito" el día 12, pero lo cierto es que fue en las primeras horas del día 13; no menciona los otros cruceros que le acompañaban.

bel" (36) rumbo a la nación descubridora llevando al héroe que le prodigó la aureola de ese nombre, para allá, en Sevilla, donde en otro tiempo gozó de la relativa paz de los sepulcros, pues así podría decirse de los benditos huesos de Colón, tantas veces removidos.

Y como en vida no alcanzó los merecimientos que tan justamente correspondíanle, así tampoco en la serena región de la muerte fue respetada su última y como última sublime voluntad. Quiso él, que supo luchar con inquebrantable fe y risueña esperanza hasta lograr el feliz éxito de sus magnas empresas náuticas, tenaz siempre, que durmieran sus restos para siempre en la América, mal llamada así por el intruso nave-

(36) Un vate mejicano, el Ldo. don Francisco Pascual García, en una *Oda a España y la Independencia de Cuba*, que conserva inénita, hace relación a esta partida, véase la estrofa:

“Al fulgor de la estrella solitaria
que selló de tus rotas la carrera
te llevaste en tus últimos bajeles
los restos de Colón y tu bandera”.

gante a quien en un arranque de altísima elocuencia nominara de "intruso viajero" el panegirista habanero de Cristóbal Colón.

Sí, pidió allá en Valladolid, cuando entregaba su espíritu al Creador, diciendo: "*In manus tuas, Domine, comendo spiritum meum*" lo llevasen a la Española, donde mismo había sido rechazado su desembarco en ocasión de visitar las tierras del Mundo Nuevo con que se lo regalara.

No fue cumplido el mandato: ni en Santo Domingo ni en Juana, como él llamara a Cuba, moran sus restos (37); nos privaron de su compañía y custodia, cuando ese derecho teníamos por ser de la Colombina, como debiera ser el nombre del Continente y por ser los hijos de este suelo descendientes de los españoles, bajo cuya protección realizóse el acontecimiento de 1492.

(37) Cuando el alegato de Cocchia, hubo periódico americano que dijera no eran los restos de Colón, los que se encontraban en la Habana, porque no habían estado nunca en Santo Domingo, pues en España los habían guardado y enviado otros para la América.

En 1840 escribía en Madrid don Jacinto Salas y Quiroga una narración de *Viages a la Isla de Cuba*, y en el primer tomo (38), se expresaba de este modo:

“Parece que la Providencia quiso que las cenizas del que fué causa de tantas prosperidades, del ilustre descubridor de América, Cristóbal Colón, fuesen entonces a ser depositados en la Catedral de la Habana como para presenciar la prosperidad de la reina de las Antillas, que en 1808 (39) se verificó la traslación tan sagrada”.

Y más adelante, demostrando ser un gran

(38) Dedicado a don Francisco Chacón y Calvo, “hijo de la noble ciudad de la Habana”.

(39) No es un error tipográfico esta fecha, como pudiera parecer, sino error del narrador que pone este suceso como una consecuencia de la paz de Inglaterra y España y al adquirir nuevamente la Habana y parte de la Isla tomada por los ingleses en cambio de la Florida.

Dice también que por entonces fue nombrado Obispo de la Habana el Itmo. Espada, cuando lo era Morell de Santa Cruz en tiempo de los ingleses y hasta prisionero de éstos. Y Trespalacios regía la diócesis cuando llegaron las cenizas de Colón.

observador del país que visita, manifiesta las ansias de libertad de los cubanos, ya en esa época temprana cuando aún faltan veintiocho años para que surja un verdadero movimiento armado en Cuba, capaz de alcanzar el ideal, de no entorpecerlo hondas rencillas internas en el propio seno de la insurrección; escribe (40) lo que sigue pronosticando a la vez que los restos del egregio Almirante serán llevados de Cuba:

“Yo sé que apenas hay un cubano que no ame la independencia, que no la desée, pero, no pasa de un amor, de un deseo pasivo. Y ¿cómo se puede motejar que hombres dotados de alma y entendimiento no suspiren por lo que tienen de más dulce los pueblos? ¿Fue un crimen en Grecia, Polonia, en España, oponerse al dominio de otro pueblo...?

“Yo creo en la existencia de ese deseo de Independencia; diré más, lo aplaudo; es digno de hombres merecedores de buenas instituciones. Pero, entre desear tener e intentar tener, hay una terrible distancia. Yo deseo las riquezas de

(40) Págs. 282 y 283.

Aguado, pero, no voy a asesinar a Aguado para arrebatarle su fortuna. Los cubanos desean la independencia, pero, no intentarán poseerla, porque es ahora, lo repito, un suicidio. El día, en tiempos inmediatos, que se oiga el primer grito de la independencia en la Habana, se arruinó la isla. El comercio huye, la industria cesa, los canales de prosperidad se ciegan; en suma, el país se pierde.

“Muchos y muchos años pasarán todavía sin que esa independencia pueda intentarse en Cuba, y siguiendo el sistema actual de gobierno, no se intentará jamás, (41) porque la fuerza brutal de los esclavos dispondrá otra cosa. En efecto, España no tiene más que optar entre estos dos extremos. O bien moderar la legislación, favorecer la población blanca, acrecentar el bienestar de aquéllos países, y por medio de los sagrados lazos de la gratitud y la conveniencia, rete-

(41) Respecto a esto pensaría así, porque cuando su viaje efectuado en 1839, ya había pasado el tiránico régimen del General Tacón, que cesó en el mando el año anterior (1838).

ner las Antillas unidas a la metrópoli; o bien recoger durante pocos años unos cuantos millones de duros, y destinar a aquel país de bendición la suerte de Santo Domingo. *¡En este último caso, los huesos del ilustre Colón tendrán que cruzar de nuevo los mares, y estará escrito que ni las cenizas de este prodigioso mortal han de hallar descanso en el mundo!!...*" (42).

Efectivamente, la insurrección vino, fracasaron los movimientos primeros y vino el bien preparado de 1895, con sus consecuencias relacionadas con la política norteamericana, la guerra internacional sin que concluyera la civil y por último la independencia tras la intervención de los Estados Unidos en Cuba y cruzaron una vez más los mares las cenizas del primer Almirante Duque de Veragua, que aunque como todos los genios reinan en el mundo, donde quiera que se encuentren y dominan en el espíritu de los hombres, como lo será por siempre Colón, cuya extraordinaria fuerza estuvo templada con la dulzura del alma, y no poseyó en

(42) Nosotros hemos subrayado esto.

América, ni en Santo Domingo ni Cuba cenotafio digno de su grandeza y de su memoria. Fue preciso que se acercara el tiempo en que cumplieran cuatrocientos años del descubrimiento, que tantos bardos han cantado, pero débilmente comparado con la gigantesca hazaña, para que después al parecer de larga fecha olvidado en su sepulcro de la Catedral habanera, acordárase levantarle un monumento en el propio templo donde se hallaba, que a su vez guardaría sus reliquias mil y mil veces venerandas.

Ya don Jacinto Salas Quiroga, en su mencionado libro de *Viajes*, cuando visitó la Catedral mostróse asombrado al ver la modestísima tumba de Colón, y abogaba porque algún día fuesen trasladados con pompa a un mausoleo exclusivo como lo fueron en Madrid los del inmortal autor de *La vida es sueño*; y en efecto, en un lugar apartado debieron ser puestos y bajo un grandioso monumento digno del genio del inmortal Almirante y Descubridor.

No se había hecho y esto constituía un borrón, no para la Habana, sino para aquellos en cuyas manos estaba el poder realizarlo. El soberbio

mausoleo merecido a aquel marino que supo con singular estoicismo atravesar por entre infinitos escollos no sólo en la víspera de la partida, en la inmensidad de los oceanos después y en los días de la victoria más tarde, habría de erigirse pasado bastante tiempo. De terrible falta la calificaba el viajero español referido y razón sobrada tenía.

La reparación vino, pero vino tarde y tan tarde que no pudo, en la Habana, estrenar su nuevo sepulcro, como veremos más adelante. Antes de ver el proceso histórico del monumento, dejemos la palabra a don Jacinto Salas, en la narración de su viaje a Cuba, cuando visitaba la principal iglesia de la diócesis habanera:

“...la sola idea de que, en aquel parage están los restos de Colón, hacia que se dilatase dulcemente mi alma. Esperábame yo, recordando la bien entendida discusión en que los había tenido el gobierno español, como así mismo los espléndidos honores fúnebres que recibieron a su traslación de Santo Domingo y reciben cada año el día de San Cristobal, esperábame yo, repito, a encontrar aquellas frias cenizas en

algun magnífico mausoleo, elegante, aislado, que pudiera el viajero contemplar por todos lados y por todos admirar. Empero, fue burlada mi esperanza. En uno de los costados del templo, vi, en la pared una lápida enclavada, cerrando, al parecer, un nicho, y tras de él se conservan los restos del descubridor de América”.

Lógico era que así pensara el visitante, ¿cómo no habría de imaginarse un magno sepulcro recordando al mundo que yacía allí el más sublime de los varones que a la América llegaron y el primero que sus tierras pisara descubriéndolas? Pero; ¡oh! quedábanle años de residencia en modesto lecho funerario, del que andando el tiempo había de ser, como fue, sacado para que Cuba no pudiera tener la gloriosa aureola de retenerlo en monumento de que era acreedor el excepcional genio de aquel navegante, risueño, noble y valiente de indescriptibles odiseas, precursoras de un acontecimiento contributivo, como punto luminoso que irradiara el inmenso mar de la Historia, señalando un límite en sus períodos tan difíciles de determinar, pues al

tiempo ¿quién lo detiene en su marcha velocísima, para que indique la division en esa hermosa ciencia que nos presenta en el día sucesiones de etapas de siglos, de años, con sus instituciones y sus hombres desde la más rudimentaria hasta la más completa? Mas, siglo XV y año 1492 parece como si se hubiesen detenido en esa carrera rápida e impetuosa del Tiempo para dar paso y permitir a las generaciones humanas contemplar la figura maravillosa de Cristobal Colón, que cuanto más lejana parecerá siempre que más y más se agiganta.

EL MONUMENTO

Acordada, pues, que hubo sido la erección del suntuoso sepulcro, como debió ser desde el mismo año en que cariñosamente se recibieran en la Habana las cenizas, cerrado que fue el concurso comunicóse con fecha 12 de enero 1892, por el Ministerio de Ultramar, la Real Orden, a la Capitanía General de esta Isla, la que dióle publicidad en el diario oficial (43) correspon-

(43) *Gaceta de la Habana*, núm. 53; Año LIV, pág. 418.

diente al día 2 de marzo del mismo año. Comunicábasele allí al Gobernador General de Cuba, que se adjudicaba la obra para la ejecución del sepulcro que había de guardar los restos de Colón en la Catedral de la Habana, a don Arturo Mérida, autor del modelo premiado, de acuerdo con el pliego de condiciones para la misma. A la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando fue sometido e informado por ésta favorablemente; disponiendo entonces la reina regente (44) a nombre del rey la aprobación del pliego de condiciones que habría de regir para la dicha ejecución del monumento.

En este concurso presentáronse sólo tres artistas nombrados don Francisco Font, don Antonio Alsina y el vencedor don Arturo Mérida, cuyo boceto consideró la Real Academia como "de superior mérito, pensamiento original y notoria propiedad", concediéndosele la cantidad de cincuenta mil pesos. Del trabajo del primero se dijo que "sin carecer de detalles recomendables no

(44) María Cristina, madre de Alfonso XIII que tenía entonces 6 años de edad.

llena sin embargo las condiciones del certamen" y respecto al modelo de Alsina, que era una "concepción monumental, aunque de molde muy generalizado y de estilo que no respondía a la época de Colón, ni a esta", (45) obteniendo un *accessit* consistente en seiscientos pesos.

Como el propósito parecía ser que se inaugurase el mausoleo para la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América que cumplióse el mismo año por el mes de octubre, dióse un plazo breve, dada la magnitud del trabajo, para su completa terminación y entrega: el día 10 de dicho mes y año, pero con la cláusula de "a reserva de ampliarse" y sucedió como tenía que suceder: la obra no sólo no estuvo acabada en aquella fecha, sino cinco años más tarde.

A fines de septiembre en sesión extraordinaria celebrada por el Cabildo Catedral se daba cuenta de una comunicación del señor Obispo de fecha 26 de dicho mes y en ella trasladaba el prelado

(45) *Gaceta de la Habana*, número y fecha mencionados.

otra del Ministerio de Ultramar por la que se ordenaba llevar a efecto en aquel templo, y en su nave central la erección del monumento para guardar los restos de Cristóbal Colón. Pedía el Dioceño al Cabildo informara sobre tan importante asunto y en la misma sesión (46) se designaban, para dictaminar a los canónigos García Rey, Lucio Manabit y Santos Robles. Y a los pocos días, el 3 de octubre, en nueva sesión extraordinaria rendía su informe el Cabildo, oída que fue la comisión designada de su seno. Los componentes de ésta manifestaban que estudiado el caso habían acordado ser el punto más apropiado para levantar el monumento la capilla de Loreto, (47)

(46) 29 de septiembre, *Actas*, Lib. (12).

(47) Hemos oído que hasta se ha llegado a decir, en el afán de discutir siempre sobre los restos de Colón, que éstos fueron extraídos ocultamente por la capilla de Loreto, una de cuyas paredes da al fondo del nicho de Colón, y tal vez esta fantasía tuviese su origen en la proposición esta de los canónigos encargados de informar sobre el lugar más propio del monumento.

alegando para ello que tenía cuatro puertas (48) y más apartada del cuerpo general de la iglesia, teniendo para esto en cuenta, según su aserto, en que no solamente visitarían la tumba de Colón los católicos y que de ese modo, cuando se estuviesen realizando oficios del culto no se presentarían irreverencias.

Pero el informe rendido por el Cabildo no prosperó, no podía prosperar; Colón debía hallarse visible, estar donde al penetrarse en el sagrado recinto fuera el monumento a su memoria y guardador de sus cenizas lo primero que se destacase a la vista del pagano o del católico.

Dispuesto así procedíase al poco tiempo a los trabajos de cimentación en el punto que se creyó como de menor obstáculo para los fieles en los días de grandes solemnidades del culto: Era éste la nave mayor y muy cerca de la puerta princi-

(48) En efecto: una que da a la calle de San Ignacio, otra a la galería de los canónigos, otra al coro del altar mayor y la última que hace continuar la nave izquierda del templo (según se entra) hasta la capilla.

También se aludía a las procesiones que tendrían el paso obstruido de hacerse en la nave central. *Actas.*

pal, debajo del coro alto, a cuya trompetería polí-fona parecía como querer alcanzar los reyes que cargaban el féretro, cuando húbose concluído.

Ya había pasado el mes de octubre, como vemos y ni aún siquiera el piso había sido abierto para preparar los cimientos, pero no pasaron meses sin que el comienzo se viera, pues en diciembre 2, hallándose tal vez paralizado el trabajo, en sesión celebrada por los canónigos el Cabildo se ocupó de los "inconvenientes que para el ornato y la higiene" (49) ofrecía el lugar destinado al monumento de Colón.

La guerra por la independencia había estallado ya cuando el basamento quedó hecho y así estuvo en espera de las piezas del monumento, que no llegaron a la Habana hasta las postrimerías del año 1897 o principios de 1898, en éste quedaba levantado y terminado completamente y hablábase de la inauguración para mes de abril, (50) pero fue justamente el mismo en que el Congreso

(49) *Actas*, Lib. 12.

(50) Así lo oíamos decir a los canónigos y otros empleados de la Catedral. Por entonces nosotros con nuestro hermano Ceferino éramos acólitos de allí.

de los Estados Unidos declaró su famosa Resolución conjunta respecto a Cuba (51) y el mismo de la declaración de guerra entre dicha república y España. Natural era se paralizase por entonces todo, hasta desmontarse al finalizar la guerra y enviarse a España sin que en la Habana hubiese servido de lecho funerario a Colón (52) aunque fueron exhumados los restos del nicho en altar mayor, pues se depositaron en la sacristía el 26 de septiembre, como consignamos en otro lugar, hasta su embarque para España el 13 de diciembre. Y en septiembre 9 el Capitán General había dado las órdenes de retirar los bultos, pues ya se encontraba desmontado el monumento, para mandarlos a España. Véase el escrito dirigido por aquél al Prelado de la Habana y que éste remitía al Cabildo:

(51) 11 de Abril.

(52) El Dr. Martínez Ortiz, en su obra mencionada (pag, 19), al hablar del hecho memorable del traslado a España de las cenizas, de Colón, dice: "Guardábalos en los últimos tiempos un mausoleo erigido en la nave central del templo". Pero es un error: no llegaron a trasladarse al monumento.

“Obispado de la Habana

Íltmo. Señor:

El Excmo. Señor Capitán General de ésta Isla en oficio de 9 de los corrientes comunica a éste Centro lo que sigue:

“E. é I. Sor: Con ésta fecha digo al Sor. Comisario de Transportes de ésta Plaza lo siguiente:

“Sírvasc Vd. proceder al local ó sitio de la
“Maestranza de Artillería que su Director le designe los bultos empacados del monumento de
“Colón que se hallan en la Santa Iglesia Catedral para desde dicho sitio ó local ponerlos a
“bordo de uno de los primeros vapores que salgan para la península procurando con la
“presa de los mismos que vayan en las mejores
“condiciones posibles para que no sufran detrimento.”

Lo que traslado a V. S. I. para su conocimiento y fines consiguientes.

Dios guarde a V. S. I. muchos años.

Habana Novbre. 12 de 1898.—Toribio Mar-

tin.—(53) Iltmo. Cabildo de ésta S. I. Catedral.”

En la sesión que celebró el Cabildo en 6 de Diciembre de ese año dábase cuenta del oficio que antecede. He aquí un párrafo:

“Se dio cuenta de un oficio del Obispado trasladando al Iltmo. Cabildo la orden del Capitán General de colocar los bultos conteniendo el monumento de Colón en la Maestranza de Artillería...” (54)

Esta orden, como era natural, fue cumplimentada, pasando a los barcos donde habían de llevarse a España, desde la dicha Maestranza de Artillería, que es el edificio que ocupa hoy la Secretaría de Obras Públicas, habiendo estado antes las de Sanidad e Instrucción Pública.

(53) El Dr. Toribio Martín era el Deán de la Catedral; pero este escrito lo remitía al Cabildo como Secretario de Cámara y Gobierno, cargo que también desempeñaba en la Diócesis.

(54) *Actas*, Lib. 13.

CÓMO ERA EL MONUMENTO.

Ahora, antes de seguir adelante, describamos aunque someramente el magnífico sepulcro que pudimos día por día contemplar en la Catedral desde que se levantara. Su dimensión era aproximadamente (55) cuatro metros de longitud, como de un metro de altura (el basamento) por tres de ancho, siendo de mármol gris, sobre el que venía un piso formado con varias piezas grandes de mármol negro, que le daban aspecto al par que imponente, lujosísimo. Sobre este cuerpo de piedra tan costosa como elegante descansaban los cuatro reyes, portando sobre sus hombros el sarcófago, al que cubría gran manto con inscripciones (56). Cada uno de los reyes ostentaba su escudo respectivo, que llevaban grabado en las dalmáticas regias. El primero de la derecha tenía las armas de Castilla; las de León el de izquierda; de Navarra y

(55) Hemos procurado reconstruirlo a la memoria.

(56) "Por Castilla y por León, nuevo mundo dio Colón", decía una de éstas.

Aragón los de la parte posterior, derecha e izquierda respectivamente. Era el símbolo de los Católicos monarcas, es decir, de sus reinados. En la mano de la parte exterior al sorcófago que conducían, sostenían una vara a manera de largos cetros. Estos, casi alcanzaban el piso alto donde se halla el órgano, alma de los catedrales, como lo ha llamado alguien, de donde partieron siempre las más dulces y sublimes melodías que en espirales cual el incienso quemado en los altares ascienden hasta Dios en gracia de los beneficios recibidos. Tal era la altura, no la precisamos, mas no es aventurado decir que cada rey medía la doble talla de dos hombres de estatura natural. Todo era de bronce a excepción de los rostros que eran de alabastro. Dábale el dorado un aspecto majestuoso al soberbio monumento que hoy tienen la dicha de conservar los sevillanos con las cenizas del que "dio a Castilla y a León" un nuevo mundo de donde surgieron múltiples nacionalidades a la vida de la independencia y de la libertad, y en los que siempre el nombre de aquel se ha evocado con profunda admiración. No se llamó al Continente *Colombi-*

**ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS**

na, pero existe una república que bautizaron sus libertadores con el nombre de Colombia, demostrando así que en América no se le ha olvidado, antes bien quisieron un tanto reparar sus hijos la tremenda injusticia de los hombres de su tiempo.

Ya no hay vestigio alguno que indicar pudiera ni aun la extensión del potente muro básico de aquel deslumbrante sepulcro dedicado al egregio Almirante, cuyos restos trájelos aquí el exclusivo derecho que cabe a los americanos de conservarlos" (57) y acaso por eso los del Norte y la Quisqueya no se hayan conformado con que fueran realmente los auténticos los que a la Habana llegaron en memorable ocasión, exponiendo sus tesis, aunque valiosas tal vez no lo suficiente fundadas a esos fines. ¡Ojalá supiéramos que al igual que en el corazón de cada americano reina a manera de ara sagrada su nombre inmortal, sus restos, efectivamente descansan en suelo de esta porción mundial que es la propia de Colón, pues aunque los genios dirigen, gobier-

(57) José Agustín Caballero (*sermón fúnebre*).

nan, imperan, desde cualquier punto en que se coloquen, y a todo el género humano pertenecen, es incontestable que el Nuevo Mundo a que debió él su fama para todas las edades, es después de su patria universal, la que pudiéramos llamar local! Y por eso así fue patentizada su voluntad cuando moribundo en Valladolid solo esperaba entregar su alma a Dios, santificado por la gracia.

Sí, ya no se alzan majestuosos al cielo los ciclópeos heraldos entre las fornidas y gruesas columnas del viejo templo habanero, en imponente marcha con la triste pero valiosísima carga a sus hombros, heraldos, reyes que se enorgullecían de ser en medio de sus dominios y su grandeza, de sus brocados, áureos escudos y relucientes cetros, los que triunfantes llevaban a Colón, el insigne entre los insignes y el prodigioso vencedor, cual otro Jesús en las tempestades, de los envidiosos, de los incrédulos y de los Judas que siempre hallan los maestros.

El vendabal furioso de la guerra que trae con sus desplomes inminentes en lugares menos fuertes a la resistencia, radicales cambios en las

instituciones y en las costumbres, arrasó con aquel monumental sepulcro que al conjuro de mayestática contemplación proporcionaba ensueños de gloriosas grandezas pasadas, con unción religiosa evocadas en todas las edades subsecuentes de la humanidad.

Hasta hace unos diez años quedaba en pie el gris basamento del mausoleo, ya era obispo diocesano de la Habana el que lo es en la actualidad monseñor Pedro González Estrada cuando fue por él mismo dada orden de demolerlo, pues aunque desde el mes de diciembre de 1898 se había autorizado al Cabildo disponer de los materiales que contenía dicho basamento, como se verá por la comunicación del Prelado en aquella fecha, nada hizo a ese respecto monseñor Sbarretti, sustituto que fue del Ilmo. Santander y Frutos. Decía así el documento:

“Obispado de la Habana

Ilmo. Señor:

El E. Gobernador Gral de ésta Isla en oficio de 14 de los corrientes me dice lo que sigue:

“E. é I. Sr. acordado en el decreto de este

“Gobierno Gral fecha 21 de Septiembre último
“que dispuso la traslación á la Península de los
“restos de Cristóbal Colón y del monumento
“que los contenía, (58) que el basamento del
“mismo se dejase en esa Santa Iglesia Catedral,
“y teniendo en cuenta que puede convenir á los
“intereses ó al ornato de dicho templo reponer
“la nave del mismo á su anterior estado, he
“tenido á bien autorizar á V. E. para que dis-
“ponga libremente del expresado basamento, y
“pueda atender con el producto de su enagenación,
“si así conviniere á esa Iglesia Catedral, á
“la reposición del piso en la parte que aquel
“se encuentra así como á los deterioros que
“haya sufrido la escalinata al sacarse los bultos,
“en que fué embalado dicho monumento”.

Lo que traslado á V. S. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. S. I. muchos años. Habana
22 de Diciembre de 1898.

(58) En el momento no llegaron a estar nunca.

¹ Manuel, Obispo de la Habana (59).

Iltmo. Sor. Deán y Cabildo de esta S. I. Catedral”.

Al día siguiente, o sea el 23, se reunieron los canónigos en sesión y “se leyó la comunicación del Obispado trasladando al Iltmo. Cabildo el permiso del Gobernador General para disponer del basamento del monumento de Colón...” (60).

Sólo recordaba en la Catedral la presencia de aquel gran sepulcro hasta hace cuatro o cinco años un pequeño cuadro con una fotografía del mismo, (61) cuadro que al igual de todos los detalles relacionados con los restos de Colón, el monumento, el nicho del altar mayor y la cómoda de la sacristía, despertaba, como aún en el día

(59) Hay una rúbrica.—Hacia la parte izquierda hay un sello con un escudo, sobre el cual se ve una mitra un báculo y sombrero de teja, del que penden seis borlas de cada lado. Dice el sello, que está impreso con tinta morada: “Dr. D. Emmanuel Santander et Frutos Gratia Episcopus Habanensis †”.

(60) *Ibidem*, pag. 196.

(61) Ha desaparecido; y se nos ha dicho lo llevó a los Estados Unidos un visitante americano.

despierta, verdadero interés a los viajeros. Porque, raro contraste, mientras los norteamericanos han sido muy especialmente los que más han defendido el criterio referente a la permanencia actual de los huesos de Colón en la antillana isla de Santo Domingo, venían y continúan viniendo por millares, año tras año, ciudadanos de la gran república del Norte a visitar la que fue tumba sacratísima porque en ella durmió un tiempo el más famoso de los navegantes que el mundo ha dado y el inmortal entre los inmortales: Cristóbal Colón. Sí, Colón, aquel *iluso*, cuyos trascendentales planes, cual de afortunado vidente, como si el principio y fin de los mismos no correspondieran a una posibilidad, o se forjase vanas ideas como *somnia aegri* (62) no fue atendido por soberanos y poderosos de las naciones europeas a que acudió, y que más tarde tras la inmensa victoria del descubrimiento sus propios protectores hasta entonces, los Católicos monarcas, impasibles ven aprehen-

(62) Horacio, los delirios de un enfermo, *Epistola a los Pisones*.

derle, maltratarle, aherrojarle sus trémulas piernas de tanta brega y sufrimiento es hoy así honrado y mil veces bendecido, disputándose no ya el lugar de la cuna que le mereciera (63) sino pasados años sobre años la gran admiración y el amor que inspirara impulsan negar a unos sus cenizas, a otros defenderlas como auténticas en diferentes porciones de la tierra.

Así como en las constelaciones radiantes de los tiempos más felices de las bellas Artes en aquellos dos admirables pueblos que se llamaron Grecia y Roma, sobresalieron hombres de capacidad extraordinaria, cuales fueron entre otros Homero, Hesiodo, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Menandro, Apolodoro, Difilo; Plauto, Terencio, Lucrecio, Cicerón, Horacio, Virgilio... que merecieran ser estudiados en su vida y en sus obras de entonces acá, y ninguno apesar de lo mucho que sobre la tragedia y comedia griega; sobre el teatro romano, la oratoria,

(63) Tal es su gloria, que ha habido quienes valiéndose de determinados datos le han negado a Génova el honor de haber sido la ciudad que le recibiera al nacer.

la sátira, la epístola, etc., ninguno ha sido tanto, tan profundadamente y con tanto entusiasmo estudiado, analizado y conocido como lo fue Homero, quien con su *Iliada* y *Odisea* dio lugar a tan numerosos tratados en los diferentes aspectos histórico, técnico y exegetico que se formó el libro especial denominado *Periexejeton Homero*; así, repetimos, de la misma manera pasa en los tiempos modernos con Cristóbal Colón, de quien difícilmente podría hacerse hoy una completa bibliografía. En qué país, en qué apartado rincón del mundo no ha llegado un libro o un periódico donde se haya leído siquiera el nombre del animoso y optimista navegante descubridor de la América? Quien en la más pequeña población de cualquier parte de los otros continentes desconoce la hazaña indecible de 1492 y a su autor?

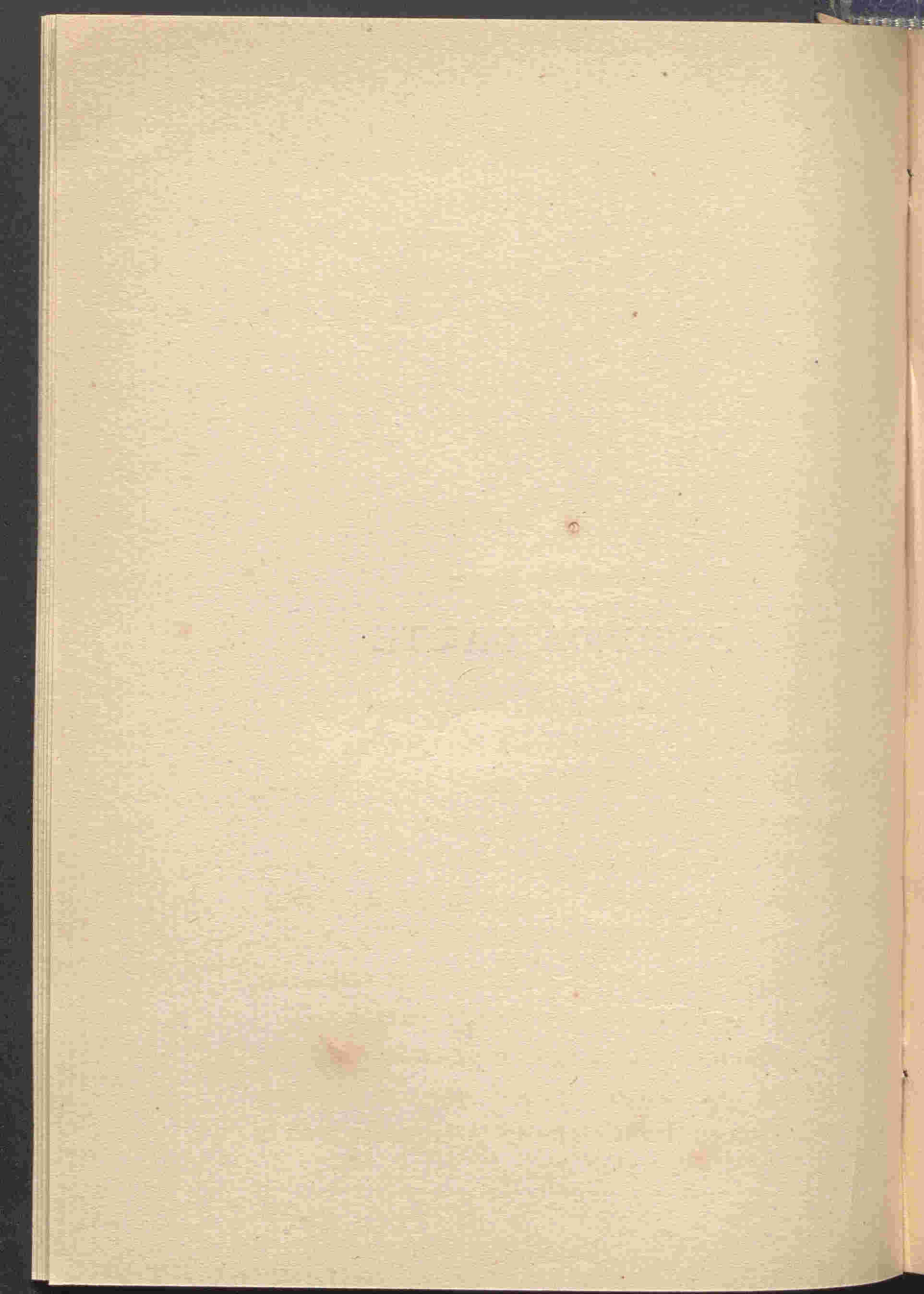
En los infinitos estudios sobre el navegante genovés hay muchos y excelentes enseñanzas, que se derivan del propio temple moral de Colón; allí la fe, la esperanza, la abnegación, el trabajo y los más puros sentimientos: benevolencia, mansedumbre, fraternidad y templanza.

Y si esto es así, el día que fuese acometida la empresa, magna por demás, de recopilar las obras y otros trabajos que sobre Colón se hubiesen escrito podría dársele un nombre también: *Peri-Colombi* o bien *Peribiou Colombi*, que en América podría llegar a ser el texto, como fue en Grecia el de Homero, donde todo y de todo sería fácil aprender. •

Cuba, aunque empeñada ya desde época relativamente lejana en sus luchas por alcanzar la libertad, no olvidó a Colón, ha mantenido su recuerdo dando su nombre a importantes villas, parques, mercados, plazas, cementerio capitalino, estatuas en varias poblaciones como en Cárdenas y Matanzas resaltando entre éstas la que para justo orgullo de la Habana y de la República destácase erguida con su mano sobre la esfera terrestre y como saliendo de entre matizadas y aromáticas flores que la bordean en el centro del patio de la mansión presidencial, desde donde tal parece gobierna a esta que llamó "la más hermosa tierra que ojos humanos vieran" y encamina por la senda del bien a sus hijos

para que recordándole, seamos esclavos de la
justicia, del deber, del trabajo, haciendo buena
la sublime maxima romana: *labor omnia vincit.*

SEGUNDA PARTE



ACTA

DE LA RECEPCION Y FUNERALES DE LOS RESTOS DE COLÓN.

Apesar de habérsenos manifestado que el archivo de la Comandancia de Marina había sido trasladado a España cuando la evacuación, nosotros, que siempre pensamos en el referido archivo para tomar algunas notas que eran de interés para este libro, seguimos nuestras investigaciones y al fin hemos dado con los documentos relacionados con el traslado de los restos de Colón a la Habana desde Santo Domingo.

La *Revista Católica*, afortunadamente en 1876, publicó esa documentación que se hallaba archivada en las oficinas del Apostadero y de la

copia esa reproducimos el acta levantada por el escribano don Miguel Méndez, el día de la fúnebre recepción de dichos restos.

“CERTIFICACIÓN.—Dn. Miguel Mendez, Escno. de S. M., Teniente Mayor de Gobierno Público y del M. I. A. de esta Ciudad, como mejor puedo y debo, CERTIFICO, doy fe y verdadero testimonio que hoi día de la fecha, señalado para el funeral de los huesos del gran Almirante Dn. Cristobal Colón, se executó en el acto lo siguiente:—La ceremonia que comenzó a las siete de la mañana fué precedida de la convocatoria hecha el día antes a todos los vecinos y Cuerpos de la Ciudad por medio de los Cavalleros Comisarios Dn. Miguel de Cárdenas y Chacón, Teniente Regidor Alguacil Mayor, y Dn. Magallanes Zayas Santa Cruz, Teniente de Regidor, Alcalde Mayor Provincial de la Santa Hermandad, de los dobles generales y demostraciones fúnebres que hizo la Real Marina desde que rayó el sol en aquel mismo día. Hermoso punto de vista presentó

el muelle llamado de Cavallería en aquella mañana, y la carrera que seguía desde allí hasta la Catl. toda la Ciudad personalizada en su ilustre Ayuntamiento y presidida del Exmo. Señor Governador y Capitán General Dn. Luis de las Casas, el venerable Cavildo Ecco., enarbolada la Cruz; los Curas de las Parroquias urbanas; el venerable Clero y Comunidades Religiosas, todos con velas de a libra en sus manos; multitud de Gefes, Personages y señores, con cuyo gentío innumerable ocupaban el muelle á tiempo que un Batallón de voluntarios disciplinados de esta Plaza guarneció las aceras de las calles por donde habían de conducirse las esclarecidas cenizas. A las nueve de la mañana atracaron a dicho muelle tres columnas de falúas y botes de los buques de guerra, vestidos decentemente con las señales fúnebres. En una que llenaba el centro venía un ataúd de terciopelo negro guarnecido de galones con flecos de oro, acompañado de un número considerable de tropa de Marina; en las demás venían el

Exmo. Señor Dn. Juan de Araoz, Comandante General de la Real Marina, otros Gefes y Comandantes de Buques con toda la oficialidad y Ministerio, inmediatamente los S. S. Brigadieres D. Francisco Herrera y D. Carlos Rivier, y los Capitanes de Navío D. Juan de Herrera y D. Tomas de Ugarte desembarcaron el ataúd y recibido por los S. S. D. Joseph de Ilincheta, Teniente de Gobernador, Regidor D. Joseph Agustin de Peralta, Alcalde ordinario de primera elección, Coronel D. Joseph M^a Chacon, Teniente Coronel del Regimiento de Infantería de Milicias disciplinadas, Conde de Casa Bayona, y Regidor Perpétuo, Dn. José Vidaondo, Comisario Ordenador y Contador pral. de Ejército y Real Hacienda, desembarcaron despues el Exmo. Señor Comandante General, los SS. Gefes de Esquadra D. Francisco Xavier Muñoz, Dn. Domingo Pavía, Mro. Pral., y demás Oficialidad y señores que contenían las falúas, reunidos todos al Exmo. señor Gobernador y Capitán General y á los Señores Teniente

General D. Bernardo Troncoso, Mariscales de Campo D. Dionisio Bauville, y D. Vicente Risel, Brigadier D. Joseph Montero, Gobernador del Castillo del Morro, y los Oficiales de la Plana Mayor, principió la procesion. Quatro señores del Cuerpo Capitul ar acompañaron el ataud alternativamente hasta la entrada de la Plaza de Armas, frente al obelisco erigido á expensas de esta ciudad en memoria de haberse celebrado, según tradicion, en aquel mismo parage la primera Missa y Cavildo quando su primera fundacion. Aquí se admiraba un féretro portátil de figura quadrilonga, alto cinco pies, largo siete, y quatro de ancho, cubierto de faldones de terciopelo negro guarnecido de flecos de oro; sobre este se levantaba un sepulcro en forma de trono, primorosamente trabajado de madera de ébano con sus perfiles dorados, dentro del qual se puso el atand; de los quatro ángulos pendían unos cordones de oro rematados en otras tantas borlas tambien de oro, que llevaban siempre en sus manos los que según el tur-

no hacían de cargueros de honor: lo alumbraban ocho cirios sostenidos de cornucopios de madera, y labrados iguales al sepulcro. A un lado de este lúgubre aparato estaba prevenida una mesa de terciopelo negro cubierta, y tres cogines de lo mismo frangeados, alfombrado el pavimento, y circundada de treinta y seis hachas encendidas, donde se colocó el ataúd á tiempo que ocupado su lado izquierdo por la guardia de honor de la Plaza, al punto ocupó el derecho la Real Marina; en este estado se acercaron a la mesa los Señores Exmos. Governador y Capitán General y Comandante General de Marina, y el Señor D. Sebastian Peñalver Barreto, Teniente de Regidor Perpétuo, Decano. El Exmo. Señor Comandante General dispuso entonces que á mi presencia y de Dn. Joseph Miguel Izquierdo, Escrno. de Guerra de Marina, se abriese el ataúd, y obedecido, se vió dentro de él una arca de plomo dorada con su cerradura de hierro, larga y ancha como de media vara y alta como de mas de quarta;

abierta con una llave que trahia dicho Exmo. Señor Comandante, se inspeccionaron en su fondo unas planchas de aquel mismo metal, larga quasi una tercia; unos pedazos pequeños de huesos como de algún difunto, y porcion de tierra que parecía ser de aquel cadaver, de todo lo qual hizo el referido Exmo. Señor Comandante General entrega al Exmo. Señor Governador, expresándole que aquellas cenizas eran del incomparable Almirante Dn. Cristóval Colon, las mismas que le remitió autenticamente el Señor Don Gabriel de Aristazábal, Teniente General de la Real Armada; aceptadas por S. E. se cerró el arca, quedando la llave en su poder, y repuesto el ataud en su primitivo ser, se situó en el primer cuerpo de dicho sepulcro, tomando las borlas los señores mencionados, Exmo. Dn. Bernardo Troncoso, Dn. Francisco Xavier Muñoz, Dn. Joseph Pablo Valiente, Visitador e Intendente General de Ejército, y Dn. Domingo Pavía; en este lugar se entonó el

primer responso (1) con música de la Santa Catl, y concluido siguió el órden siguiente: llevaban la delantera quatro cañones de Campaña, tirados por ocho parejas de mulas negras enlutadas, con dos lacayos cada una. El destacamento de Artillería y quatro caballos blancos con sus caparazones de paño negro fino, guarnecido de los escudos de armas del Almirante, bordados de oro, y dos lacayos cada uno; seguían despues el Capitan D. Ignacio María de Acosta, Ayudante Mayor de la Plaza, y Sargento Mayor interino, el Señor Coronel Dn. Juan Francisco del Castillo, Cavallero de Orden de San Juan, y el Teniente Coronel Dn. Manuel de Estrada a caballo y espada en mano, la Compañía de Granaderos del Regimiento de Puebla, la de Milicias Disciplinadas de esta Plaza, y la del de México, la Cruz de la Catl., Comunidades de Nuestra

(1) Como se ve, por este documento, se comprueba lo que hubimos de suponer sobre el particular éste y que consignamos en la nota 15.

Señora de Belén, San Juan de Dios, Padres Capuchinos, Nuestra Señora de la Merced, Nuestro Padre San Agustín, Señor San Francisco, Nuestro Padre Santo Domingo, el Venerando Clero, Venerable Señor Cavildo Ecco. y el féretro custodiado de ocho hombres y un cabo; iban despues los Exmos. SS. Capitán General y Comandante General de Marina, con la Oficialidad de Estado Mayor de la Plaza, la guardia de honor del M. I. A., los Oficiales de todo el Estado Militar y los Cavalleros convidados, cerrando la carrera el Esquadron de Dragones de América, y retirándose al punto la guardia de honor de la Real Marina: conducidas con esta pompa las cenizas hasta la esquina de las casas de Gobierno, substituyeron en borlas los SS. Mariscales de Campo D. Antonio Bauville y Dn. Vicente Risel, y los Brigadieres de la Real Armada Dn. Francisco de Herrera y Dn. Carlos Rivier, hasta la esquina del Convento de Predicadores, (2) en donde las tomaron los SS.

(2) Santo Domingo: Mercaderes esquina a O'Reilly.

Brigadieres Dn. Pedro Garibay, Coronel del Regimiento de Nueva España, y Dn. Antonio Beytia, Cavallero de la Orden de Santiago, Marqués del Real Socorro y Coronel del Regimiento de Milicias disciplinadas; D. Juan de Herrera y D. Tomás de Ugarte, Capitanes de Navío a quienes relevaron en la esquina del Boquete (3) los SS. Brigadieres D. Cayetano Paveto, del Real Cuerpo de Ingenieros, y Dn. Francisco Xavier Villalba, Coronel del Regimiento de México; D. Miguel de Orozco y Dn. Joseph Saravia, Capitanes de Navío, hasta la puerta de la Catl., poniéndose en una posa que estaba preparada al efecto, con veinte hachas; entonándose aquí otro responso, volvió á tomarla el Cuerpo Capitular, y entró en la Iglesia hasta ponerla en un panteon formado al intento, cuya descripcion pondremos abajo: para recibirla se hallaba el Illmo. Señor Diocesano Dr. Dn. Felipe Joseph de Tres Palacios y Verdeja,

(3) Mercaderes y Empedrado.

revestido de capa magna: el Exmo. Señor Governador se incorporó entonces á su Cavildo, subió despues al Prebisterio, acompañado de los señores Cavalleros Commissarios é hizo formal entrega de la llave de la arca á S. S. I. hasta tanto que S. M. disponía de ella. La iglesia estaba toda alfombrada, encendidos sus altares y varias hachas a distancias proporcionadas; todas las columnas y puertas adornadas con eloquentes geroglíficos alusivos á las hazañas y fin del Héroe Descubridor, los mismos que estamparemos al fin de esta relacion; aun todavía se celebran algunos sacrificios por su alma que habían comenzado desde que rompió el día. En medio del crucero se levantaba un edificio quadrilátero de quarenta piés de alto y catorce de ancho, de orden jónico compuesto. El primer cuerpo que descansaba sobre un zócalo de tres piés de alto, se componía de diez y seis columnas, quatro por cada lado, sobre pedestales de dos en dos parados, con su arquitrave, friso y cornisa correspondiente

á dicho orden, y lo mismo los capiteles; éstos, los collarines y demas adornos dorados y bronceados que sobre el color general de mármol blanco hacían un bello resalte; sobre la cornisa sobresalía por cada frente un frontispicio triangular con cuyo fondo ó tímpano se figura de bajo-relieve quatro pasajes relativos al Descubrimiento de la América, del modo siguiente: En el frente el Almirante Colón despidiéndose de la Reyna que lo había habilitado para ir al descubrimiento de la América. En un costado la pequeña Esquadra navegando en alta mar; en el otro el descubrimiento de la primera Isla con todos sus incidentes, los españoles desembarcándose, la admiración y espanto de los habitantes, &^a; en el de atrás el Almirante que vuelto á España presenta a la Reyna por medio de un mapa los descubrimientos que había logrado; sobre el primer cuerpo dicho, y detrás de los frontispicios, se levantaba otro cuerpo ático que servía de pedestal ó base á un obelisco de figura piramidal, en cuya cúspi-

de se colocó para remate una corona de laurel con dos ramos de oliva, dorados y bronceados como los demás adornos. Al pié del obelisco se situó el escudo de armas de la Exma Casa de Colon, al que adornaba un grupo de tres figuras que representaban, primera á la derecha, el tiempo que todo lo consume, en la forma de un anciano con alas y sus demás atributos de relox, y la guadaña; pero aprisionado con las manos a la espalda; segunda, á la izquierda, la muerte, que todo lo acaba, se veia postrada y abatida; tercera, la fama sobresalía por encima del escudo, teniendo en su mano derecha una sierpe que con cola en la boca forma un círculo, símbolo de la eternidad, y en su izquierda un clarín con el que publicando las glorias del Héroe, las eterniza á pesar del tiempo y la muerte; sobre la cornisa debajo del frontispicio, se puso una calavera coronada de oliva, y un colgante de lo mismo que desplegándose iba haciendo seno a prenderse en los argollones debajo de la cornisa, en el ángulo que formaba

el resalte. En las criptas de los arcos se fingieron de bajo-relieve genios llorosos; en el frente y en los demás, tropheos náuticos. En los tres del obelisco, esto es, en la espalda y costado (por estar el frente ocupado con las figuras) se le fingió un embutido de jaspe ceniziento, y en sus medios unos como medallones con las inscripciones siguientes:

Christophori de Colon
 Cineribus
 Ex Dominicana Insula
 Quam
 Ditioni Castela
 Detexit et subjugavit
 Huc translatis
 In perpetuae gratitudinis
 Signum
 Havana Civitas
 Hoc monumentum
 Erexit
 Anno Dni MDCCXCVI

Siste viator
 Magni Christophori Colombi
 Ex insula Sti Dominici
 Translatae
 Hic cineres jacent
 Mirabile visu.

Havana Civitas
 In pignus gratitudinis aeternae
 Hoc monumentum extulit
 In traslatione Cinerum
 Christophori de Colon
 Ex Dominicana Insula
 Anno Domini MDCCXCVI.

En el zócalo de abajo por cada parte se puso una grada de quatro escalones, ó peldaños, figurados de jaspe ceniciento para subir por por ellos al centro del panteon en donde se colocó el sepulcro de que hablamos arriba. Todo el interior del panteon lo guarnecía un pabellon de terciopelo negro frangeado de oro, á manera de tienda de campaña,

prendidos los cantos en los ángulos detrás de la columna. A los lados del frente arriados á la columna se pusieron dos estatuas fingidas de mármol blanco, mayores del natural, que representaban la de la derecha la España, figurada en una hermosa matrona con su corona imperial, y ropa talar sembrada de castillos y leones. En la mano derecha empuñaba dos cetros, y con la izquierda señalaba para dos mundos que tenía al lado, y el rostro vuelto hacia el centro del panteon. La de la izquierda representaba la América con sus atributos de arco, aljaba y corona de plumas; su movimiento manifestaba la benevolencia con que aceptó el dominio español. En la cabeza del féretro, sobre el faldon de terciopelo se situó un targeton dorado con el epitafio siguiente:

D. O. M.

Clarís Heros Ligustin

Chistophorus Columbos

A se rei naut. scient. insign.

Nov. Orb. Detect.

Atque Castell. et Legion. Regib. subject.

Vallisol. occub.

XIII Kal. jun. A. MDVI (4)

Cartusianor. Hispal. Cadav. custod. tradit

Transfer. nam ipse praescrrips.

In Hispaniolae Metropoli Ecc.

Hinc, pace sancit., Galliae Resp. cess.

In hanc V. Mar. Concept. Imm. Cath. Ossa trans.

Maxim. omn. ordin. frequent. sepult. mand.

XIV Kal. Feb. A. MDCCXCVI

Hav. civ.

Tant. vir. meritor. in se nom in memor

Pretios. exuv. in optat. diem tuitur.

Hocce monum. erex.

Praesul Ill. D.D.D. Philippo Jph. Tres Palacios.

Civic. ac. militar. rei Gen. Praef. Exmo.

D.D. Ludovico de las Cassas.

(4) Aunque dice XIII Kalendas de Junio, como sabe el que haya estudiado latín, significa el 20 de mayo' pues son once días antes de las kalendas o sea el día 1º, más dos días que se agregan para formar las fechas en latín, son las XIII, que corresponde al 20 de mayo.

La iluminacion coronaba todas las cornisas de los frontispicios, y subia por los ángulos del obelisco hasta su cúspide. Abajo, alrededor de todo el panteon, sobre hacheros de proporcionada magnitud, ardia un crecido número de hachas que se acercaban a ciento, fuera de los de arriba, que serian como otros tantos. Ciertamente que el conjunto de todo y lo exquisito de cada cosa en particular daban a la primera vista un golpe de magnificencia y seriedad que mereció la admiracion y aplauso del inmenso gentio que concurrió á una funcion nunca vista. Se cantó solemnemente el oficio de difuntos, celebrando despues Misa Pontifical el Illmo. señor Diocesano. Seguidamente pronunció la oración fúnebre Dn. Jph Agustin Caballero, Dor., Theólogo y Maestro perpétuo de filosofía por S. M. en este M. y Conciliar Colegio seminario. Despues se procedió al último responso cantado con la mayor magnificencia de música y ministros. En fin los SS. Intendente General y Mro. Pral. volvieron a tomar el ataud y lo con-

dujeron hasta el Presbiterio; al lado del Evangelio, en la pared maestra, frente al costado del altar mayor, estaba dispuesto un nicho de vara y media de largo y más de media de alto, en donde respetuosamente quedó depositada el arca y cerrada con una lápida en la que se lee grabada la inscripción sepulcral que vimos antes al pie del panteon, (5) sirviendo este acto de corona

(5) Probablemente se colocaría junto al cuadro de Colón alguna tabla o lienzo de los que formaron parte del catafalco con la inscripción a que se refiere el acta, desapareciendo con aquél en 1822.

Y ya que tratamos nuevamente de la lápida que cubría el nicho depositario de los restos de Colón, consignamos que en la parte del frente o sea en la de la Epístola se colocó pasados veinte años un cuadro que existe allí mismo en la actualidad, el cual tiene sobre una plancha de bronce esta inscripción:

«Este cuadro tiene el mérito singular de haberse pintado 14 años antes que Colón (cuyo busto y cenizas estan / al frente) se embarcase para el descubrimiento de America. Su representacion aparente de estar / celebrando el Papa con asistencia del Emperador, Cardenales, Obispos y clero, la mistica de bajar el Cru / cificado

á toda la funcion. Es supérfluo advertir que durante ella permanecieron guarnecidas las aceras de las calles, y que continuaron sus salvas, descargas y demas honores militares la Real Marina, la Plaza y la tropa en exercicio. El extraordinario concurso de ambos sexos que se abocó en las calles y plaza de la carrera, y se congregó en la Iglesia daba ciertas y claras señales de haber renacido en cada uno de ellos la justa memoria del Héroe Descubridor de esta Isla. La funcion se alargó hasta más de medio dia, á ninguno cansó y todos quedaron rebosados del más vivo regocijo por haber rendido justísimos homenages al Vi-Rey más benemérito que reconocen las Américas.—Havana 19 de Enero de mil setecientos noventa y seis años.—Signado.

acia la hostia y el estilo de pintura, indican haberse hecho verosímilmente en Roma, al renacimiento de las letras y bellas artes en Italia 344 años antes de esta fecha 1823.»

En el lienzo hay una fecha: "1473".

Miguel Mendez, Escrivano Teniente Mayor de Gobierno.—Es conforme á su original á que me remito.—Havana veinte y dos de Febrero de mil setecientos noventa y seis años.—*Miguel Mendez*, Escrivano, Teniente Mayor de Gobierno y Cavildo.—Signado.—Damos fee que D. Miguel Mendez, de quien el testimonio antecedente aparece firmado y signado es Escrivano de S. M., Teniente Mayor de Gobierno y Cavildo de esta Ciudad, como se titula, y á sus semejantes siempre se les ha dado y da entera fee y crédito en ambos juicios.—Havana, fecha ut supra.—Signado.—*Lorenzo de Cabrera*.—Signado.—*Manuel Reynoso*.—Signado.—*Rafael Perdomo*.—Es conforme á sus originales que quedan en la Escrivanía de mi cargo, á que me remito y en virtud de orden del Exmo. Señor Comandante General de Marina saqué el presente en la Havana en siete de Abril de mil setecientos noventa y seis.—Signado.—*José Miguel Izquierdo*.—Escrivano de Guerra de Marina.

Cuando el P. Caballero pronunció su célebre sermón en elogio del Descubridor de América, le fue pedido por el Ayuntamiento para imprimirlo por su cuenta, a cuya solicitud accedió el orador, cabiéndole la gloria, como él mismo manifiesta al comunicarlo a la Corporación, de ser una obra suya la primera que a sus expensas costeara el Ayuntamiento.

Véase el escrito del Pbro. Caballero dirigido a aquel Centro:

“AL M. I. AYUNTAMIENTO DE ESTA CIUDAD
DE LA HABANA.

Muy Ilustre Señor:

Si yo hice el sacrificio de mi salud y de algunas de mis ocupaciones cuando me encargué de formar el elogio fúnebre del siempre famoso Almirante don Cristóbal Colon, ahora que V. S. M. I. se ha servido pedirme el cuaderno para darlo á la pública luz, sacrifico toda la fuerza de mi genio y quizá la tranquilidad de mi espíritu. Aquel primer sacrificio fué un homenaje que rendí gustosa y justamente a mi amigo el Sr. Dr. D. Diego José Perez Rodríguez, ca-

nónigo de Merced de ésta Catedral, este segundo es una política de defencia á los deseos é insinuaciones de V. S. M. I. para mi muy respetables. De uno y otro podría yo deducir derechos incontestables á reclamar un doble patrocinio. Pero ya que V. S. M. I. añade á las finezas con que me honra en su oficio de 29 de enero próximo, la he de querer se imprima mi sermon, sin duda para que no ignore el mundo ni la menor de las demostraciones que ha hecho la Habana en honor y obsequio del descubridor de las Américas, V. S. M. I. debe quedar constituída a franquearme su protección, condescendencia que siendo en V. S. M. I. una mera franquicia de su generosidad, será en mí una honra y un provecho. Una honra: ¿Quién no se reolzará con la stampa del esclarecido nombre de V. S. M. I? ¿Un provecho: yo espero confiadamente que los aristarcos que mordieron mi sermon al oírle, embotarán sus dientes al igual que los zoilos que lastimaron entonces y después mi reputacion, á vista del digno Mecenaz que abriga mi producción.

Tenga yo la gloria de ser el autor de la prime-

ra obra que sale impresa bajo los poderosos auspicios de V. S. M. I. y tenga V. S. M. I. la bondad de aceptarla y protegerla también, si alguna ley maligna la ofendiese de nuevo. V. S. M. I. sabrá sincerarme y excusar mis yerros, mientras que yo no sé más que complacer a V. S. M. I. entregándole el cuaderno que me pide, mas trémula mi mano en este acto que la de Teófilo cuando puso sobre las aras del Capitolio las obras de Marco Tulio.

M. I. S.—Queda de V. S. M. I. su más atento servidor y capellan.—*Dr. José Agustín Caballero*''.

De este escrito hay una copia manuscrita en la Biblioteca Nacional, que se dice fue sacada por don José Antonio Saco, mas está anónima, siendo difícil comprobarlo, pues carece también de fecha.

Sermón fúnebre

en elogio del Exmo. Sr. Dn. Cristóbal Colón, primer Almirante Virrey y Gobernador general de las Indias Occidentales, su descubridor y conquistador, pronunciado con motivo de haberse trasladado sus cenizas de la Iglesia Metropolitana de Santo Domingo, a esta Catedral de Ntra. Sra. de la Concepcion de la Habana, por el doctor don José Agustín Caballero, maestro de filosofía de este Real y Conciliar Colegio Seminario de S. Carlos y San Ambrosio, en la mañana del 19 de enero del año 1796.

Putasme vivent ossa ita?—EZEQ. CAP. 37 v. 3.

¿Qué os parece, vivirán ó no, estos huesos.

!Qué diversa es, esclarecido Cristóbal Colon, grande Almirante de las Indias, qué diversa es la entrada que acabas de hacer esta mañana por las calles y plazas de la Habana, de la que hicis-

te en la isla deliciosa de Guanahauí por los años de 1492! ¡Qué distintos los motivos de la una y de la otra! ¡Qué desemejantes son sus objetos! Allá entonando festivo nacimiento de gracias, rodeado de un aparato de triunfo, música militar y banderas desplegadas, fuistes el primero en pisar las márgenes incultas de aquel nuevo territorio: acá en medio de una pompa fúnebre enrollados los pabellones nacionales, sorda la música, destempladas las cajas, y apagado el resplandor de su alta dignidad, eres conducido en agenos brazos hasta el interior del Santuario. Allá se incitó el deseo de ver realizadas tus conjeturas y comprobadas tus profundas meditaciones sobre la existencia de un nuevo mundo: acá te trae el derecho que exclusivamente cabe a los americanos de conservar tus cenizas y escaparlas del insulto que podría inferirlas alguna nación envidiosa: allá en fin, fuistes á engrandecer los timbres del Evangelio, y dilatar el imperio de los Reyes Católicos: acá vienes a recibir decorosamente los sufragios que merece tu digna alma ¡Santo Dios!, ¡Dios inmortal! Bendito seas, porque mediante una cadena de sucesos inesperados,

te vales hoy de los huesos del célebre Colon, para presentarnos un contraste asombroso de gloria y humillacion de flaqueza y de poder! ¿Pero qué? ¿no es verdad, Sres., que el hombre, aun el más noble y distinguido, puede reducirse a polvo? ¿No es verdad que este mismo polvo, puede elevarse a la cumbre excelsa de los honores? Subamos si queremos desengañarnos, al origen de la verdadera grandeza, veremos conciliadas estas aparentes contradicciones, y justificada la ceremonia que estamos practicando sobre los huesos de Colon.

El cuerpo humano, esta obra admirable del Omnipotente, ni es tan precioso como se lo figura el sectario de Epicuro que lo idolatra, ni tan despreciable como se lo cree el impío que lo desatiende; ni merece el aroma que se le quema á su hermosura, ni los ultrages de que suelen cubrirse sus reliquias: él es un objeto útil, o funesto, odioso ó respetable, según el uso a que se aplica: la virtud le atrae honores; el pecado lo llena de horror; el cumpliendo de las obligaciones, escribía S. Gregorio Nazianzeno, lo exalta y ennoblece; el vicio lo demigra y lo difama

Paraíso, infierno, las almas solas no son las que gustan vuestras delicias o vuestros tormentos: bien podría suceder que os habitasen los espíritus, como acaeció cuando la obediencia y desobediencia separó los Angeles malos de los buenos: mas Dios ha querido que los cuerpos, á quienes se unen las almas, aumenten nuestra luz, ó nuestra tiniebla. Cuando el venga sobre las nubes a pesar de su fiel balanza las operaciones de los vivos y de los muertos, su trompeta reanimará las yertas cenizas de los sepulcros, para que las criaturas congregadas al pié de su tribunal, oigan y vean ejecutar sobre sus propios cuerpos la sentencia que pronunciara.

Léjos, léjos de aquí el que sospechase que yo trato de prevenir el juicio que formará Dios, y el destino que dará el cuerpo de Colon el día de la retribucion general. Mil anatemas estampados en el nuevo y viejo testamento, caerían sobre mí, si yo distinguiese en este punto. Mi ánimo ha sido justificar según las doctrinas de la religion que profesamos, los honores que rendimos a los huesos de Colon, omitiendo, como superfluos, muchos ejemplos que nos suministran los

egipcios en el vestíbulo de sus sepulcros, los atenienses en el cadáver del vencedor de Samos, Pericles, y los mismos hebreos en el funeral de Josaphat, Osias y el general Abner. Y si ésta justificación se deriva de la dignidad de los objetos, á que se aplicaron los difuntos, cuando vivos, ningunos honores, ni mas justos ni mas merecidos que los que estamos haciendo a las cenizas del descubridor de la América, Vosotros me preguntaréis, ¿y cuáles fueron esos objetos y esas ocupaciones? Yo os respondo: Dios y el estado: una multitud de virtudes morales y cristianas. Ved aquí el plan del elogio, que se me ha encargado forme á la memoria de Colon.

Si mi fantasía y mi pobre elocuencia igualasen al estupor que me causan las acciones de este héroe tan singular, mi discurso correspondería á vuestra espectacion, a mis deseos y a su glorias. Sin embargo, por grande que el haya sido en la opinion de los hombres, no recibirá de mí el homenaje servil de una adulacion engañosa. La verdad simple, pura, ingénua, es el lenguaje que debe escucharse en la cátedra del Espíritu Santo. Así pues, con todo el respeto debido a este

lugar, y con arreglo á los mandatos de la silla apostólica, en especial al de Urbano VIII, (6) comenzaré diciendo, que más de cuatro ciudades (7) se disputan todavía la cuna de Colon, como disputaron la de Homero los Colofonios y Chios, los Salaminos y Esmirnos; prueba incontestable del aprecio con que todos miran el verdadero mérito. Desde muy temprano le encierran sus padres en la Universidad de Pavía, mientras logra poseer completamente la lengua latina, la cosmografía, la astronomía y el diseño. Su genio le inclina despues a la navegacion, hasta el extremo del Mediterráneo todo; el quiere visitar los mares del Norte y las orillas de Islandia. Su curiosidad lo arroja allá al círculo polar, y se asocia a un perito capitán que hacía entonces el corso a los venecianos y turcos, rivales de los genoveses; si le vierais con que presencia de espíritu se sostiene entre las llamas que incendian su buque: con que intrepidez salta al agua y nada dos leguas, diriais que el Altísimo

(6) Decreto de 5 de junio de 1631.

(7) Génova, Plasencia, Sabona, Nervi, Cugures.

lo protegía y reservaba para algunas grandes proezas así como preservó en otro tiempo de las corrientes del impetuoso Nilo, al que destinaba para jefe de su pueblo. El ansia por descubrir nuevos países, lo ascribe al servicio de Portugal: fija su residencia en Lisboa, y allí contrae matrimonio con Felipa Muñiz Perestrello.

Las delicias del nuevo estado, ni rebajan la integridad de sus costumbres, ni enervan la actividad de su espíritu. Dijo muy bien S. Juan Crisóstomo, el matrimonio no se opone a las costumbres; y para Colon fué un motivo de nuevas ocupaciones. Su suegro gozaba entonces la reputacion del mayor náutico entre los portugueses. Los diarios y observaciones de este capitán, inflaman y lisonjean su pasion y lo llevan a la Madera, donde establece comercio por mucho tiempo con las Canarias, las Azores y las posesiones portuguesas en Guinea y en el Continente de Africa.

Insensiblemente hemos arribado ya a la famosísima época de la vida de Colon; aquella, digo, en que los mas espertos náuticos atormentaban sus ingenios, por descubrir un tránsito a las In-

dias (orientales); este fué el importante asunto que ocupó entonces los entendimientos humanos; pareció sería forzoso costear toda la punta del Africa, derrotero desconocido, muy dilatado, dificultoso é incierto. El sabio Colon, tentó si era posible hallar otro más corto y más derecho. Reflexionando profundamente sobre la materia... no me atrevo a proseguir este paso de mi discurso, exige una lengua menos balbuciente que la mía y unos retorisismos más hermosos y una energía de que carecen mis tibios labios. ¡Cómo podré yo pintar la situación del cerebro de Colon en este momento, disipando preocupaciones, resolviendo unas ideas y creando otras más útiles que ha formado la mente del hombre! ¡Cómo podré representar vivamente á un sabio que barrunta y congetura, a un cosmógrafo que mide, a un astrónomo que calcula, á Colon, en fin, que navega idealmente hácia el mar Atlántico!

Sumergido en la más alta meditacion, trae a riguroso exámen los principios de la física reinante y las doctrinas de la teología, ¡cómo podrán caminar con las cabezas abajo los hombres colocados en un hemisferio opuesto al nuestro!

¡Cómo es posible que unos hombres separados de nosotros por los abismos del Océano, tengan nuestro mismo origen descendan de Adán y participen del beneficio de la Redención! ¿Podrá habitar la especie humana bajo la zona Tórrida, donde es tan violenta la acción directa de los rayos solares? Por otra parte la figura de la tierra esférica me hace concluir que los continentes de Europa, Asia y Africa, solo componen una pequeñísima porción del globo terrestre. La sabiduría y beneficencia del Autor de la Naturaleza, me prohíben pensar que el vasto espacio no conocido sea cubierto enteramente de un estéril Océano: no hay dificultad en inferir que el continente del mundo conocido, puesto sobre las costas del globo, es contrapesado por una cantidad, igual casi de tierra en el hemisferio opuesto. ¡Qué otra cosa comprueban esos fragmentos de madera labrada procedente del Oeste, que se han visto flotar sobre las aguas! ¿Qué otra cosa denotan esos árboles desarraigados, esos hombres de extraña fisonomía vomitados por el mar sobre las costas de las Azores? Así filosofaba Sres., nuestro profundo náutico, á veces conven-

cido, á veces indeciso, cuando se acuerda de los consejos del libro de los Proverbios no fies de tu prudencia: no seas sabio en tu estimacion; pregunta, busca la consulta de otro. Rendido a estos exámenes, ocurre a su cuñado Pedro Correas testigo ocular de los hechos referidos en los papeles públicos y a Pablo Toscanelly, médico florentino muy célebre por sus conocimientos en la Cosmografía. Si el tiempo me lo permitiera me detendría de buen grado en recomendar las excelentes virtudes escondidas en este pasage de la vida de Colon, su modestia, su humildad, la desconfianza de si propio la confianza en Dios, la deferencia a sus semejantes: nos haría ver que estas virtudes sólo nacen y florecen en los terrenos bañados y fertilizados con el rocío del Evangelio; y que cuando la ciencia no se apoya en el temor santo de Dios, lucha el corazón, no ilustra al alma, antes bién la oscurece y ridiculiza al hombre, como le sucedió a cierto presumido filósofo, que desnudas sus carnes se jactaba de un descubrimiento gritando por las calles públicas, inveni, inveni: pero mas adelante no fal-

tará coyuntura oportuna para exagerar la religiosidad de Colon.

Correa y Toscanelly el novísimo proyecto, y el autor resuelve pasar de la teoría á la práctica. Concibe que esta ha de ser muy costosa, conoce la escasez de sus facultades; y que es indispensable la proteccion de algún potentado de la Europa. Por una especie de patriotismo se dirige á Génova: la república le trata de visionario. Convierte despues sus recursos á los tronos de Juan II de Portugal, Enrique VII de Inglaterra y Luis XI de Francia: todos califican sus propuestas por sueños de una imaginacion enferma y acalorada. No obstante, inflamado siempre de aquel marcial entusiasmo que sugiere grandes empresas, y sostenido siempre de su cristiana sabiduría, devora interiormente los insultos y los apodos y comienza á negociar con España. La dura guerra que mantenía entonces nuestra nación contra el reino de Granada, el carácter de Fernando el Católico, que no entraba ligeramente en negocios graves, sino con mucha meditacion y los gritos que dieron algunos presuntuosos y pusilánimes, le ahuyentaron del terri-

torio de España. Ya había entrado en la puente de Pinos, cuando los Reyes católicos, mejor informados por los buenos oficios que practicaron cuatro españoles de no vulgar instruccion (8) hacer que Colon retroceda á la corte. Es imponderable, señores, la rapidez con que Isabela arregla y formaliza el plan del viaje. Sus arbitrios y el subsidio de siete mil florines que presta el escribano S. Angel, afrontan tres carabelas en el puerto de Palos y Colon queda despachado para partir. Mas el no quiere todavía hacerse á la vela: en su juicio carece de los primeros preparativos. El sabe muy bién, que si Dios no edifica, trabajan en vano los arquitectos y que el hombre que nada puede sin el auxilio divino, lo puede todo confortado de la gracia, poder, proteccion, riquezas, armas, ¿que sois todos vosotros en la presencia del Señor del universo? Su vista es capaz de estremecer el globo; el contacto de su dedo hace humear los montes mas

(8) Luis S. Angel, Alonso de Quintanilla, D. Pedro González de Mendoza y Fr. Juan Pérez, confesor de la Reina.

sólidos y entonces vosotros desaparecéis como sutiles pajas atropelladas por el viento. Lleno el pecho de Colon de estos religiosos sentimientos, invoca por un acto público de devocion el patrocinio del cielo. En consorcio de los otros viajeros entra procesionalmente en el monasterio de la Rábida: todos confesados y absueltos reciben del prior Pérez aquel pan sagrado con que se alientan los héroes cristianos. Colon, señores ha venido aquí á solicitar la fortaleza y el acierto, no como los héroes del paganismo, despedazando el vientre de los animales para registrarle las entrañas y leer en ella la suerte que les esperaba si recibiendo el cuerpo de Jesucristo como lo usaron Sático, Alfonso VIII y Graciano.

Cuando yo me figuro la escuadra de Colon singlando el mar hácia el Oeste en pos del nuevo mundo, me parece veo salir de los acampamentos de Israel, aquella porcion de varones escogidos de cada una de las tribus, para descubrir y explorar la nueva comarca de Canaan. Es muy parecido el viaje de los unos y de los otros: aquellos murmurando toda la jornada contra Moisés y Aaraon y deseando mas bien haber

permanecido en el Egipto: estos revelados contra Colon, casi decididos por el regreso á Europa los primeros intimados de los rumores que corrían sobre el carácter y corpulencia de los habitantes de la tierra que iban á descubrir los segundos enfriados de haber emprendido el descubrimiento de unos países ignorados de los mismos náuticos. En un solo particular difieren estas dos expediciones, á saber, en que Dios castigó á los detractores de Moises, y ahora no quiere escarmentar á los que vejan, amenazan de muerte á Colon, y le juran abandonarlo si al tercer dia no avistan tierra. ¡Qué estrecho! ¡qué terrible estrecho para Colon! él apura cuantos medios le apura la humanidad y alega cuantas razones le dicta su pericia naval: ya les pone delante las glorias del Todopoderoso, ya el suelo que iba á tomar el nombre español sobre todas las naciones del orbe; nada logra. Ciertamente que hasta entonces ningun hombre se había visto en empeño tan apretado, tan sin recursos. Bién sé el estrecho en que se vió Julio César con todas sus huestes á las orillas del Rubicon; pero tambien se halló el feliz recurso

de vadear á nado las aguas. Tampoco ignoro el conflicto de Atenas cuando Darío acampó repentinamente doscientos mil infantes, y diez mil¹ caballos a mil pasos de los muros poco mas; pero se sabe que la intrepidez del joven Milciades, eludió un lance que parecía inevitablemente funesto. La Historia Sagrada nos refiere la triste situacion en que puso Licias á Judas Macabeo, hasta hacerlo llorar delante del Señor, pero seguidamente nos dice, que apareciéndose un ángel de improviso arrojó al ejército y los elefantes de Licias. Más el estado actual de las cosas, y las anteriores ocurrencias no permiten a Colon tomar algun partido. ¿Se arrojaría al agua como César? eso sería un suicidio prohibido por las leyes todas. ¿Acamparía de repente como Milciades? no había tropas. ¿Invocaría algun ángel como el Macabeo? esos espíritus aguardan la voz del Altísimo. No le resta otro arbitrio que silenciar, sufrir con paciencia y exclamar al cielo como el profeta David: mi suerte Señor, sea lo que fuere está en tus manos. En efecto, Dios que jamás abandona las rectas intenciones, les presenta á los treinta y tres días de navega-

ción la isla de Guanahaní; al punto Colon, siguiendo el ejemplo de Judas bendice las misericordias del Señor: los ecos agradables del himno Te-Deum, resuenan por la carabela Santa María y en este venturoso momento se acallan las hablillas de la tripulacion, se serenán los ánimos, queda confundida la errada física de los antiguos, superados los deseos de Alejandro y premiada la virtud ¡Ah! ¡ah! yo no sé hablar Dios mío; yo soy muchacho; es menester que tú me enseñes á la manera que enseñastes en la antigua ley al tartamudo Moisés; como me cabe á mi expresion el origen que necesita para que este rasgo que voy á producir de los merecimientos de Colon, no pierda de su valor al salir por mi boca: ¡Qué gustoso espectáculo para Colon, estar pisando unas arenas hasta entonces desconocidas! Verse en la playa de la nueva isla, y que uno vierte un torrente de lágrimas sobre su cuello de regocijo, otro le estrecha afectuosamente entre sus brazos, aquel le imprime en los piés un ósculo de reconocimiento, éste le besa las manos, y todos de rodilla le piden perdon de su incredulidad, de su ignorancia y de su in-

solencia: Colon mira estas honrás como dones gratuitos de Dios; su corazon no se engríe en las prosperidades, y muy distante de aquella feroz arrogancia que inspira en las almas bajas el feliz suceso, congrega á su gente, y delante de un crucifijo, rinde la mas religiosa accion de gracias é invoca nuevos auxilios para las empresas futuras. Al otro día bojea toda la isla: descubre a Santa María de la Concepcion, á la Fernandina, á la Isabela y á Juana, que es en esta en que nos hallamos al presente conocida con el nombre de Cuba. En la primera singladura que hace de aquí hácia el Leste, avista la Tortuga, y no pudiendo acercarse por los vientos contrarios se mantiene dando vueltas á la Isabela. Después de corridas ciento siete leguas al Levante por la costa de Cuba, dirige el rumbo á la punta oriental de ella; fondea en el puerto S. Nicolas, pasa adelante vuelta al Norte y entra en la Concepción y en la Española antes Tortuga.

Yo querría viviesen hoy los naturales de Haity para que ellos fuesen los pregoneros de la humanidad y amor con que les trataba Colon. También querría viviese el cacique Guacanaharí

para que el recomendase las virtudes que admiró en Colon, cuando desde la isla de Santo Tomás, le hizo venir al cabo Francés por medio de políticos cumplimientos. Sí señores, Guacaraharí no podría callar la prudencia con que el almirante manejó las estipulaciones que celebraron entre sí; la diligencia con que levantó el fuerte Navidad; y el acierto en nombrar á Diego de Arana por su comandante, con treinta y ocho hombres de guarnicion. El cacique lo llora cuando se despide: pero a Colon le precisa retirarse: sus miras son otras, las comarcas que va descubriendo son para sus reyes: es menester les dé cuenta como buen vasallo; y tomando el rumbo del Este descubre todos esos puertos del Septentrion.

Ya están de vuelta en el desierto de Faran los exploradores de Egipto: traen consigo higos hermosos, gruesos racimos de uvas y granadas; aseguran que el país descubierto es amenísimo, y que por su pavimento fluyan raudales de leche y de miel. He aquí un retrato del descubridor Colon, que presenta a los Reyes Católicos, y les habla sobre las maravillosas producciones de la América; hombres de extraordinaria corpulen-

cia, metales exquisitos, piedras preciosas, frutos nunca vistos, ríos de plata, costas de oro. Fernando é Isabel, aun no satisfechos con el magnífico aparato que dispusieron para su entrada, agregan nuevas marcas de distincion y le confirman los privilegios estipulados en el tratado de Santa Fé. (9) Estas muestras de ciensuceso del

(9) Fernando é Isabel como soberanos del Océano hacían a Colon gran Almirante de todos los mares islas y continentes que descubriere, dignidad que pasaría a sus herederos con las mismas prerrogativa que el gran almirante de Castilla: 2. Colon quedaba nombrado virrey de todas las islas y continentes que descubriese; y si para el despacho de los negocios fuera necesario establecer algunos otros gobernadores; Colon quedaba autorizado á nombrar tres sujetos el uno escojido por Fernando é Isabela: 3. Este oficio de virrey sería hereditario en la familia de Colon. Fernando é Isabela concedían á Colón para siempre el diezmo de las utilidades del comercio y demás producciones de los países que descubriese: 4. En caso de querellas, ó pleitos suscitados sobre materias mercantiles en el territorio recientemente descubierto Colon las terminaría por sí ó por jueces nombrados á su arbitrio: 5. Se le permitía á Colon adelantar algo para gastos de la expedición y fondos del comercio, que iba á establecerse por lo que tiraría una octava parte de todos los emolumentos.

viaje de Colon despiertan á los españoles: la curiosidad los avisa, y el 25 de septiembre vuelve á salir Colon con una escolta mas numerosa que la primera. Ahora sigue una multitud increíble de descubrimientos y para no cansar vuestra atencion, imitaré á los cosmógrafos que en sus mapas representan una gran ciudad en un pequeño puerto, así lo hizo un obispo príncipe de Ginebra, elogiando las proezas del gran Felipe Manuel de Lorena (10) Quiero decir Sres. no haré más que nombraros la isla deseada, la Dominica, Marigalante, la de Guadalupe, la Antigua, S. Juan de Puerto Rico y qué se yo que otras muchas hácia el Norte, Colon visita á Diego de Arana y halla atrasada la poblacion, por desavenencias entre indios y españoles; trabaja de nuevo en pacificarlos. Su prudencia resiste las malignas persuaciones de los que quieren se apoderen de la persona del cacique; traslada la colonia á Santa Isabel, y consume el tiempo restante en precaver con ciertos reglamentos nuevos disturbios. Los seis meses siguientes fueron una

(10) San Francisco de Sales.

serie de peligros y naufragios sin adelantar otro hallazgo que la isla de Jamaica y los Jardines de la Reina. Castigado así de la fortuna, se vuelve á la Isabela. El encuentro inesperado con su hermano Bartolomé, alivia sus pesares, y las adoraciones que recibe de todos los colonos le llenan de gloria y satisfacion, se le mira como un númen bajado de los cielos: ¿Pero que es lo que escucho? ¿Si me engañara mi imaginación? Rato oh me parece estoy escuchando los susurros de la envidia. Así será por que no puede hablarse de los héroes sin oir pronunciar este nombre. ¡Qué enfermedad tan vil y cruel desgraciadamente conocida en todos tiempos en todos lugares! Los siglos escribía el mejor orador de Francia las artes, las leyes, los usos, todo, se muda menos la envidia; enemiga eterna é irreconciliable de todo lo que es grande, combate el talento, ó la virtud apenas se presenta. Ella fué la que mató á Albiciades desterró á Temistocles tiznó á la reputacion de Dátames y viene ahora á oscurecer los méritos de Colon, Aguado, es el fatal instrumento de que se vale: mas el almirante siguiendo consejo del Evangelio, si

os persiguieron en una ciudad, pasaos á otra, remite la administracion en las manos de su hermano y se restituye á Europa.

La tranquila y modesta confianza con que aparece, proviene en favor de su virtud y de su inocencia: y hace ver que segun enseña el libro de la sabiduría, Dios proporciona en los justos estos recios combates para que se conozca es mas fuerte la virtud. Basta decir que Colon se presenta otra vez en la Isabela, triunfante de la envidia, más grande á mi ver, más aspectable que lo que parecio despues con los laureles ganados en el descubrimiento de la isla de Trinidad, de Cubagua y de la Margarita. Sin embargo, aquella fiera venenosa como la llamo el Crisóstomo, vuelve á vomitar su veneno: un nuevo torbellino se forma otra vez sobre la cabeza de Colon. Algunos portugueses y españoles que se han aparecido en América, á idea de descubrir también nuevos paises, espesan el nublado: tales fueron Gama, Ojeda y Américo Vespucio.

Suspendamos por un rato el elogio de Colon, empleemos alguna parte del tiempo en lamentar la injusticia más atroz que han cometido los

hombres con otro hombre. Levántate tú grande almirante, levántate de ese sueño augusto de la muerte: sal de esa noche eterna y ven á reclamar tus derechos violados, tus méritos desatendidos y tus trabajos premiados en agena cabeza: sal de ese magestuoso Panteon y reclama la injusticia con que estos continentes descubiertos a fuer de tus meditaciones, de tus desvelos y de tus afanes, llevan hoy el nombre de un viajero intruso y envidioso, que los visitó siete años después que tú: ¡Injusta desagradecida antigüedad! ¿Por que no llamastes á estas islas Colombinas si Colon fué quien las descubrió? ¿Por qué con una sola palabra has ajado el primer laurel de su corona, le has usurpado toda su gloria? ¿Me permites decir lo que quiero? Quisiera que las naciones todas congregadas en pleno consejo tratasen de restituir a Colon este derecho imprescriptible á la verdad, por mas que los hombres, pronuncien siempre América: yo quisiera que reproduciendo la sentencia definitiva pronunciada por el supremo consejo de Indias el año 1508... Pero a qué me detengo en inútiles exclamaciones y vanos esfuerzos, si, el mismo

nombre de América recordará siempre la injusticia de su aplicacion y los merecimientos del Almirante, como los ha recordado mi memoria solo el haber proferido Américo Vespucio.

Iba diciendo que un nuevo torbellino se había levantado sobre la cabeza de Colon. Bobadilla es ahora el pesquisidor, el encargado del proceso; y desempeña su comision, con tal abuso, que lo declara reo, y lo manda cargar de cadenas para enviarlo á España ¿Lo creeriais señores: nadie, nadie, de los que están en derredor del Almirante, se atreve a ponerle los grillos todos según la frase de Crisóstomo, hasta los enemigos admitran la virtud: la ejecucion de la sentencia se dilata porque no hay uno que no compadezca que no respete á Colon; por último, es menester que venga un monstruo de la especie humana (no querráis conocerlo) á cumplimiento al bárbaro decreto fallado por Bobadilla. Colon encadenado entra en el buque: su capitán Alonso Vallejo apenas pierde de vista la tierra de Santo Domingo, le ofrece quitar los grillos si se lo permite; no bien había acabado de hablar cuando le contesta Colon: no, mi amigo; yo los cargo

por orden de mis Reyes; debo obedecer este mandato como he obedecido los otros "Ellos han querido despojarme de mi libertad, ellos mismos me la restableceran".

Virtudes sagradas, virtudes evangélicas hijas de la religion de Jesucristo, vosotros solos comunicais al corazon de las criaturas unas afectos como los que resplandecen en las palabras que ha eructado el virtuoso Almirante.

Si en nuestros tiempos, señores, hubiera habido muchos hombres maestros y profesores de la moral de Colon, no hubiéramos tenido que lamentar todos esos desastres, esas estravagancias que han asombrado la faz del globo, y deslucido para siempre el siglo en que vivimos. Confesemos hay mucho de excelente y cristiano en la repuesta del Almirante; y que este es uno de aquellos rasgos, que partiendo del corazon, caracterizan á un hombre al natural: no merece se le sepulte en el silencio y en el olvido; yo lo estimo digno de grabarse con letras de oro, y más digno de la inmortalidad que todas las otras hazañas de que abunda su vida. Vosotros sabéis muy bién las sentencias de ámbos testa

mentos, que recomiendan la sumision á los Reyes, la obediencia á sus soberanos decretos las necesidades de someterse á un hombre que sea el más sublime de todos y otras doctrinas contenidas en el libro del Eclesiastes, en los salmos de David y en las cartas de San Pablo á los romanos y á Tito. Muy pronto premió el cielo la generosa resistencia del prisionero. Apenas arriba a España, cuando los Reyes rompen sus cadenas, le surten de mil ducados y vuelven á enviarle á la América para satisfacerle y desaguiararle. Oportunamente me ocurre lo que escribió el Crisóstomo exponiendo la conducta de Nabuconodosor con Daniel y los tres niños, á saber, que la virtud es tan respetable que el mismo Rey no se avergonzó de adorar á los cautivos.

Un año hace que Colón ancló en la Española. Su gobernador Ovando, le niega la hospitalidad. No importa: el tiene bastante con aquel Dios de quién cantó David jamás habia desamparado al justo. Inmediatamente se hace á la vela descubre el Guayana, el Dariem, toda la costa del Continente, desde el cabo de Gracia hasta Puer-

to Belo y funda una pequeña colonia en la provincia de Veraguas, á las ordenes de su hermano. El mas furioso temporal descalabra su escuadra, lo arroja á Jamaica y le pone en la triste necesidad de encallar á propósito por no verse náufrago. Podría decirse que aquí se agravó la mano del Todopoderoso, y como que se agotaron sobre Colon aquellas que llamó el Real Profeta, inmisiones de los Angeles malos. Distante de la Española; sin buques en que salir á procurar el socorro; escasos los víveres; si por fortuna los naturales le franquean sus pequeñas canoas y Menés y Fieschi salen en pos del remedio; el corazon de Ovando está cerrado á los sentimientos de la humanidad; ocho meses detiene á los emisarios sin despacharlos. Entre tanto Colon, el anciano, el virtuoso Colon, abandonado de algunos de los suyos, insultado como autor de aquellos trabajos, y hecho ya huésped pesado para los indios, mendiga el sustento intimidandolos artificiosamente con el pronóstico de un eclipse. Un bajel aparece en esta coyuntura; es un espía del gobernador Ovando: lo monta Escobar, enemigo inveterado de Colon. Después

de fingidos cumplimientos epistolares, se retira á sangre fría sin remediar la extrema necesidad.

Para apurar mas, mejor dicho, para probar Dios más y más la constancia del Almirante, esa virtud, que, como habéis visto ha sido la arquitectónica de todas sus operaciones, le aflige con la gota, al extremo de no poder ir á sofocar una sedicion entre indios y españoles.

Al cabo se ablandaron los cielos, llovió la misericordia sobre el inocente apareciendose el socorro de la Española. Allá se transporta Colon luego, á ejercitar su paciencia con la hipócrita política de Ovando y allá creo yo, que al llegar le jura Dios la misma verdad que juró en otro tiempo David, prometiéndole que iría ya a descansar de sus enemigos; porque el no trata de otra cosa que de regresar a España de una vez.

Cuando arribó acababa de fallecer Da Isabela sintió su muerte, más no extrañó su protección.

Fernando le ofrece dar no solo los privilegios que le pertenecían, sino otras muchas mercedes de la Real Hacienda: le insinúa sin embargo que no quiere resolver sin el conocimiento de su hija Juana á quien esperaba con Felipe II. Mientras

Fernando espera en Laredo, Colon reside en Valladolid. ¡Que breve, que corta fué su residencia! ¡Ah! ya me acerco Sres. al momento fatal que va á suspender para siempre el curso de los años de Colon: terrible prueba para todos los hombres y principalmente para aquellos á quienes ciertos lazos honrosos y brillantes como que los mantienen más atados á la tierra, buen testigo de lo que habló fué el temblor y consternacion, conque un Rey de Amalec exclamaba al morir: ¡conque la muerte me arranca así del mundo por una cruel separacion!

Cansado ya el cuerpo del Almirante de haber corrido y recorrido los dos mundos; no pudiendo ya su cabeza sostener más tiempo el peso de los laureles arrebatados ora de las sienes de Minerva, ora de las de Marte; entorpecidas con la gota aquellas manos que con tanto acierto manejaron la brújula por el espacio continuo de diez años, y aquellos piés que habían estampado sus huellas en el suelo americano con preferencia á todos los europeos, manda buscar los ministros del Dios vivo y los profetas, no para imitar á Ochosias en manifestarle flaqueza y pesadumbre,

sí para pedirles el pan de la vida eterna, como gaje sagraço de la futura inmortalidad; lleno en fin según la frase de Paralipómenon hablando de David, lleno de días, de glorias de merecimientos, en buena vejez, y asistido de los sacramentos de la iglesia, expira el día de la Ascensión 20 de Mayo de 1506.

Tal ha sido; Sres. el héroe, cuyas cenizas honramos, tales fueron los objetos de esos áridos huesos cuando los animó el espíritu tales las ocupaciones del almirante Colon, cuyos restos, presentes á nuestros ojos, nos arrancan justas lágrimas, como a Jacob la vista de la túnica ensangrentada de su hijo Joseph: si, bien podéis derramar lágrimas, cierto de que las derramaréis sobre el mismo Colon, lo repito aclarado, sobre el mismo Colon.

La antigüedad, justa alguna vez ha conservado para nosotros las mismas reliquias de ese personaje que la realzó sus glorias.

Está comprobado con testimonios autenticos, que Colon mandó trasladar sus huesos de las Cuevas de Sevilla, en donde se sepultaron, á la ciudad de Santo Domingo; que esta los encerró

en el presbiterio de su catedral, junto al ambon del evangelio. Asi lo escribió el Historiógrafo Antonio de Herrera, Diego Ortiz de Zúñiga, autor de los anales eclesiásticos y seculares de Sevilla: así aparece en el padron general de noticias y documentos existentes en los archivos de ambos cabildos de Santo Domingo; así en fin, lo leemos en el título quinto del sinodo de aquella metrópoli, así en fin, lo ha escrito fuera del Reino el Baron Samuel de Puffendorf en su introducción á la historia general de viajes.

Enhorabuena sean estos los mismos huesos de Colon; está bién todo cuanto hemos hablado acerca de los objetos y ocupaciones á que se destinaron en los días de la vida; es verdad que fueron muchas y nuevas; pero el elogio queda trunco y preferido el tema, si se cierra aquí el discurso. Justifíquese pues, la dignidad de esos objetos y de esas ocupaciones.

¡Ah! ¿puede haber mayor dignidad en los objetos que la de producír tantas glorias al cielo y a la tierra: á Dios y al Rey; á la Religión y al Estado? Ninguna sin duda mas excelente y ninguna otra fué la de las ocupaciones de Colon!

¡Cuántos nuevos alumnos del catolicismo!
 ¡Cuántas almas salvadas, que hubieran siempre
 yacido en la ignorancia del verdadero Dios.
 ¡Cuántos mártires del Evangelio! ¡que multitud
 de nuevas áras, de nuevas oblaciones! ¡cuán-
 tos nuevos testimonios de la Divina Omnipoten-
 cia! ¡que reforma en las ciencias y en las artes,
 hasta entonces no habian comenzado á acercar-
 se á su verdadera constitución, ! Desde el inmor-
 tal Colon (estoy hablando con las mismas expre-
 siones de un historiador español) (11) hasta el in-
 comparable Cook, la Geografía, la Historia Na-
 tural y todas las ciencias experimentales han lo-
 grado aumentos superiores á los que habían teni-
 do desde su origen en la más remota antigüedad.
 La inmensa copia de metales, los nuevos ramos
 de comercio, y las nuevas osadas navegaciones
 varían hasta el sistema moral del mundo: los
 mares antes desiertos, se pueblan de innumera-
 bles flotas, descubrir, conquistar y comerciar,
 vienen á ser los caminos del honor y de la gloria;
 y toda esta revolucion, Sres., comenzada por un

(11) Don Juan Bautista Muñoz.

hombre solo, por la sabiduría, desinterés y constancia de Cristóbal Colon.

Ahora si es tiempo oportuno de aplicar á los huesos de Colon el testamento de su elogio. Alguno dirá, que he desordenado el discurso; pero advierta que la muchedumbre de los hechos autoriza á veces el desorden. Responded pues á la pregunta que os hice al principio: ¿estos huesos vivirán? ó ¿es posible mueran estos huesos?. Yo no siento exclamaba, el pontífice de Nazianzo elogiando á Cesario su hermano, no siento que el cuerpo de mi hermano cuando muera se corrompa y se reduzca á polvo; lo que siento es que un cuerpo obra de la mano Divina, un cuerpo adornado de un espíritu racional, sujeto á una ley y alentado de las más lisonjeras esperanzas, perezca como el de los brutos y sea de la misma condicion. Así tambien sentiría yo, Sres., que estos huesos que ejercieron tantas virtudes, que nivelaron sus operaciones por el contexto de la ley, y que obraron tantos prodigios, quedaran ahora confundidos con los de las bestias, o con los de aquellos otros hombres que procedieron á manera de irracionales, que care-

cen de entendimiento. Pregunto por última vez; ¿vivirán o morirán? Vaticinad, vaticinad sobre estos huesos, *vaticinare de ossibus istis*. ¿Que es lo que respondeis? Mas yo entiendo bién vuestro silencio. mucho ha habéis prevenido mi pregunta: mucho ha habéis dado á entender que los huesos de Colon no morirán, que se conservarán siempre vivos en vuestro reconocimiento. Yo he visto y todavía estoy viendo las pomposas demostraciones con que se quiere perpetuar en los fastos de la nación la memoria del célebre descubridor de las Américas. ¿Quién ignorará la magnífica exhumación que hizo la Metrópoli á estos dignos huesos? ¿Quién no sabrá la brillante acogida, el honroso recibimiento que acaba de hacer la Habana á estas esclarecidas reliquias?

Apenas su Exmo. Gobernador informa al muy ilustre Ayuntamiento, se hallan en la bahía, cuando el ilustre cuerpo acalorado de un entusiasmo de gratitud y lealtad característica, é imitando á Joseph que solicitó permiso del soberano de Egipto para enterrar á su padre, *si inveni gratiam in conspectu vestro ascendam sepeliam & patrem meum*, pide costear de sus propios toda

la ceremonia de la sepultura; convoca todas las jerarquías y las clases, providencia, como a porfía con los otros cuerpos, cuando conduzca á la mayor pompa con que deben snpultarse los fragmentos del gran Colon; y echando el resto de su reconocimiento, acuerda suplicar á la piedad del Rey no salga jamás de esa Catedral el estimable depósito que acaba de entrar por sus puertas; y que será desde hoy el timbre mas alto, el primer blasón de la ciudad.

El fuego eléctrico del entusiasmo se comunica de unos a otros, y yo los veo á todos en una santa agitación, exhalando ahora sus alientos sobre Colon; como para sacar cada uno un retrato según se lo asegura su fantasía y mantenerle siempre vivo en sus corazones. Si la mía no me alucina, me parece que así como los huesos que vió Ezequiel en los campos de Sennar, se reanimaron un poco con el impulso del viento que sopló sobre ellos el espíritu del Señor, así, digo me parece estar viendo los de Colon reanimados al calor de nuestras oraciones y sufragios, reanimados al golpe de las vibraciones de ese aire que conmueven hoy estos tumultuosos afectos de que

nos sentimos sobrecogidos reanimados para perdernos en miseria. Plegue al cielo le veamos el día del juicio final no como acaba de representárnoslo la imaginación recibiendo los honores del funeral, ni moviendo nuestros pechos á piedad y compasión; sí como vió en sueños S. Gregorio Nazianzeno á su hermano Cesario, refulgente, gozoso, impasible, lleno de gloria.

Yo se la deseo para que descanse en paz."

EN 1812 SE DISPUSO EL TRASLADO DE LOS RESTOS DE LA HABANA A SANTO DOMINGO

Las constantes revoluciones habidas en la isla de Santo Domingo desde el instante en que los franceses, aunque solo nominalmente, gobernaron en todo el territorio, después de la guerra de éstos con España. terminada por el tratado de Basilea en 1795, así como la política de indecisión de los nuevos dominadores, dieron por resultado un verdadero caos, del que al fin habrían de saberse aprovechar los nativos para declararse primero de derecho y más tarde de hecho, independientes.

La oportunidad no era para menos: Francia y España acababan de firmar la paz, pero Inglaterra y aquélla seguían en hostil actitud; España inmediatamente celebraba alianza (1796) con su enemiga hasta aquel momento, La nación de los Jorge y Eduardo, invade de corsarios los alrededores de las islas antillanas, donde apresan buen número de naves mercantes españolas. Los ingleses que han logrado establecerse (1798) en Santo Domingo, después de vencidos abandonan el país; pero los españoles aprovechándose del mismo caos reinante no han cumplimentado aún el tratado de Basilea en la parte concerniente a la evacuación del territorio y Louverture lo exige entonces a las autoridades españolas, mas los franceses temerosos tal vez de no ser suficientes para aplastar al jefe negro, que intenta la libertad absoluta, hacen que el artículo 4o. del referido tratado de Basilea no se cumpla. El caudillo insurrecto bate entonces a franceses y españoles en Haití y Santo Domingo, manchando tanto aquel como Dessalines su gloria con actos feroces, indignos de hombres que luchan por el

triunfo de ideales tan elevados como son los de la libertad.

Esas luchas hasta entonces (1806) solo tuvieron como consecuencia la dual division de Haití, aunque en risibles monarquías. Y como Francia quedaba siendo dueña de la parte de Santo Domingo y los ejércitos de Napoleón habían invadido a España, al levantarse en aquella península sus hijos para combatir las masas del famoso imperialista (1808), se oyó el grito de ¡viva España! en Santo Domingo, donde, parece, a pesar de lo sucedido, preferían el yugo ibero al yugo de los galos. Vencidos fueron éstos, y nuevamente era española Santo Domingo. Ya, hasta 1821 no habría de independizarse definitivamente aquel país que por su propia voluntad había reclamado la antigua dominación.

Nueve años antes del suceso (la independencia) y en 1812, hubo de solicitar del gobierno de Su Majestad el Duque de Veragua, como descendiente del gran Almirante Cristóbal Colón fuesen trasladados de nuevo a la Catedral de Santo Domingo los restos de éste, toda vez que las causas que habían dado lugar a su depósito *inte-*

rinamente, en la Habana ya no existían.

Y en tal virtud, en 3 de junio aquel año (1812) remitía al Gobernador general de Isla don Ignacio de la Pezuela (12) una real orden fechada en Cádiz (13) en la que transcribía el oficio pasado como contestación a otro del Duque. Se dispuso proceder de acuerdo con lo solicitado, atendiendo a que fue la voluntad expresa de Cristóbal Colón reposar para siempre en la isla Española.

Al expedirse la orden al Gobernador de la isla de Cuba, (14) se le recomienda llevar a efecto el traslado "sin más pompa que el oficio y Misa",

(12) Debió ser ministro. No hemos podido comprobar la cartera que desempeñaba.

(13) La hemos visto en el Archivo Nacional. No fué publicada, al menos, no la hemos podido encontrar en la Gaceta.

(14) Siendo este detalle completamente desconocido imposible de todo punto se hace saber cuáles fueron los motivos de no cumplimentarse la real orden

Aunque suponemos fuera que la dominación en esta época en Santo Domingo no era más que nominal, pues hasta el gobernador era un dominicano, el señor Sanchez Ramírez.

a reserva de rendirse los honores militares correspondiente a la jerarquía del difunto.

Esta noticia, que reviste verdadera importancia así como el examen del documento lo debemos al señor Julio Ponce de León, director del Archivo Nacional, quien no nos permitió copiarlo a pesar de nuestro ruego, "por haber dispuesto su publicación en el *Boletín*" del referido Archivo en número próximo.

LA LÁPIDA PRIMITIVA

José Antonio Valdés uno de los primeros historiadores de Cuba en el orden cronológico, al tratar de la guerra de España y Francia y sus consecuencias, pone como una de ellas, el traslado a la Habana de los restos de Colón, y la darnos a conocer la primitiva lápida que tuvo aquí el sepulcro, presenta la que hemos visto copiada en el acta de recepción y funerales (15) aunque no concuerdan en todas las abreviaturas en forma gráfica dicha acta y la de Valdés; por

(15) Véanse las páginas 94 y 95.

ejemplo en la línea 16 se lee en el último: *Havan civil*, y en el acta: *Hav. civ.*

En el libro aparecen todos los caracteres de mayúsculas y como no se trata de un dibujo, sino de titulares impresos, no es fácil averiguar cuáles fueran los tamaños, rasgos, formas y demás peculiaridades de la inscripción, aunque si es de suponerse que la letra empleada fuese la mayúscula, toda vez que es la utilizada por el historiador; no obstante, como en la tipografía ha de atenderse un tanto a la estética, también nos hace pensar el hecho de la buena distribución de las medidas en las diferentes líneas (16) se vieran precisados los obreros tipógrafos a tomar los cuerpos titulares más apropiados para dejar presentable su trabajo. Así vemos resaltar la combinación llevada a cabo, empleándose ya el tipo negro, ya el blanco y a veces la mayúscula y versalita de diferentes cuerpos corrientes usados en la composición, tales como los de doce y diez u ocho puntos.

En la *Nota A*, que como ampliación a la noti-

(16) Son 22.

cia de la traslación a la Habana de los restos de Colón, se publican unos extractos de Washington Inving, respecto a la muerte, lugar del reposo y observaciones sobre el carácter del personaje estudiado; y como el publicista americano consigna también el envío por el Duque de Veraguas del retrato de su ascendiente para que fuese colocado sobre su tumba, aparece una *nota de la redacción* donde se lee:

“Ciertamente el retrato de Colón remitido de España por el Duque de Veraguas, es el mismo de mármol, en medio relieve, que cubre la urna que hemos examinado en nuestra Catedral, y en cuya base están inscritos estos renglones” (17).

Equivocada completamente la *Nota*, pues no hay tal. Ignoraban también los editores de la Historia de Valdés en 1877, que en 1822 fue colocada esa lápida que decía “¡Oh restos!” etc. y que la mandó hacer y pagó por su propia cuenta el Cabildo Catedral de la Habana abo-

(17). Se copia aquí el terceto que se halla en la nota número 6 y página 13 de la primera parte de esta obra.

nando por ella *mil quinientos pesos*, trato en que intervino el Ilmo. Juan José de Espada, dignísimo obispo diocesano en aquella época. El retrato parece haberse perdido. Ya tratamos este particular en otro lugar de este libro.

La inscripción latina, sí es muy probable sea la misma que con el retrato mandara el Duque de Veragua para que señalase el lugar del reposo definitivo de los restos de su muy ilustre descendiente.

Don Pedro J. Guiteras, en su *Historia de la Isla de Cuba* (18) escribe:

... "fueron depositados en el presbiterio de la Catedral, donde aún existen, cubiertos por una lápida humilde con una inscripción conmemorativa del héroe i analoga a las circunstancias de aquel día. Después parece que fué sustituida ésta por la que existe hoi, que es una losa de mármol, *la misma que remitió el Duque de Veraguas a Santo Domingo* (19), con el retrato de Colon en bajo relieve i en su base este pobrísi-

(18) Tomo II, pág. 206.

(19) Lo subrayamos nosotros.

mo terceto:..." (aquí copia el que aparece en la página 13 de este libro)

Verdaderamente no tendría una explicación que historiador tan cuidadoso como Guiteras escribiendo en la fecha en que lo hacía para su *Historia de la Isla de Cuba* dijera: "Después parece que fué sustituida ésta por la que existe hoy que es una losa de mármol, la misma que remitió el Duque de Veraguas..." si pasados doce años (1848) y haciendo un estudio especial sobre los restos de Colón el señor López Prieto, no se viera que ignoraba así como el secretario del Cabildo Catedral, que en 1822 se había realizado con el cambio de la lápida, la exhumación de dichos restos.

Y a la noticia de Guiteras se deberá probablemente que los señores doctor Rafael Cowley y Andrés Pego, editores de la obra de Valdés, hicieran idéntica afirmación, pues la *Historia* de Guiteras se publicó en 1865 y 1866 el primero y segundo tomos respectivamente, y aquélla en 1877, habiéndola terminado Valdés en 1813, fecha en que aún no había sido sustituida la primera lápida, cuya inscripción hemos visto

por el propio testimonio de este último autor.

Así, pues, Guiteras no estaba bien enterado de la verdad sobre el sepulcro de Colón, pareciendo que narraba basado sólo en referencias.

LA REMOCIÓN DE LOS RESTOS EN 1822

Debido a que se llevó a cabo privadamente no es conocida la remoción que sufrieron los restos de Colón en la Catedral el año 1822, que fue cuando colocaron la hermosa lápida de mármol de que hemos hecho relación en otro lugar.

También se comprueba con los referidos documentos, que tras largas investigaciones logramos encontrar, que había papeles, los cuales habíamos supuesto actas de los diferentes traslados y medallas, una de éstas es la conmemorativa de la Constitución de Cádiz de 1812 y los otros Guías Civil, Eclesiástica y de Forasteros, habiéndose colocado todo esto junto a los restos en esa fecha, pues se abrió la urna después de haber estado depositada algunos días en la sacristía hasta terminar las breves obras que

constan en las actas anteriores y posteriores al hecho que narramos.

Razón tenía el albañil señor Enrique Hernández cuando en conversaciones sostenidas con personas de su propia familia (20) manifestaba ser su creencia que en aquel nicho se notaban vestigios de haber sido tocado, sin que hayamos sabido las razones en que basaba sus sospechas este artesano.

Claro está, no sólo fue sustituido el cuadro con el retrato de Cristóbal Colón y colocada la lápida en ese año de 1822 si que también se realizaron trabajos de albañilería en el nicho, que parece hubo de correrse algo hacia el púlpito del Evangelio, o más bien agrandado hacia el fondo, pues que la caja de madera siguió ajustada al citado nicho.

Para mayor claridad y exactitud en estos datos publicamos parte de la documentación de mayor importancia sobre esta remoción y obras

(20) Nuestro querido maestro en el Seminario de San Carlos, Dr. Felipe A. Caballero, tío de dicho señor, así nos lo ha dicho.

llevadas a cabo el año indicado, y que como podrá apreciarse no se hace mención alguna del cuadro, ignorándose por tanto el destino que se le diera. Y verdaderamente resulta extraño cuando se consigna en una acta la donación hecha por el Obispo Espada del cuadro que está en el sitio opuesto, donde fue colocado en 1823 (21).

Pero antes de dar esos documentos, veamos como es cierto que hasta hoy se ha ignorado por completo que en 1822 se exhumaron los restos y se hicieron obras en el sepulcro.

Tanto se ha tratado sobre los restos de Colón y de tan diversas maneras, que en 1834 se dijo en el *Diario de la Habana*, correspondiente al día del aniversario de los funerales: "1796.—*Las cenizas de D. Cristóbal Colón, primer almirante y descubridor de las Indias, trasladadas a la capital de la Isla de Cuba después de la cesión de la parte española de la Isla de Santo Domingo, se depositaron en el presbiterio de la Catedral de la Habana,*

(21) Véase la nota 5 de esta segunda parte, pág. 97.

donde permanecieron hasta que hace pocos años se enterraron en el Cementerio General (22).

Pero no hubo semejante traslado, y el señor López Prieto (23) piensa lo que en un principio nosotros sobre el particular: que confundía el viejo diario capitalino las exhumaciones de la Catedral y traslados al Cementerio de los restos del general Manrique y del Obispo de Milasa y auxiliar de la Habana Ilmo. González Candamo, efectuados tan pronto como el benefactor Obispo Espada inauguró la necrópolis que llevó su nombre (24), cosa que llevó a la práctica el Prelado para comenzar predicando con el ejemplo, pues que no era fácil convencer a los tradicionalistas de la necesidad, en aras de la sa-

(22) Se halla en la página 2, última columna, con este título; *19 de enero* y un subtítulo de versalitas que dice: *Recuerdos de los acaecimientos en este día*. Son tres notas las que hay, y esta a que nos contraemos está toda hecha de letra cursiva diferenciándose de las otras que están con redonda.

(23) Carta al Ldo. D. Manuel Pérez de Molina, director de *El Triunfo*.

(24) El 2 de febrero de 1806.

lud pública, de que todas las personas debían ser enterradas en el Cementerio fuera cualquiera la clase a que pertenecieran.

Ahora bien, no nos parece que fuera ese fundamento el de la noticia que el *Diario de la Habana* daba en 1834; porque allí se lee: "donde permanecieron hasta que hace pocos años se enterraron en el Cementerio General". Y de 1806 a la fecha del artículo habían pasado muy cerca de treinta años y no se consigna por lo regular ese lapso en Historia tan breve como la nuestra con esa frase: *hace pocos años*, pues que entonces se hubiese escrito así: *al poco tiempo de estar allí* (en la Catedral) etc. Porque mediando de ese modo diez años, esto es, de 1796 a 1806, sí se hubiera consignado ese tiempo, de manera fundada, como pocos años.

Lo que debió ocurrir probablemente fue que en el periódico se tendrían noticias, aunque vagas, de la exhumación que silenciosamente hízose en la Catedral el año de 1822, el mismo de la colocación de la lápida y de lo que detalladamente y acompañando los documentos, nos ocupamos más abajo; y tal vez creyendo, como aún gober-

naba la diócesis el Ilmo. Espada, se habría tratado en dicha fecha de un traslado al Cementerio General y sin informarse mucho el redactor, porque precisaba dedicar algunas líneas al aniversario del entierro en la Catedral, creyéndolo así, repetimos, tal vez dijera: “se depositaron en el presbiterio de la Catedral de la Habana, *donde permanecieron* HASTA QUE HACE POCOS AÑOS *se enterraron en el Cementerio General*”.

Y claro está, de 1822 a 1834 han pasado doce años, que en realidad son *pocos años*. Sabemos que alguien pensará que no era posible esa confusión, mas si no se olvida que, como demostraremos el hecho de la remoción de 1822, quedó en el mayor silencio, pues que no quisieron darle publicidad para no realizar el acto con la pompa que merecían los restos por los gastos que ocasionaría, nada de extraño tendría que se hablase algo del acto y se conociese aunque no en todos sus pormenores, cosa que siempre origina mayores o menores fantasías.

De que no se ha conocido de la exhumación de los restos verificada en 1822, acaso sólo por

los que intervinieron en ella, es una prueba el ignorarlo, como lo ignoraba precisamente uno de los que redactó el informe oficial al debatirse la cuestión planteada por el arzobispo Cocchia en 1877, el señor López Prieto, quien al hablar del comienzo que va a dar a sus investigaciones para dicho informe oficial, que se propone presentar sobre el verdadero lugar en que descansan los restos del primer Almirante, manifiesta que no obstante las infinitas pruebas que aseguran a Cuba la gloria de poseer las envidiadas reliquias, "fue uno de los primeros puntos que traté de fijar, *el conocimiento exacto de que la sepultura que está sobre el presbiterio de nuestra Catedral no había sido removida desde el 19 de enero de 1796*" (25).

No obstante tal afirmación fue removido y no solo removido el nicho, sino extraídas las cenizas y depositadas en otro lugar del templo, como probaremos.

En el artículo de que tomamos esas palabras

(25) Esto lo subrayamos nosotros.

del mencionado investigador (26), para probar su dicho manifiesta después que con fecha 19 de diciembre de 1877, certificó el secretario del Cabildo Catedral de la Habana, que "*en el sepulcro de Colón, no se ha introducido novedad alguna*".

Y en efecto, las modificaciones se realizaron. Ya lo veremos. El secretario, seguro estamos de ello, certificó con la mejor buena fe, no lo sabía, por qué había de saberlo? ¿quién en la Habana se enteró de ello? y menos después de transcurridos los años desde 1822 hasta 1878, y fijémonos que en 1834 el *Diario de la Habana* ignoraba la verdad de lo ocurrido cuando solo doce años habían pasado.

Quiere hacer resaltar el hecho el mencionado comunicante y en párrafos más abajo se expresa así: "En ninguna parte consta que los venerados restos hayan sido movidos desde 1796..." y creyendo probar lo que asegura, exhorta a la investigación para que se vea claramente estar él en lo cierto y escribe:

(26) *La Familia*, número 6, 1878.

“Regístrense los libros de exhumaciones de la Catedral; véase en el expediente de reparación y nuevo enlosado la traslación de restos de la Catedral al Cementerio, y no se hallará mención alguna respecto a los preciosos del Descubridor del Nuevo Mundo”.

Ahora se va a referir al año de la lápida y continúa diciendo: “Prueba también que las cenizas aludidas no han sido tocadas, que como he dicho en mis trabajos sobre el punto que se discute, Espada en 1822 mandó colocar sobre la antigua inscripción latina, por motivos hasta hoy ignorados (27), la actual lápida con el busto y versos que todos conocemos. El Sr. Dr. D. Ramón Francisco Valdés en su *Compendio de la Historia Antigua de la Isla de Cuba*, páginas 17 y 18, así lo atestigua y el libro fue impreso en 1864, con la circunstancia de que el autor, unido por lazos de familia a antiguos canónigos, no ignoraba nada de cuanto a la sepultura de Colón pudiera referirse”.

(27) Los motivos de la colocación de esta lápida los damos nosotros más adelante.

Para demostrar el culto grande que rinde aquel historiador por Cristóbal Colón y todo lo que con él se relacionara, menciona el señor López el hecho de haber sido la persona que adquirió para conservarla de recuerdo, la caja de caoba que contenía la de plomo en que llegaron a la Habana desde Santo Domingo los sagrados despojos.

El escritor en cuestión deseaba exponer el mayor cúmulo de datos para mantener fijado de modo preciso su criterio sobre este punto e insiste en que "nada se alteró interiormente la sepultura de Colón" y cree, con muy buen juicio que el Obispo Espada honraba a Colón y no hubiera entregado jamás sus despojos a la fosa común, ni menos al olvido; pero antes de esto se ha expresado así:

"Espada murió el 12 de agosto de 1832 y YA SE SABE que no alteró interiormente la sepultura". Que es donde se halla el error en que estaba el articulista, especialmente porque quiere probar que la caja de los restos permaneció en el nicho sin ser tocada desde 1796, y nada más lejos de eso. Ciertó es que ignoraba, y ni por

su mente podía pasar la idea de que el sepulcro hubiese sido abierto, aun colocándose la lápida sobre el mismo, y tiene sobrada disculpa, pues que teniendo en su poder certificación del secretario del Cabildo en sentido tal, no había para qué pensar en la búsqueda, aun cuando el señor López Prieto exhorta a que se registren los libros uno por uno, como indicando que ya él había explorado todos esos caminos y que estaba seguro de lo que sobre ellos manifestaba, cuando no hizo más que detenerse en uno de los extremos. Además, aunque resultemos cansados en este trabajo, queremos repetir que no es de extrañar tamaño error porque era un caso absolutamente desconocido pues si el *Diario de la Habana* periódico oficial, en el año mencionado y a los doce del suceso de exhumación de los restos, colocación de la lápida, etc., asegura haber sido trasladados al Cementerio, ¿qué de extraño tenía otro error y no tan significativo, pasados muy cerca de sesenta años?

Porque el del *Diario de la Habana*, órgano oficial del gobierno es imperdonable, puesto que con anticipación debida se había comunicado al

Capitán General lo que se iba a realizar a fin de que concurriera al acto y habiendo prometido su asistencia y la de una comisión de la Diputación provincial y otra del Ayuntamiento, como lo efectuaron, y no se explica que una publicación de tal índole no solo ignorara la verdad, sino diera semejante falsa noticia que habría dado mucho que pensar.

Tal parece como si en la época en que el *Diario de la Habana* dijo que se había hecho el traslado de los restos al Cementerio General, no diese el Gobierno de la Isla importancia a los restos del Descubridor, porque tamaña equivocación siempre tiene remedio dándose a la publicidad al día o días siguientes una nota aclaratoria, recurso que tienen en su mano los periódicos. Alguien acaso pensará que después de hecho resultaría duro el desmentirse a sí mismo un periódico oficial y lo dejarían para que pasara inadvertidamente si posible fuera, pero no, no puede ser; peor, mucho peor es dejar consignado el error oficialmente porque luego pasan los hechos falseados a la Historia.

Más tarde también pudo haber la aclaración,

al siguiente año, por ejemplo, y en la misma fecha; pero tampoco hubo tal cosa. ¿Es que no tenía importancia? ¿Es que se seguía considerando a Colón como un presidiario, aunque en su tumba no le acompañaran los grillos que como premio a su hazaña le fueron colocados como infames guardianes en los últimos tiempos de su vida y que había querido conservarlos unidos para siempre a sus depojos?

El hecho es que tan poca importancia se dio al caso que el gobierno se creyó obligado a no decir nada. Y podría preguntarse: Se tenían en la Habana los restos de Colón porque se supiera sólo que aquí descansaban haciéndose en este caso alarde de ello, o se guardaban como digno homenaje al Descubridor de la América que quisiera dormir el eterno sueño en la Isla Española? Más parece lo primero.

* * *

En la sesión celebrada por el Cabildo Catedral, en 11 de enero de 1822 se acordó erigir un monumento a Colón, por contar con fondos para

ello, puesto que a la llegada de los restos carecía de recursos la Catedral. Del acta de esta sesion que se encuentra en el libro 5º, tomamos lo que al asunto se refiere. Dice así:

“Habiendo tomado en consideracion el Cabildo que en la epoca en qe. se trasladaron de la Isla de Santo Domingo a esta Ciudad las cenizas del inmortal Colon y se depositaron en el Presbiterio de esta Catdl., carecia la Iglesia de recursos para poder hacerlo con aquella solemnidad que era propia del objeto, y teniendo en el día sino abundantes fondos, al menos los precisos para exigir un monumento qual correspondie á la memoria del heroe, y al estado de decencia en que se halla la Iglesia, acordó se construya uno conforme á sus deseos, y que al efecto se participe á S. E. I. por si mereciere su superior aprobacion, suplicandole que en el caso de prestar su anuencia, se sirva, en atencion á su buen gusto, y delicadeza en las bellas artes, disponer el modo y forma con que se ha executar...”

El Obispo Espada, no solo se mostró confor”

me y ajustó la obra con un artista, en la cantidad de mil quinientos pesos, sino que quiso acompañasen a los restos desde el día de la erección del monumento, consiste en la lápida, un ejemplar de la Constitución promulgada en Cádiz en 1812 y la medalla conmemorativa del suceso.

En efecto, el Ilmo. Espada, interpretando el acuerdo del Cabildo y autorización que le daba, dispuso consistiese el referido momento en una lápida con el busto del Descubridor por estimar que con ella no sólo se indicaba el lugar en que se encontraban depositados los restos, sino también que se perpetuaba la memoria del Gran Almirante.

En el acta de la sesión del 25 de enero (28) del mismo año consta así. Demostrándose además que la lápida con el busto de Colón que permaneció sobre el nicho de la Catedral hasta 1898 en que embarcados los restos para Sevilla se les hizo acompañar de aquélla, fue mal llevada, pues su propiedad corresponde al Cabildo Cate-

dral y no al gobierno de España, como se había hecho aparecer desde el momento que la llevaron de donde se hallaba. Pruébese con esto una vez más que nunca se supo de lo efectuado en la tumba de Colón en 1822, porque no era posible de otro modo que la Catedral dejase llevar una prenda que a ella pertenecía puesto que con sus fondos se había adquirido por ella misma.

Pero aún es tiempo, la reclamación puede y debe hacerse formalmente por el Prelado habanero a nombre de su Cabildo Catedral. No se nos oculta que en la época del traslado a España, siendo españoles los canónigos y español el Prelado, y pensando todos o casi todos abandonar a Cuba, de saberlo, (lo de la pertenencia de la lápida) poco hubieran hecho para que el referido momento quedara en la Catedral; mas, ¿puede pensarse cabalmente que con pleno conocimiento de la propiedad no hubiera habido un sólo capitular que levantara su voz en son de protesta? Ahora bien, sea como haya sido, la constancia existe de haber pagado de sus fondos la Catedral mil quinientos pesos por la obra, por tanto suya es la lápida y debe reclamarla.

No podría argüirse que estaban unidas la Iglesia y el Estado y que éste pagaba el culto, como creen muchos que así era. El clero percibía cierta cantidad estipulada por el Concordato celebrado entre la Santa Sede y España, a virtud de estar el gobierno en posesión de las propiedades de la Iglesia. De aquí la creencia de tantos de que el Estado pagaba el culto. Y aparte de eso cada entidad, esto es, cada institución poseía separadamente y administraba y podía administrar libremente sin contar la una con la otra respecto al particular.

Afortunadamente para entablar y resolver una reclamación hallanse en muy cordiales relaciones hoy España y Cuba, pues que el Prelado o el Cabildo, formado hoy por bastantes cubanos, como lo es la primera autoridad eclesiástica, podría valerse de nuestro gobierno a su abjeto.

No pensamos que probado ser propiedad la repetida lápida del Cabildo Catedral, se negara el gobierno español a hacer entrega de ella, pues solo una falta de conocimiento de los antecedentes sobre estos particulares explicaría el haber llevado para España lo que es de la pro-

piedad del Cabildo Catedral de la Habana. Si la reclamación fuese hecha, tenemos la esperanza en no lejano día ver de nuevo en el primer templo de la Habana el hermoso busto que sobre el nicho de Colón, lo resguardó y embelleció durante setenta y seis años día por día en su amplio y hermoso presbiterio.

Del acta de la sesión a que nos referimos ahora extractamos:

“Se leyó un oficio del Excmo e Ilmo Sr. Obispo en que además de aprobar la demostración de gratitud” etc... “manifiesta que bien persuadido de la buena disposición de este Cabildo en qto. el asunto contenido en la misma acta del monumento p^a esta Santa Ig^a correspondiente al heroe descubridor de estas Américas, el inmortal Colón, trató con un estatuario sobre dho. monumento en los terminos que indican los papeles n^o 1^o y 2^o que há acompañado con el intento de acompañar en su interior las cenizas de Colón con la constitución de la monarquía española y su medalla y en su exterior otro busto de medio relieve con sus trofeos y lapida de una breve pero noble inscripcion en un terceto de endecasíla-

bos, según todo se expresa en el papel nº 3º, reduciendo á *mil quinientos pesos todo su costo*: comunicando además que para la ejecución de la obra..." (29) y en inteligencia de todo acuerdo el Cabildo, ... que se conteste al S. E. I. participándole la satisfacción que ha cabido a este Cuerpo por las disposiciones que se ha servido dar para la ejecución del referido monumento, las cuales han llenado completamente los deseos del Cabildo, cuyo costo y el del atrio que se está trabajando satisfará oportunamente de los fondos de fabrica..."

El Obispo anunciaba estar a finalizar la obra y recomendaba la invitación al acto al gobierno. Véase esta acta: (30).

"Se leyó otro oficio del mismo Excmo. e Ilmo. Sor. en que con fha. 25 del corrte. comunica que estando ya al concluirse la inscripción de la lapida del monumento donde van a depositarse las cenizas de Colón, según y con lo demás que indicó en su anterior oficio era conveniente que

(29) Aquí trata de una obra en la Capilla de Loreto, (es otro asunto). Nosotros hemos subrayado.

(30) Sesión del 31 de mayo, 1822, Lib. cit.

enterandose S. S. M. V. de la intervención que tuvo el Gobierno ó Ayuntamiento de esta Ciudad en su colocación en el lugar donde se hallan, se entienda S. S. M. V. desde luego con el mismo por si tuviere á bien intervenir por el medio que le parezca mas conveniente á la apertura del deposito y colocación del nuevo en el lugar donde está con los adornos que se le añaden, debiendo ser este acto ó actos privados y sin solemnidad alguna que acarrearía gastos no necesarios sobre los que van hechos al fin de dho. ornato: y en su consecuencia acordó el Cabildo que para instruirse con exactitud de la intervención que tuvo el Gobierno en la colocación del monumento que hoy existe, y poder dirigirse como corresponde, invitandole á su concurrencia p^a el nuevo, se traigan los antecedentes que hagan referencia al modo con que se procedió á la colocacion del actual monumento en el lugar donde está..." etc.

En 26 de junio se reunió nuevamente el Cabildo (31) y ...Se leyó un oficio del Excmo Sor.

Capn. Gral., Gefe superior político manifestando que enterado del convite que se le há hecho por esta Corporación para que del modo que juzgue conveniente intervenga á la apertura del deposito y colocación del nuevo monumento erigido á la memoria del celebre Almirante Cristobal Colon en esta Santa Iglesia Catedl. con la advertencia de que no estando en estado de aumentarse gastos innecesarios sobre los que van hechos al fin de la construccion y ornamento de la lapida, debe ser un acto privado y sin solemnidad alguna, há determinado en consideracion á todo asistir a tan fausta funcion como una Diputacion de la Excma Prov^a. y otra del Exmo Ayuntamiento en representación de sus respectivas Corporaciones, cuando se sirva S. S. M. V. comunicarselo con alguna anticipacion para desembarazarse de otras atenciones de su destino: y en su inteligencia acordó el Cabildo se participe á S. E. I. con copia de esta acta, dha. contestación p^a su debido conocimiento, y á fin de que se sirva comunicar á este Cuerpo el dia que tenga á bien designar p^a el acto de la apertura y colocación de dho, monumento con el ob-

jeto de avisarsele oportunamente al Excmo. Sor. Gefe Supr. politico..." etc.

Ya se ve como el acto había de ser rigurosamente privado.

LA EXHUMACIÓN DE ESTA ÉPOCA

Con toda seguridad se desconoce, como hemos dicho, que en el año de 1822 fueron exhumados los restos del Descubridor del lugar en que se colocaron a su llegada a la Habana en 1796. Entonces no quedaba más señal de la tumba que el cuadro enviado a ese fin por el Duque de Veragua. Queríase hacer algo y se acordó la lápida, siendo preciso realizar obras y no debían llevarse a cabo con los restos allí. Por eso se extrajeron, se depositaron en la sacristía, tal como en los últimos tiempos se hizo antes de llevarlos a España, y permanecieron en un escaparate cerrado por el Deán hasta que la lápida quedó terminada y se construyó la caja de caoba dentro de la cual colocáronse las medallas de que hemos hecho mención y los libros, que habíamos supuesto al verlos en 1898, ser las actas de los

diferentes traslados, cosa que comprendemos ahora inverosímil, pues que de existir esas actas junto a los restos la cuestión planteada en 1877 por el arzobispo Cocchia se hubiese definitivamente resuelto al terminar la guerra hispano-americana.

Véase el acta (32) de la exhumación de 1822:

“In Dei nomine amen: en la siempre fiel Ciudad de la Habana en nueve de setiembre de mil ochocientos veinte y dos: Concluidos los oficios divinos de la mañana, se reunieron en el Presbiterio de esta Santa Ig^a Catedl. todos los Sores. Capits. concurrentes, á saber, Dr. D. Julian del Barrio Arcediano, Presidente, Dr. D. Jose María Reyna Canonigo, Dr. D. Wenceslao del Cristo Penit^o, Dr. D. Manuel Guerrero Canonigo, D. Miguel Gonzalez Racionero, y D. Jose Lopez Alarcon Medio-Racionero, acompañados de los Capellanes de coro y demas ministros subalternos de este M. V. Cabildo con el objeto de exhumar del lugar en que se hallan, las cenizas del Excmo Sor. Almirante D. Cristobal Colon,

y poder disponer lo conveniente para su depósito y colocación del nuevo monumento que de acuerdo con el Excmo e Ilmo Sor Obispo se há construido al efecto. Y habiendose procedido al acto se extraxo un atand qe. abierto contenia una caja de plomo cerrada con llave, y en su tapa la siguiente inscripcion "*Aquí yacen los huesos de D. Cristobal Colon primer Almirante y descubridor de las Americas*" la qual fue conducida por el cuerpo a la sacristia de esta Santa Ig^a donde se halla custodiada provisionalmente en uno de los escaparates cerrado con llave, teniendo esta en su poder el Sor. Presidente. Con lo que termino este que leído de verbo ad verbum dijo S. S. M. V. estaba bien y fielnte. escrito y que era lo mismo que se habia dispuesto, y lo firmaron dhos. Sores. de que doy fé.—Dr. Barrio.—Dr. Reyna.—Dr. Cristo.—Gonzalez.—Alarcon.—Ante mi, Ignacio M^a de Olea, Srio."

En el escaparate a que se refiere esta acta que antecede, permanecieron los restos veintiseis días, pues el 5 de octubre de aquel mismo año volvieron al nicho, como se comprueba por los siguientes documentos:

SEÑALAMIENTO DE LA FECHA PARA NUEVA

COLOCACIÓN DE LOS RESTOS EN EL NICHOS.

“In Dei nomine amen: en la siempre fiel Ciudad de la Habana en veinte y siete de setiembre de mil ochocientos veinte y dos congregados los Sores. Capitulares para celebrar Cabildo ordinario, á saber, Dr. D. Julian del Barrio Arcediano, Dr. D. José María Reyna Canonigo, y D. José Lopez Alarcon Medio-Racionero se invocó el auxilio divino con las preces de estilo.—El Sor. Presidente dijo: Que estando ya concluida la concavidad formada para depositar los huesos del celebre almirante Colon, y haber dispuesto S. E. I. verbalmente se verifique el 5 de octubre inmediato á las 7 de la mañana su translacion y colocacion del nuevo monumento, lo participaba á S. S. M. V. con el objeto de acordar se oficiase al Sor. Capn. Gral. Gefe supr. politico interino, avisandole el dia señalado, de conformidad á lo manifestado por su antecesor en oficio de 23 de junio ultimo: y en su inteligencia acordó el Cabildo se conteste al Sor. Capn. Gral.

Gefe supr. politico interino pr. los Sores Comisarios, manifestandole que concluida la construccion de una lapida de marmol en esta Santa Ig^a Catedl. con el intento de acompañar en su interior las cenizas de Colon con la Constitucion de la Monarquia Española y su medalla, y en lo exterior dho. busto de medio relieve se participo al antecesor de S. S. el Excmo Sor. D. Nicolas Mahy para que del modo que estimase oportuno interviniera á la apertura del deposito y colocacion del nuevo monumento con la expresion de que este acto ó actos seran privados y sin solemnidad alguna: y que habiendo contestado en oficio de 23 de junio citado que asistiria con una Diputacion de la Excm. Provl. y otra del Excmo. Ayuntamiento en representacion de sus respectivas Corporaciones, designa desde luego el Cabildo de acuerdo con el Excmo. é Itlmo. Prelado el sabado 5 del mes entrante á las siete de la mañana para verificar dha. colocacion comunicandose asi para su inteligencia, y por si tuviere á bien concurrir á esta misma Catedl. el dia prefixado.—Con lo que terminó este que leído verbo ad verbum dijo

S. S. M. V. estaba bien y fielmente escrito y que era lo mismo que se habia acordado y lo firmaron dichos Sores. de que doy fé—entrante enmend^o vale.—Dr. Barrio.—Dr. Reyna.—Dr. Cristo.—Alarcon.—Ante mi, Ignacio Ma. de Olea, Srio.—” (33).



En sesión celebrada por el Cabildo el día ocho de octubre, o sea a los tres días de haberse verificado la colocación de los restos y lápida en el lugar donde en los últimos tiempos se hallaban, se dio lectura a la minuta del acta levantada con motivo del acto y se acordó pasara para su definitiva redacción al Presidente de la Corporación, habiendo prevalecido el criterio de que debía trasladarse para eterna memoria al libro de actas y en la forma más detallada posible, “refiriendo la parte historica del héroe y del motivo que há habido para la construccion del citado monumento” (34).

(33) Lib. 5^o.

(34) Ibidem.

ACTA DEL DEPÓSITO DE LOS HUESOS Y COLO-
CACIÓN DE LA LÁPIDA.

"In Dei nomine amen: en la siempre fiel Ciudad de la Habana en treinta y uno de Enero de mil ochocientos veinte y tres: reunidos los Sores Capitulares para celebrar Cabildo ordinario, á saber, Dr. D. Julian del Barrio Arcediano, Dr. D. José María Reyna Canónigo, Dr. Dn. Wenceslao del Cristo Penitenciario, D. Miguel González Racionero se invocó el auxilio divino con las preces de estilo... (35).

"A consecuencia de la comisión dada al Sor. Barrio p^a que extendiera la minuta acerca del modo con que se executó el deposito de los huesos del celebre Colon y colocación del nuevo monumento erijido á su memoria el cinco de octubre ppdo. refiriendo la parte historica del heroe, presentó una exposición firmada por S. E. I. y los Sores. Caps. que asistieron al acto, cuyo tenor es como sigue. "Halladose deposi-

(35) Se trataron otros asuntos ajenos al que nos ocupa y que omitimos.

tadas las cenizas del Almirante Dn. Cristobal Colón, primer almirante de las Américas en el año de mil cuatrocientos noventa y dos, en la Santa Ig^a Catedl. de esta Ciudad desde el año de mil setecientos noventa y seis por acuerdo de este gobierno y Ayuntamiento con el Cabildo ecco. de ella, a causa de haber sido conducidas a esta Plaza en el anterior año y por la cesion hecha a los franceses de la ciudad de Santo Domingo de la Isla Española, en cuya Iglesia Catedral se hallaban, traidos desde Sevilla por disposición testamentaria del mismo heroe en Valladolid donde falleció el año de mil quinientos y seis: y deseando el Excmo. é Ilmo. Sor. Obispo Diocesano que estuvieran con el ornato decoroso y artístico debido á tanto Varon, comunicó sus deseos á este V^e Cuerpo que los adoptó pronta y satisfactoriamente y acordaron: que en el mismo lado del Evangelio en la pared que divide el Presbiterio de la Capilla de Loreto en que estaba el deposito se hiciera mayor el nicho p^a la nueva colocación, en el qual se custodiase la caja de plomo en que estaban encerradas dhas. cenizas. Con ocasión de

este monumento, deseando el Prelado colocar juntamente en el mismo deposito la Edición grande del Código de la constitución política de la Monarquía española promulgada en Cadiz á diez y nueve de marzo de mil ochocientos doce, para eterna memoria de nra. adhesión al sistema benefico que en el se halla sancionado, manifestó al V. Cabildo sería consiguiente á tan digno pensamiento su colocacion en la misma en otra caja de cahoba con su exterior de plomo que contuviera tambien la gran medalla de oro acuñada en Cadiz al mismo tiempo con el busto é inscripcíon en el anverso el libro de la misma Constitucion abierto y otras medallas de plata de los Reyes sus antecesores D. Carlos 4º y D. Carlos 3º con algunas otras, todo lo qual acordo el V. Cabildo penetrado de las mismos sentimientos: y finalmente, que se cerrase la Urna con una lapida del mejor marmol que habia podido conseguirse en donde estaba de bajo relieve el busto de Colon con diferentes atributos marítimos, trabajado con delicadeza y perfeccion en esta Ciudad por un Español estatuario instruido en la Italia, y que para llevar á efecto el proyec-

to insinuado se participara al Excmo Sor. Gefe supr. polit^o de la Provincia y Capn. Gral de la Isla, quien contestando annuente, ofreció concurrir al acto. Que en efecto, preparado lo necesario, se verificó en la mañana del dia cinco de este mês, concurriendo el Sor Gefe Supr. polit^o con dos individuos de la Exma Diputación provincial, y otros dos del Exmo Ayuntamiento comisionados por sus respectivas Corporaciones, y el Excmo é Iltmo. Sor Obispo Diocesano con su V^e Cabildo, y habiendo abierto la caja de dhas cenizas en cuya tapa estaba escrito: *Aqui yacen los huesos de D. Cristobal Colón primer Almirante y descubridor de las Americas;* é inspeccionados y visto también el exemplar de la Constitución, las medallas arriba expresadas, y tres guias del presente año, la civil, y la eccia. impresas en Madrid, y la de forasteros en la Habana, fueron cerradas las cajas y sus llaves quedaron en la Urna, la qual fué hermeticamente cerrada con la lapida del busto de Colon, en la que está en un terceto de letras de oro la inscripción siguiente: ¡O restos é imagen del Gran Colón! Mil siglos durad unidos en la Urna, Al Codigo San-

to de nuestra Nación: (36) con lo que se concluyó el acto. Habana y Octubre veinte y tres de mil ochocientos veinte y dos—Juan José Obispo de la Habana—Dr. Julián del Barrio.—Dr. José M^a Reyna—Dr. Wenceslao del Cristo.—Dr. Manuel Guerrero—Miguel González—José Lopez Alarcon.—Dr. Barrio—Dr. Reyna—Dor. Cristo.—Gonzalez.—Ante mi, Ignacio M^a de Olea, Srio.”

EL CUADRO DEL FRENTE

Ya nos hemos referido a ese cuadro, existe en el propio lugar todavía y fue colocado como la inscripción indica en 1823, al siguiente del de la colocación de la lápida y documentos en el nicho de Colón. Y ahora damos una nota que encontramos relacionada con el repetido cuadro.

En septiembre 16 de ese año el Cabildo tomó el acuerdo de hacer constar la donación del

(36) Tal vez en un principio se pensara poner esa inscripción, pero no era así como estaba ultimamente, sino como se ve en la parte primera ya mencionada.

Obispo Espada y la gratitud, tanto por aquél como por otros cuadros que también había regalado a la Catedral.

La parte del acta de la sesión de referencia y que trata del asunto, dice:

"...A virtud de la indicación hecha por el Dor. Reyna se mando agregar al inventario gl. de las alhajas de esta Santa Ig^a la constancia de un cuadro colocado al frente del de Colon en el Presbiterio, cuya representacion aparente es estar celebrando el Papa con asistencia del Emperador, Cardenales, Obispos y demas clero, y la mistica de bajar el Crucificado hacia la Hostia, pintado 14 años antes que Colon se embarcase p^a el descubrimt^o. de la América, con la expresion de haber sido donados por el Excmo. é Iltmo. Sor. Obispo á favor de esta Catedl., acordandose se den a S. E. I. las mas expresivas gracias por esta demostracion de su generosidad..."

De lo que no se ha sabido, y en esto insistimos, es del destino que se diera al viejo cuadro al óleo con el retrato de Cristobal Colón, que fue el primitivo signo de que en el lugar de refe-

rencia se encontraban sepultados los restos de aquel Almirante y Descubridor.

Tal vez si el Gobernador lo llevara para Palacio y él o alguno de los sucesores lo guardaría al cesar en el mando de la Isla; porque de haberlo tomado el Obispo Espada, varón tan insigne como cuidadoso para todas sus cosas, hubiera aparecido a su muerte conservado como lo fue todo lo suyo, al ser puesto en pública almoneda, donde entre sus cuadros se vio uno pequeño de Colón, el cual fue tasado y vendido en *un peso*, adquiriéndolo don Manuel Gomez, según consta en los documentos del Archivo Nacional y que publicó el Boletín, tomo XVI, número 1 y página 29.

Tampoco es de suponer quedara en la Catedral, puesto que allí hubiera estado por lo menos hasta el cese de la soberanía española, como los restos.

Y de igual modo si hubiese pasado al Ayuntamiento o Diputación Provincial, ¿por qué no habría de hallarse allí en aquella fecha del embarque?

Aunque tambien podría haberse dado el caso

que alguno de los presidentes de las referidas corporaciones, suponiendo hubiese ido a parar a ellas, al cesar en el cargo lo hubiese querido conservar en su casa.

En las actas, se habrá notado, no hay mención alguna de este cuadro, acaso debido a no concedérsele importancia después de haberse mejorado el sepulcro. En rigor, debió pertenecer a la Catedral puesto que ésta le sustituiría con otro de mas valor y por tanto superior. Cuadro, que de conservarse al cesar la dominación española sobre Cuba, pudo llevarse para Sevilla puesto que lo había enviado el Duque de Veragua, pero no así la lápida que correspondía y corresponde al Cabildo Catedral de la Habana, como ya hemos probado, y que además se hizo para cubrir el nicho de Colón, que hoy en el hermoso monumento erigido primero en la Habana y después en Sevilla, encierra sus restos, no está llenando el cometido para que fue hecha. Reclámela pues, repetimos, el Cabildo Catedral. Si se cubriese el nicho de Colón en la actualidad, aunque no estuviera en Cuba, no debía ni podría reclamarse porque el homenaje siempre

a Colón sería, pero no siendo de este modo, tráigase en buen hora a la Catedral, con cuyos fondos se realizó y adquirió la obra.

LA DISCUSIÓN SOBRE LA AUTENTICIDAD.

Cuando el año 1877 se planteó la célebre cuestión sobre la autenticidad de los restos de Cristóbal Colón, hubo como era natural, defensores y adversarios del criterio sostenido por el famoso arzobispo monseñor Cocchia. Y entre los que estaban de acuerdo con éste en los primeros momentos se hallaba el entonces Cónsul de España allí, señor José Manuel Echeverri, quien dio cuenta a su gobierno inmediatamente del siguiente modo:

“Telegrama—via Santiago de Cuba.—Exmo. Señor Ministro de Estado.—Madrid.—Descubiertos restos verdaderos de Cristobal Colón con innegables pruebas de su autenticidad.—Créese que los existentes Habana pertenecen a su hijo.—Amplios detalles por correo.—Cónsul en Santo Domingo—*Echeverri*”.

Este telegrama se halla copiado al final del

documento (37) enviado al Ministro de Estado por dicho Cónsul y se halla fechado en 17 de septiembre de 1877 en Santo Domingo. Y aunque reconoció los mencionados restos como los verdaderos del primer Almirante, acusó de criminal engaño al guardián de aquella Catedral en el tiempo del traslado a la Habana. Esto, así como la relación de festejos en homenaje al Descubridor, lo hizo el señor Echeverri en su ampliación que anunciaba por correo al cablegrafiar a España.

Cuando en 1878 se cumplió el primer aniversario del pretendido hallazgo de los restos, ya no estaba de representante consular de España allí el señor Echeverri, habíale sustituido el señor Serra, quien al ser invitado para estos nuevos festejos, rehusó la invitación que se le dirigiera por el Ayuntamiento de la capital dominicana, alegando no ser cierto que fueran las cenizas veneradas allí las de Cristóbal Colón. Con este motivo el *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, en su número 112 del 25 de septiembre de

(37) Expediente del Archivo Nacional.

aquel año, (38) publicó un artículo titulado: *Aniversario de los restos de Colón*, (39) donde aplaudía la actitud del representante de España señor Serra al no aceptar la invitación para asistir a la conmemoración del primer aniversario del hallazgo, que había de llevarse a cabo el día 10 de aquel mes.

Pero como el nuevo cónsul se hubo de ver precisado a protestar públicamente de lo que se iba a realizar, surgió una cuestión personal que tuvo solución por aclaraciones que a tiempo fueron hechas, pues el Ayuntamiento se dió por ofendido con el Cónsul e hizo manifestaciones mortificantes para éste.

El *Boletín Mercantil* decía en uno de sus párrafos:

“No acertamos a comprender en qué pueda lastimar la nota del cónsul de España la susceptibilidad del pueblo dominicano. No fue el pueblo, ni siquiera el gobierno, quien descubrió las pretendidas cenizas de Cristobal Colón. Ni aun fue el canónigo Billini, puesto que éste, según

(38) Pág. 2, columnas 1ª, 2ª y 3ª

(39) Documentos del Archivo Nacional.

consta en el acta del 10 de Septiembre, se limitó a dar cuenta al prelado de que se divisaba una caja oculta en una boveda. Monseñor Cocchia fue quien antes de sacar la caja, convocó al gobierno y pueblo de Santo Domingo para que vieran los restos de Colón. Así pues, este reverendísimo señor es el único que puede darse por resentido de las palabras del cónsul de España”.

También el *Diario de la Marina* de la Habana en un artículo titulado *Colón en Quisqueya*, de 27 de septiembre, se expresó en igual sentido y argumentando de modo análogo refutó los puntos de vista de los dominicanos sobre el particular.

En lo más recio de la polémica se opuso este razonamiento muy bien fundado por cierto, al tratarse sobre el canónigo que se dijo había ocultado los restos en 1795 para que en vez de ser exhumados los de Cristóbal Colón, fueran los de su hijo Diego, ¿cómo en vez de conformarse con las inscripciones solamente, dicho canónigo no colocó en la caja un documento explicando el hecho a la par que confesaba haberlo realizado? Y claro está, hay que suponer a

un canónigo lo suficientemente culto y sobre todo conocedor del valor de la Historia y los héroes que la forman y dan vida cuando trata de retener una joya de inestimable valía como eran los restos de Cristóbal Colón, y no puede creerse que guardase el tesoro sin llegar a la Historia la verdad de lo hecho por él en beneficio y honor de su tierra, que justificadamente avara quería mantener confundida para siempre en su seno las cenizas del gran marino genovés.

Y naturalmente, todo esto en semejantes condiciones dio lugar a múltiples y variados comentarios por los adversarios de la idea dominicana. Así vemos en *La Bandera Española*, de 29 de septiembre de 1887 en su artículo *Cristóbal Colón en Santo Domingo* refuta lo del hallazgo por basarse sólo para el aserto en las inscripciones, puesto que se carecía de todo documento probatorio. Otros periódicos, de la misma manera publicaron (40) trabajos examinando el acta levantada del hallazgo y refutando los argumen-

(40) Pueden verse en el Archivo Nacional muchos de ellos.

tos basados en la tradición, así como los de las inscripciones, éstas supuestas también por otros como de dudosa autenticidad por no convenir con los caracteres usados en la época, creyéndose en la falsificación, cosa que no hubiera sido extraña, pues es bien conocido el caso descubierto hace unos tres años en Francia de un célebre falsificador de documentos de la época de Richelieu y Luis XIV, que luego vendía como auténticos y tal era la imitación que a muchos expertos logró estafar con sus procedimientos. Por eso decimos, que las inscripciones no sean legítimas es factible.

NOTAS DEL TRASLADO DE 1898.

El sábado 24 de septiembre de 1898, publicó el diario *El País*, número 227, y en su página 2ª, columna segunda, el decreto por el cual se dispuso el traslado a España del monumento de la Catedral y nombramiento de la comisión que habría de presenciar la exhumación de los restos, los que, como ya hemos dicho, fueron depositados en un armario de la sacristía hasta su embarque

para Sevilla en el mes de diciembre. Dicho decreto estaba concebido así:

“El Gobernador General ha dispuesto con fecha 21 del actual, lo siguiente:

Habiendo resuelto el Gobierno de S. M. que los restos mortales de Cristóbal Colón, que se encuentran depositados en la Iglesia Catedral de esta ciudad, sean trasladados a la Península, juntamente con el monumento destinado a contenerlos, vengo en disponer:

1º Que se proceda desde luego a desmontar dicho monumento, dejando en su sitio el basamento sobre que está colocado, empaquetándolo en forma conveniente para su inmediato embarque a disposición del señor Ministro de Ultramar.

2º Una comisión presidida por mí y compuesta de los señores Obispo de esta Diócesis, Secretario de Gracia y Justicia y Gobernación, como Notario Mayor, Gobernador Civil, Gobernador Militar, Dean de la Catedral, el Doctor en Medicina que designe la Junta Superior de Sani-

dad (41) y Arquitecto del Estado, se hará cargo de presenciar y examinar el nicho que guarda los referidos restos y adoptará las medidas que se considere necesarias para llevar á cabo la remisión a la Península de los mismos y del monumento, levantando de todo la correspondiente acta. Para cumplir su cometido, esta comisión se reunirá el lunes 26 del actual, á las nueve de la mañana, en la Iglesia Catedral.

3º Por la Secretaría de Hacienda se abrirá un crédito de *tres mil pesos* para atender á los gastos que ocasione el desmonte y embalaje del monumento y las demás diligencias á que dé lugar su envío a la Península”.

El día de la exhumación fueron tomadas todas las boca-calles por fuerzas armadas a fin de impedir el tránsito por las inmediaciones de la Catedral, no habiendo podido el Dr. Jorge Le

(41) Lo fue el Dr. Garganta; así nos lo ha dicho en carta nuestro ilustre amigo Monseñor Ruiz, obispo de Pinar del Río, que estuvo presente con nosotros en la exhumación.

Roy llegar allí aquella mañana por ese motivo. A él nos hemos dirigido para conocer el cuerpo o cuerpos que prestaban el servicio por las calles que daban acceso al templo y nos ha contestado no saberlo, pero que supone fueran los voluntarios que eran los que realizaban las guardias de la ciudad.

Tanto el Dr. Le Roy como nosotros, hemos buscado noticias en la prensa de la época y nada nos dice respecto a este y otros particulares.

LOS RESTOS DE COLÓN (42)

“Como habíamos anunciado anteriormente esta mañana a las nueve fueron conducidos de la Santa Iglesia Catedral al crucero “Conde de Venadito”, que los conducirá á España, los restos del ilustre genovés Cristóbal Colón, descubridor de este continente.

A las nueve y en el carro número 22 de la Sanidad Militar, engalonado y tirado por cuatro parejas de mulos, fué trasladada la caja de hierro

(42) *El País*, 12 Dbre. 1898, número 295, 2a. plana, final de la columna 2a.

que contiene los restos, desde la Catedral a la Machina, custodiados por una sección de rifleros.

Seguían al carro los carruajes del Excmo. Sr. Capitán General acompañado de sus ayudantes, el Secretario de Gracia y Justicia y Gobernación, el Gobernador Militar de la Plaza, el Provisor del Obispado, el Gobernador Civil, el Alcalde Municipal, el Arquitecto del Estado Sor. Saez Yañez, el Dr. Garganta que reconoció los restos de Colón, el jefe de Policía y otras personas.

En la Machina hicieron los honores de ordenanza fuerzas de desembarco de los buques de guerra surtos en puerto.

A las nueve y media fueron entregados al Excmo. Sr. Comandante General del Apostadero, la caja de los restos, firmándose el acta correspondiente.

Seguidamente y en la lancha "Esperanza" de la marina de guerra, fué conducida la caja al "Conde de Venadito", que izó la insignia de Almirante a media asta, colocando, tanto él como los demás buques surtos en puerto la bandera a media asta. Lo propio hizo el crucero de guerra de la marina americana "New York".

El "Conde de Venadito" hizo las salvas de ordenanza.

La lancha "Ligera" atravesó una línea de botes de la marina de guerra, que al pasar aquella, colocaron sus banderas a media asta y arbolaron los remos como está dispuesto en las ordenanzas navales.

Todos los jefes y oficiales de los buques de guerra surtos en puerto y de la Comandancia General, Capitanía del Puerto y Real Arsenal acudieron a la Machina.

La ceremonia resultó sencilla, pero solemne".

En *La Lucha* (43) se leía:

"A las 10 y media de la mañana de hoy han sido trasladados los restos de Colón, al crucero de guerra "Conde de Venadito", haciéndole los honores con 15 cañonazos e izando el buque la bandera de contra-almirante".

(43) Número 237, 2a. plana, columna 7, correspondiente al 12 de diciembre. Año XIV.

LA ESCUADRILLA (44).

“El martes por la noche se hicieron a la mar con rumbo a la Península los cruceros de la marina de guerra española *Alfonso XII*, *Infanta Isabel* y *Conde Venadito*, este último conduce a su bordo los restos del gran Almirante Cristóbal Colón y los del jefe de Estado Mayor de la Escuadra de Cervera, señor Bustamante y del que anteriormente hemos dado cuenta en nuestras columnas.”

También, como se ve, se embarcaron para España en el “Conde de Venadito” los restos del Comandante Bustamante, muerto a consecuencia de las heridas que recibiera en el combate naval del 3 de julio.

En el libro de Actas del Consejo de Secretarios, existente en el Archivo Nacional, examinado que ha sido por nosotros, no aparece dato al-

(44) Este suelto fue publicado en el número 297 de *El País* correspondiente al 15 de diciembre de 1898. Está en la 2a. plana y última columna.

guno relacionado con la exhumación de los restos, de cuyo acto, según el decreto de traslado a España, debió levantar la correspondiente acta el Secretario de Gracia y Justicia y Gobernación que en aquella época, lo era el Dr. don Antonio Govín.

Así que, tanto el original como las copias parece fueron llevados para España en unión de los restos uno y con los archivos embarcados a última hora las otras, o se halla entre los legajos de Capitanía aún por ordenar, de los que existen más de mil en dicho Archivo.

No puede negarse en verdad, que el silencio casi absoluto que sobre estos particulares se guardó, resulta significativo. ¿Sería por evitar un conflicto que pudiera originarse ya en la paz, si no se admitiese que España llevara los restos de Colón, o acaso para que no renaciera la polémica originada por el P. Cocchia después de veinte años y cuando se les iba arrancar aquéllos a la América?

El libro de Actas de las Sesiones del Consejo de Secretarios de la Isla de Cuba, a que nos referimos contiene 500 folios numerados del 1 al 500

inclusive y da principio en 1º de enero de 1898, firmándolo el doctor Rafael Montoro. La última acta es de fecha 14 de Dbre de 1898 —y está firmada por el Secretario Eduardo Dolz y José M^a Galvez, Pte.

Lo cierra el Subsecretario Miguel María Chomat.

El señor don Luis Carmona, jefe que fue del Negociado de Ayuntamientos en la Secretaría de Gobernación durante el régimen autonómico nos asegura que por su propia mano pasó y fue remitida para el Archivo de Cuba, en los últimos días de la dominación española, el acta de exhumación de los restos, al extremo que él recuerda la brevedad del contenido y hasta la letra del doctor Govín.

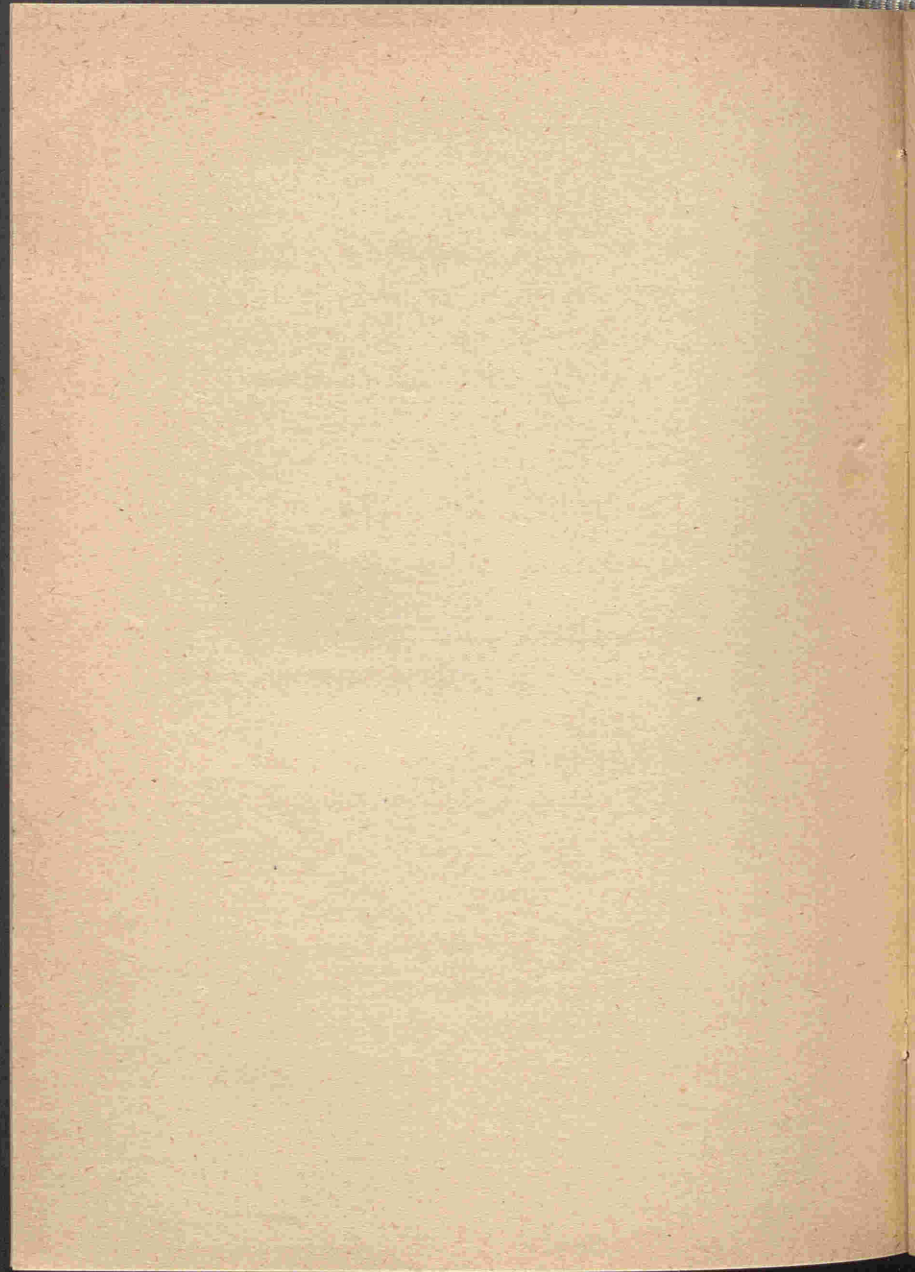
Este dato nos ha hecho volver en los últimos días de septiembre al Archivo Nacional; pero nada hallamos más de lo conocido; solo existe la esperanza de encontrarse, de no haberse llevado a España, el día que se termine la ordenación de los mil legajos que aún se hallan mezclados, correspondientes a la Capitanía General.

Y en la Catedral nada existe. Después de la

exhumacion de 1898 y del traslado a Sevilla no hay una sola acta referente al asunto. Tampoco hay asiento alguno en el libro de defunciones correspondiente del Sagrario o sea de la parroquial, donde se nos ocurrió extender la búsqueda por haber encontrado allí el asiento del traslado a la Habana desde Santo Domingo en 1796.

Por todo esto puede asegurarse que los datos oficiales sobre la última remoción de los restos del Primer Almirante son muy pocos y todos van aquí. Ello nos complace aun cuando nos haya costado alguno la demora de más de seis meses en la publicación del libro.

Capítulo adicional



Capítulo adicional

A causa de no haber podido disponer de tiempo para trasladarnos al Archivo del Ayuntamiento y ser indispensable el requisito de la autorización del señor Alcalde para penetrar en aquél a tomar las notas necesarias que siempre supusimos allí habrían, se nos imposibilita colocar dichas notas y documentos en el lugar que les correspondía cronológicamente, en la segunda parte de este libro; pero dado su valor histórico hemos creído necesario no desperdiciar ese material, que ponemos ahora a continuación:

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS Y LINGÜÍSTICOS

BIBLIOTECA

ACTA DE LA SESIÓN EXTRAORDINARIA DEL
AYUNTAMIENTO EN QUE SE DIO CUENTA
DEL ANUNCIO DE TRAERSE A LA HABANA
LOS RESTOS DE COLON (45).

Al margen dice:

“Convocatoria extraordinaria de 9 de Enero de 1796.

El Sr. Govr. s^e la llegada de los huesos de Colon”.

“En la ciudad de la Havana en nueve de Enero de mil setecientos noventa y seis se juntaron en Cavdo. extraordinario los S. S. D. José Agustin de Peralta y Dr. D. Antonio Morejón Alcaldes ordos. de esta Ciudad y su Jurisdiccion Dn Miguel de Cárdenas y Chacon Tente. de Rexor. Algl. mor. D. Miguel García Barreras Tente. de Rexor. Fiel executor D Mateo de Pedroso D. Sebastn. Peñalver Barreio Tente. de Rexor D Franco. Peñalver Cardenas y D Gonzalo de Herrera Tnte. de Rexidor D. Baltasar de Sotolongo D Luis Ignacio Cavallero y D

Jose Armenteros y Gusman rexidor y con asist^a del Cavro. D Manuel José de Torrontegui Sind^o. Pror Gral se trató y acordó lo siguiente—En este Cavildo se leyo un oficio del Exmo Señor Govr. y Capn. Gral donde manifiesta que el generoso celo por las glorias de la nación de que estan animados los Gefes que se hallan actualmente á la cabeza de diversos cuerpos del Estado en la Isla de Santo Domingo mostrandose atento a la preservación de los restos del cadaver del inmortal Colon proporciona á esta Ciudad la gloria de poseer dentro de sus muros ese precioso deposito trasladado de aquella Isla en el navio de guerra San Lorenzo para ser colocado en la Santa Iglesia Catedral hasta tanto que Su Magd. se sirva disponer lo que tuviere a bien acompañando igualmte una copia de cetifn. del Escrivano de Cámara de la Rl. Aud^a de Santo Domingo en que se describe el orden con que se exhumaron y trasladaron en aquella Plaza estos apreciables restos hasta su entrega en la orilla del Mar al Señor Comte. Gral de la Esquadra de operations y Tte. Gral de la Rl. Armada D Gabriel de Aristazabal, para que con

presencia de todo pueda acordar este Ayuntamiento su concurrencia á tan memorable recepcion adoptando de aquel Ceremonial quanto fuere conducente á “que se execute con igual Pompa un acto lisongero á este Pueblo en cuyo funebre aparato debe manifestarse la respetuosa gratitud de los Españoles á la memoria del intrepido descubridor de un nuevo mundo que añadió al basto Imperio de la Corona de Castilla. Y penetrado este cuerpo de los más vivos sentimientos de gozo y estimacion a tan dignísimo heroe, acordó en intelig^a de lo referido que deviendo tributarse á sus cenizas profundo reconocimiento se costee la funcion por los Propios de esta Ciudad practicandola con el mas solemne aparato. Que el Cuerpo Capitular con su meritísima Cabeza reciva en el muelle el arca del Depocito con reconocim^{to}. de lo que contenga haciendose allí una posa para ése acto que presenciara el cavallero Rexidor Decano y formandose un Panteon á distancia de cinquenta ó sesenta pasos donde puesta el arca despues de un responzo se entregue al Cuerpo militar siguiendo la Ciudad tras él y bolbiendolo á tomar

en la Puerta de la Iglesia para conducirlo hasta el sepulcro asistiendo asi mismo dho. Cavro. Rexidor Decano; Concluído este acto al entregar la llave del Arca el Excmo Sor Govr. al Iltmo. Señor Obispo le acompañarán los cavalleros Rexidores Com^{os} que á todo lo expuesto asista el Escriv^o de este Ayuntamt^o para que de fee y pueda certificar exactamente las circunstancias de tales actos: Que se forme una lapida con inscripcion relativa al origen y Heroysmos de tan memorable persona—Que se haga una cópia de su retrato para colocar en la ante Sala Capítular. Que se citen para la función á todos los miembros de este Cuerpo con expresion que obliguen á la asistencia, verificandose con anticipación para que no se fustre la de aquellos que esten aucentes é incluyendose los S S. Propietarios, Contadores, oficiales Reales, Títulos de Castilla y cuantos tengan aciento pu^{co} en Cavdo. Que se suplique á su Ex^a remita un traslado legalizado y comprehensivo desde las primeras diligs en el asunto para que se agregue á esta por certificacion del citado Escriv^o y se archive en el de Cavd^o—Que se eleve á Su Ma-

gestad una reverente instancia suplicandole asimismo se digne disponer que dhos restos queden p^a spre en esta Ciudad—Y finalmte que se pida tambien á S. Ex^a permiso para imprimir las certificacs. expresiva de este funebre aparato á efecto de que se difunda la gratitud de esta Ciudad al meritisimo descubridor de su suelo y que igualmte. se sirva aprovar este acuerdo en todas sus partes:—Con lo que se concluyó este acto de que doy fee—Peralta—Morejon—Cardenas—Zayas Sta. Cruz—García—Pe, . . . —Peñalver—Armenteros”.

*
* * *

En 16 de enero D. Miguel de Cárdenas y don Manuel de Zayas Santa Cruz dirigieron en representación del Ayuntamiento un escrito al Capitán General D. Luis de las Casas en que le comunicaban que dicho Cuerpo teniendo presente el honor que se concedía a la ciudad de la Habana trayendo a ella los restos de Colón, había acordado sufragar los gastos de la función en honor de tan grande “héroe, que sus propios hechos le recomiendan perfectamente”.

También hay otro escrito que dirigen al Presidente y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral los comisarios encargados del plan para la función de recepcion. Véase una parte:

"... A esta voz el Gobierno político admira un heroe en su esfera: la milicia el soldado mas esforzado, é intrepido que ha alistado en sus vanderas: el Mar el Almirante mas perito que ha surcado los golfos esta Isla su descubridor: la Habana su conquistador y la Iglesia reconoce el primer instrumento de que se valio el ser supremo (46) para dilatar la luz del Evangelio en esta parte oscura del globo. A vista de estas circunstancias como podria esta Ciudad hacerse sorda á los gritos de la fama? ella en efecto ha celebrado Cavildo el nueve del corriente en que acuerda se haya de hacer el recibimiento conducción y deposito de sus reliquias con la mayor solemnidad y pompa posible segun mas latamente consta del testimonio adjunto. Y estando a nuestro cargo como comisarios executar el plan de la funcion, suplicamos á V. S. ven^e se digne

(46) *Sic.*

autorizar acto tan piadoso y memorable el día diez y nueve del que gira entre siete y ocho de la mañana con la esperanza de que a inst^a del M. I. A. el mencionado Excmo. Sor. Governador se servirá dirigir la suya á nuestro Augusto Monarca á fin de que conceda á esta Sta. Ig^a la gloria de conservar en sus bobedas tan inestimable tesoro...''

Existe también testimonio de la petición que hizo el Ayuntamiento al representante del Duque de Veragua para que suspendiese lo que tenía acordado respecto a sufragar los gastos del traslado y función de recepción en vista de tener ya dispuesto el Cabildo de la Ciudad hacerlo por su propia cuenta, según acuerdo tomado en la sesión del nueve de enero de aquel año, "teniendo esta por suficiente y atendiéndose á que considerandose la Ciudad tan obligada no puede dexar de realizar su reconocim^{to}...''

A esto contestó Don Pedro de Erice aceptando, y rogando al Ayuntamiento se le expidiese testimonio de todo lo acordado (47).

(47) El escrito es de 18 de enero, contestando al anterior, que es del 16, aunque dice *veinte seis*, por error,

LA LLEGADA DEL "SAN LORENZO"

Los comisarios del Ayuntamiento se dirigieron al Prelado de la diócesis en la siguiente forma: "Ilmo. Sor.—Habiendo comunicado al Iluste Ayunt^o el Excmo. Sr. Gov^{or} y Capn. gral. en oficio del ocho del corriente que las cenizas del inmortal Almirante Dn. Xiptoval Colon estan depositadas en la Nao de Guerra Sn. Lorenzo y que deben recibirse y trasladarse á la Sta. Catedral de esta Ciudad hasta la resolution del Rey Sr. penetrado este Cavildo de los mas vivos sentimientos de gratitud y gozo ha acordado con fha. del nueve del mismo se efectuen aquellos actos con la senptuosidad aparato y pompa que debe un suelo á su conquistador segun lo instruye mas latante. el testim^o adjunto. Y con gratulandose esta Ciudad de poseer en su seno un Heroe cuya falta llorava y cuya posesión cuenta por el mayor y mas feliz blazon

como se comprenderá y el 22 se dio cuenta del mismo en cabildo.

de su historia al mismo tiempo que nosotros lisongeados de que la suerte nos haya proporcionado ocasión de sensibilizarnos deseos estamos precisados como comisarios á dirigir fomentar y solemnizar cuanto esté de nuestra parte una función que debe decidir el reconocim^{to} de los moradores de esta Isla. Suplicamos á V. S. I. en nombre del mismo Ayunt^o se digne autorizarla con su venerable Clero el dia quince del corrt^e. entre siete y ocho de la mañana en que se há de verificar el recibim^{to} y conducción contribuyendo de este modo el Cuerpo Eclesiastico á satisfacer el merito que contrajo aquella Alma digna de eterna memoria en dar mas extension al Evangelio con el descubrimiento de este nuevo Mundo..." (48).

El Ilustrísimo Obispo Trespalacios, que lo era entonces de la Habana, como se sabe, dirigió a los mencionados comisarios señores Cardenas y Zayas Santa Cruz el siguiente oficio: "Muchos días há que por Cedulones fijados á las Puertas de las Sacristías de mi Sta. Ig^a Catedral Parro-

(48) Lib. cit.

quiales y Auxiliares de esta Ciudad y los extramuros tenía convocado el clero p^a su concurrencia á los solemnes actos funerales que el M. I. Ayuntamiento ha dispuesto en la conduccion y deposito del polvo á que se ha reducido el maior de los Almirantes el descubridor de estas el incomparable D. Cristobal Colon y que V. S. S. me participan en su oficio con fecha de ante de ayer: Y aunque por su tenor veo V. S. S. se contestan con sola mi asistencia á las funciones prevenidas, Yo me adelanto á autorisarla con misa pontifical en que pr. mi mismo ofrezco al Dios de las Misericordias el expiatorio sacrificio pr. el Alma de tan insigne Heroe que parece ha venido en mi seguimiento de la Isla Española donde puntualmente me instruio de sus maiores Proesos y logré el mas alto conocim^{to} de su merito. Dios guarde a V. S. S. ms. as. Hav^a diez y ocho de enero de mil sets. Noventa y seis.
—Phelipe Jph Sopo de la habana.” (49)

(49) Lib. cit.

DESPUÉS DEL TRASLADO Y ENTIERRO DE LOS RESTOS.

El 22 de enero de 1796 reunido el Cabildo de la Ciudad, se trató de la recepción hecha a los restos de Colón, así como de pedirle al Pbro. José Agustín Caballero el sermón para imprimirlo por su cuenta el Ayuntamiento, comunicación a que contestó el ilustradísimo sacerdote habanero haciendo mención del oficio de 29 de enero, como se puede ver en las páginas 100, 101 y 102 de este libro; y no será extraño que tenga esa fecha y no 22 de enero, (día de la sesión) porque el 29 hubo nuevamente Cabildo y en éste habían de aprobarse con el acta los acuerdos del anterior.

La parte del acta (50) que se refiere a la recepción y petición al P. Caballero de su sermón dice:

“...En este Cavdo. dieron cuenta los S S. Com^{os} de las ultimas diligs practicadas en virtud

(50) *Actas trasuntadas.* Lib. cit.

de la Comisión qe. se les confirió para la función fúnebre del Almirante D Chistoval Colon acompañando Copia de los diversos oficios que dirijieron y las respuestas de ellos y no pudiendo este Ayumto. dexar de reconocer el particular Celo eficacia y acuerdo con que desempeñaron en todo aquel encargo se les dieron por unánimes acuerdos devidas gracias. Hicieron presentes así mismo como el Presvitero Dr. D. Agn. Cavallero que pronunció el sermón lo havia hecho graciosamente sin haver querido aceptar paga alguna. Por cuyo motivo y el de haver sido su oración muy digna del aprecio de este Cuerpo acordó que á nombre de él pasasen en oficio los mismos S. S. Com^{os} al ante dho Dr. manifestándole su reconocimiento y dándole por todas las gracias á qe. es acreedor. Que se le pidiese copia del sermón para que se imprimiera a costa del fondo de Propios y se agregase al expediente de la materia. E igualmente qe. se reiterase al Excmo Sor Govr. y Capn. Gral la suplica de que se sirva remitir las demas dilig^{as}. y retrato pedido á su Exa. por este Ayumto..."

También conoció el Ayuntamiento en esta se-

sion de 22 de enero del escrito dando las gracias, del representante del Duque de Veragua, en nombre de éste, de su apoderado D. Juan Bautista de Oyarzabal y en el suyo propio al pueblo de la Habana por el homenaje que había rendido á los restos del preclaro ascendiente de su representado; "la función más brillante que había visto quizás el Pueblo Havano". Véase el acta:

"...En este Cavdo. lei un oficio dirigido por D. Pedro Juan de Erice cuyo tenor es el Sigte—
Aqui el oficio, (51) Y concluida su lectura se acordo que dar en su intelig^a y que se conteste por los S S. Comos proveyendose del testimonio que se solicta..."

En el acta (52) del Cabildo ordinario celebrado el 5 de febrero se lee:

"...En es este Cavdo. los S S. Comos manifestaron la contestacion del Dr. D Jose Agustin

(51) Este oficio se halla copiado, aunque no en el acta, en el propio libro y aparte.

(52) Lib. cit.

Cavallero y el sermon (53) que acompaña, cuyo tenor es el Sigte. —Aquí todo y concluida su lectura se acordó Que unido todo el espediente los S. S. Comisarios continuen las diligs. necesarias aconseguir las lizencias pa. su impresion segn. está acordado...’’

Después de darle cuenta al Duque, el señor Erice, aquél desde la Coruña, en 30 de marzo del mismo año expidió una carta para el Ayuntamiento de la Habana, en que después de hacer historia de su ascendiente y del descubrimiento de Cuba y Santo Domingo se mostraba reconocido y satisfecho del pueblo habanero por el dignos tributos ofrendados a Colón el día 19 de enero. No insertamos el documento por su gran extensión.

El día 3 de junio, en sesión ordinaria se trató del asunto, pues en el acta (54) vemos:

En este Cavdo. lei un oficio dirigido por el Exmo Sor. Duque de Veraguas cuyo tenor es el

(53) Es el que se encuentra en las págs. 100, 101 y 102 de esta obra.

(54) Lib. cit.

siguiente—Aquí el oficio. Y concluída su lectura se acordó quedar en su intelig^a y que se le conteste á S. E. pr. los S S. Comisarios...”

Del acta (55) del cabildo de 6 de junio tomamos lo siguiente:

“...En este Caydo. havdo. hecho presente el Sor. D. Luis Ign^o Cavallero que mediante á que el Exmo. Sor Almirante Duque de Veraguas y de la Vega Marques de la Jamayca havia manifestado su reconocimiento á esta Ciudad á impulsos del circunstanciado informe que dio su apoderado D. Pedro Juan Erice le parecia que este Ayunt^o le insinuase su gratitud por medio de los S S. Comisarios en un oficio y en su consecuencia se acordó que dichos Señores lo verificaran...”

En el cabildo ordinario de 23 de junio de 1796 se dio cuenta de un oficio de D. Pedro Juan de Erice sobre los huesos de Colon (56).

(55) Lib. cit.

(56) No se especifica en ésta el particular que le hace remitirlo, sabiéndose solo que se trata de los restos por el título marginal que hay en el libro.

Unas líneas finales.

No queriendo alargar más este trabajo para que no nos resulte tan costosa la impresión, que confesamos grande sacrificio dados nuestros escasos recursos de orden económico, hagamos algunas consideraciones que nos ha sugerido el estudio de este asunto antes de poner punto final.

En el trabajo que presenta Cronau al final del tomo primero de su obra *América* sobre los restos de Colón, asegura que los auténticos son los que estaban en la Catedral de Santo Domingo y que ahora se tratan de llevar o han sido llevados ya a la Exposición de San Francisco para ser exhibidos.

Funda su aserto en el lugar donde fueron hallados y en las inscripciones que se vieron en la

caja y placa de plata, las cuales examinó él en 1891 a presencia de los cónsules de diferentes naciones.

Acompaña en su obra varios grabados, como son el altar mayor y lugares de los nichos, un plano del mismo, las inscripciones tales como fueron dibujados en un principio y rectificadas por él, así como la caja de plomo abierta pudiéndose ver los restos que contiene.

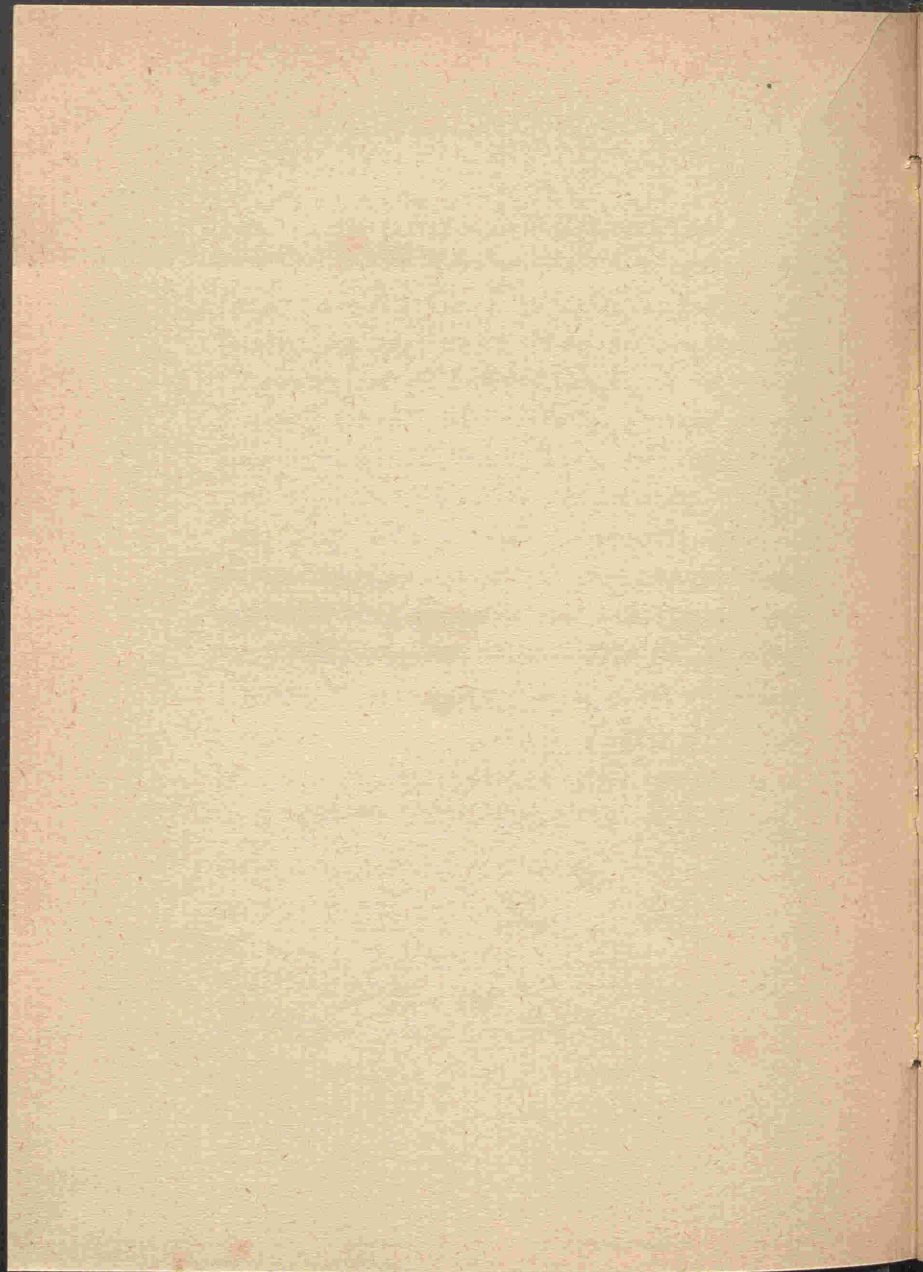
Por cierto que si llama la atención el hecho de convenir las inscripciones con las que corresponderían a Cristóbal Colon, no la llama menos el de hallarse enteros y bien conservados los huesos largos o sean de los brazos, piernas y otros, que claramente se descubren en el grabado; pues en el tiempo transcurrido desde la muerte de Colón y las vueltas que han dado sus restos, parece inconcebible ese estado de perfecta conservación.

Hubiéramos querido haber conocido también, que no hemos logrado, algo de lo mucho que en sentido opuesto se ha hecho; pues no todos habrían llegado con su informe redactado al pisar

la tierra de Santo Domingo, como asegura Cronau respecto al señor Colmeiro.

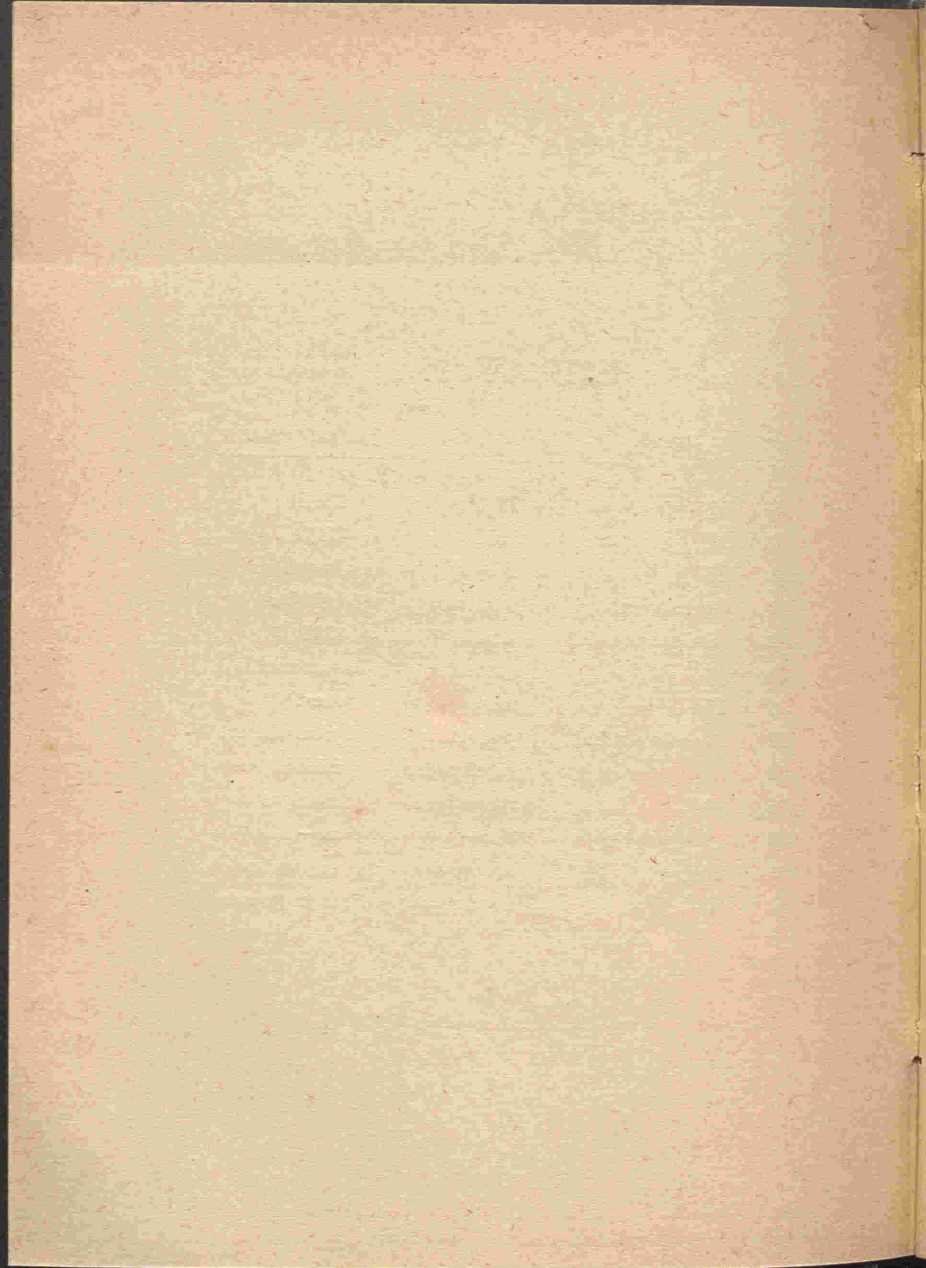
Como quiera, en fin, que sea, los honores que a unos y otros restos se les hayan tributado, siempre corresponderán a Cristóbal Colón, que es al que se honra y glorifica, no importa donde estén y si se acordase algún día declarar por un tribunal internacional de la Historia que los auténticos despojos de Colón son los de Santo Domingo y no los de Sevilla, sea en buen hora y tanto mejor para los que somos de la América porque al fin al cabo entre nosotros estarían y en el lugar que quiso él descansar para siempre.





ERRATAS

PÁG	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
6	11	1881	1891
7	11	1881	1891
13	5	Diego	Bartolomé
13	4 de la nota 6	posterior	inferior
20	4 de la nota 18	1796	1795
29	8	automía	autonomía
30	16	més	mes,
40	1 de la nota 32	y efecto,	y en efecto,
62	12	septiembre	noviembre
73	4	mereciera	meciera
145	9	des—	as—
161	10	momento	monumento
162	17	momento	monumento



INDICE

PRIMERA PARTE

Las cenizas de Colón	5
Partida de entierro	22
Los antecedentes del traslado	25
El monumento	56
Cómo era el monumento	65

SEGUNDA PARTE

Acta de la recepción y funerales	79
Escrito de Pbro. José Agustín Caballero al Ayuntamiento de la Habana	100
Elogio fúnebre de Colón por el Pbro. J. A. Caballero	103
En 1812 se dispuso el traslado de los restos a Santo Domingo	138
La lápida primitiva	142

La renovación de los restos en 1822	147
La otra lápida (esta parte está indicada con asteriscos)	159
La exhumación de esta época	168
Señalamiento de la fecha para nueva colocación de los restos en el nicho	171
Acta del depósito de los huesos y colocación de la lápida	174
El cuadro del frente	178
La discusión sobre la autenticidad	182
Notas del traslado de 1898	187
Los restos de Colón	190
La escuadrilla	193

CAPITULO ADICIONAL

Acta de la sesión extraordinaria del Ayuntamiento en que se dió cuenta del anuncio de traerse a la Habana los restos de Colón	199
La llegada del "San Lorenzo"	207
Después del traslado y entierro de los restos	210
Unas líneas finales	215
Erratas	219
Indice	221

**ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS**

BIBLIOTECA

Este libro titulado
LAS CENIZAS DE COLON
por el

DR. JESUS SAIZ DE LA MORA,
se imprimió en los talleres de CUBA INTELECTUAL,
en la Habana, Santo Tomás, 30, Cerro.

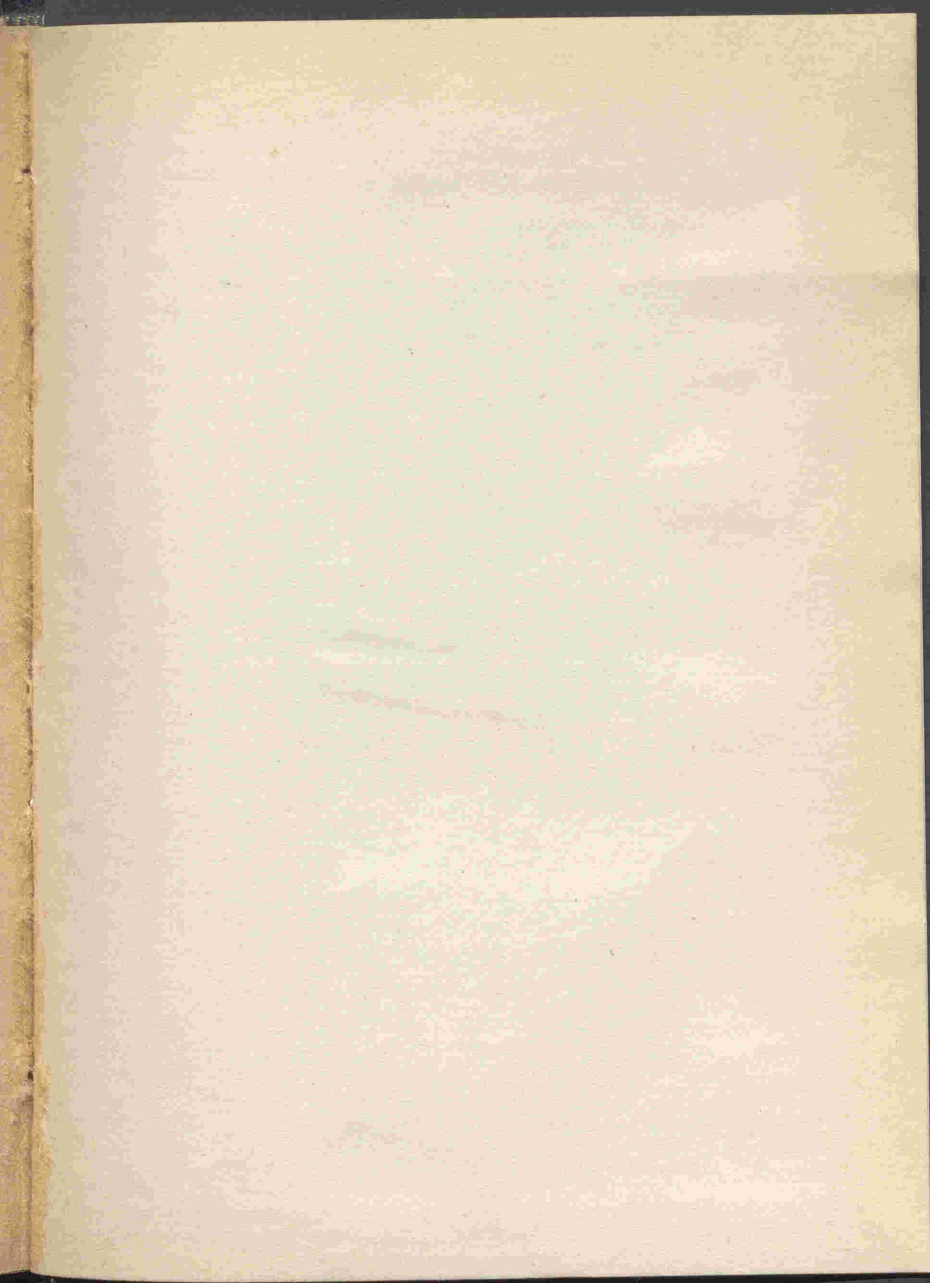
Diciembre de 1915.

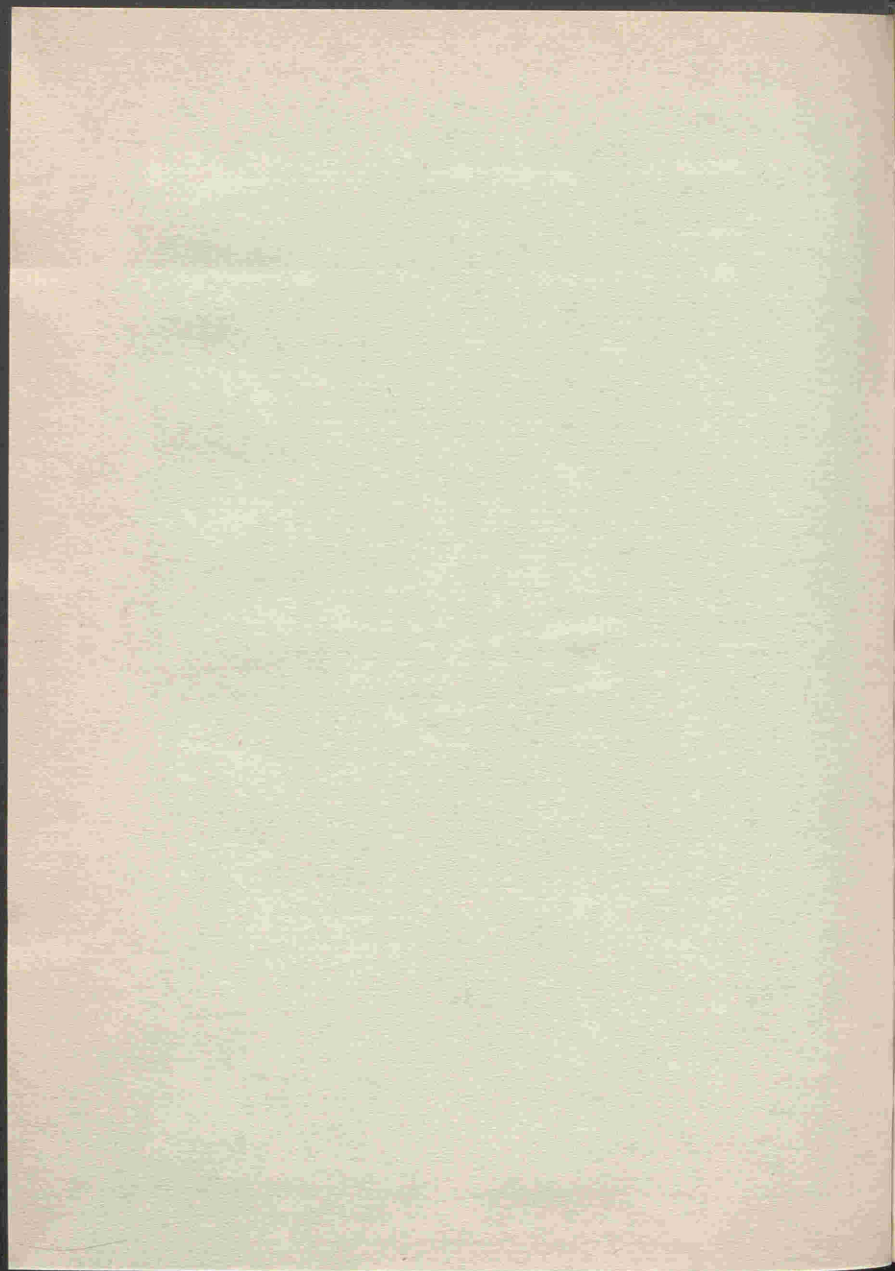
Trabajos del autor

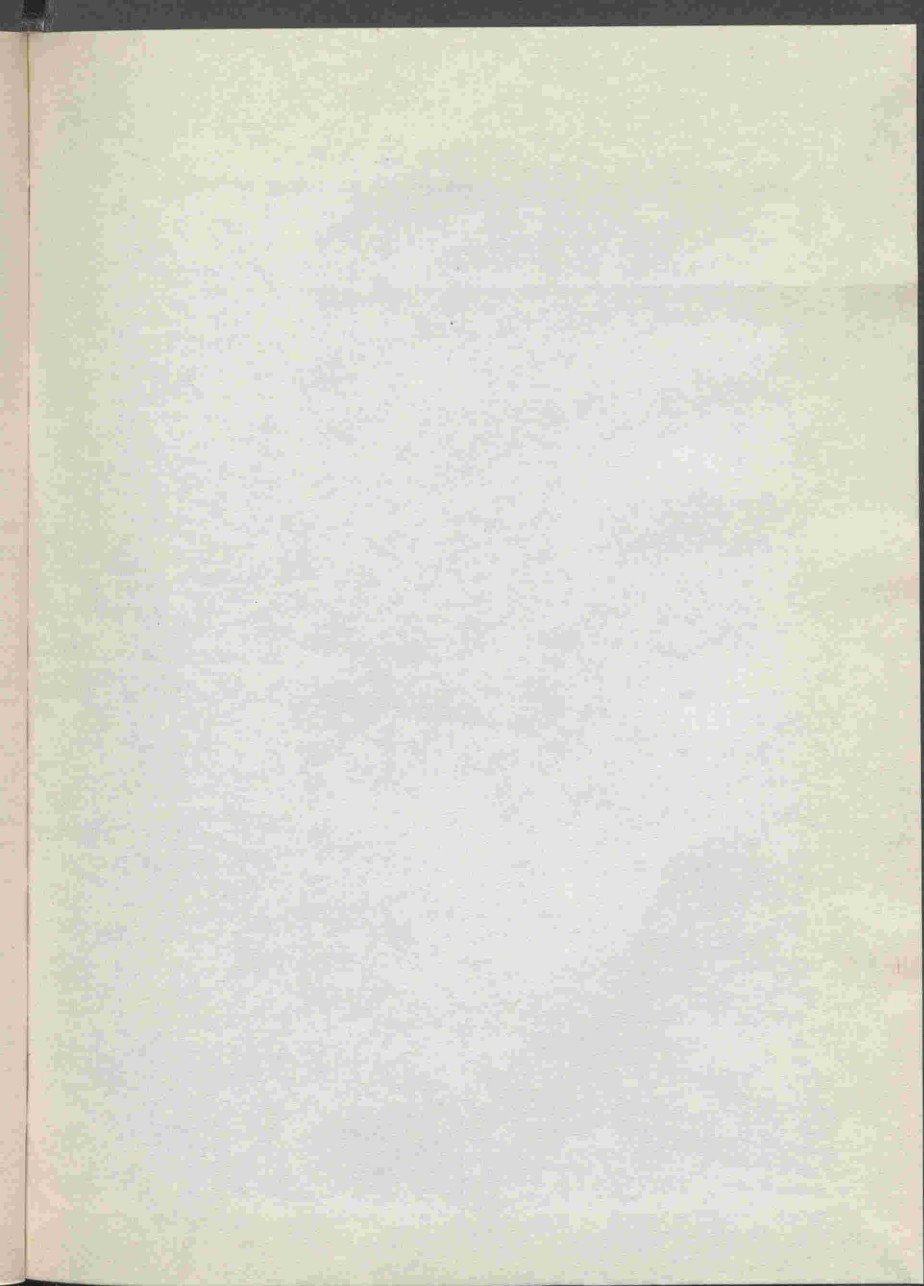
- Apuntes y reflejos*: Colección de artículos sociológicos, biográficos, críticos, educacionales, etc., política internacional y local. "La Opinión".
- Notas pedagógicas*: Exposición y crítica de trabajos de esa índole. "La Opinión".
- Cuestiones pedagógicas*: Serie de artículos publicados en el diario "Cuba".
- Artículos dispersos*: Crítica de libros, biografías, reseñas y juicios históricos, artículos sociológicos, educacionales, necrológicos, etc., diseminados por los diarios "Cuba", "El Comercio", "La Noche", "La Opinión" y revista "La Instrucción Primaria".
- Juan Bautista de la Salle y su obra*: (Conferencia). Publicada en "Cuba" y recogida en un folleto.
- La toma de la Bastilla: causas de la revolución francesa* (Conferencia); publicada en "La Opinión".
- Prólogo al libro D. José de la Luz Caballero por Luz Duarte*.
- La fundación de la Habana.—¿Cuándo es el centenario? —1515-1915. 1519-1919.* (Folleto) publicado en "El Comercio" y "Revista Habanera".
- José Manuel Mestre.—La traslación de sus restos. — Datos biográficos*: (Folleto) publicado en "El Comercio".
- La Escuela de los jesuitas.—Estudio del sistema de enseñanza*:
- Breve Historia de la Compañía de Jesús*: (inédita). "Revista Habanera". Decenario. Años I, II, III.
- Las cenizas de Colón*.

EN PREPARACION:

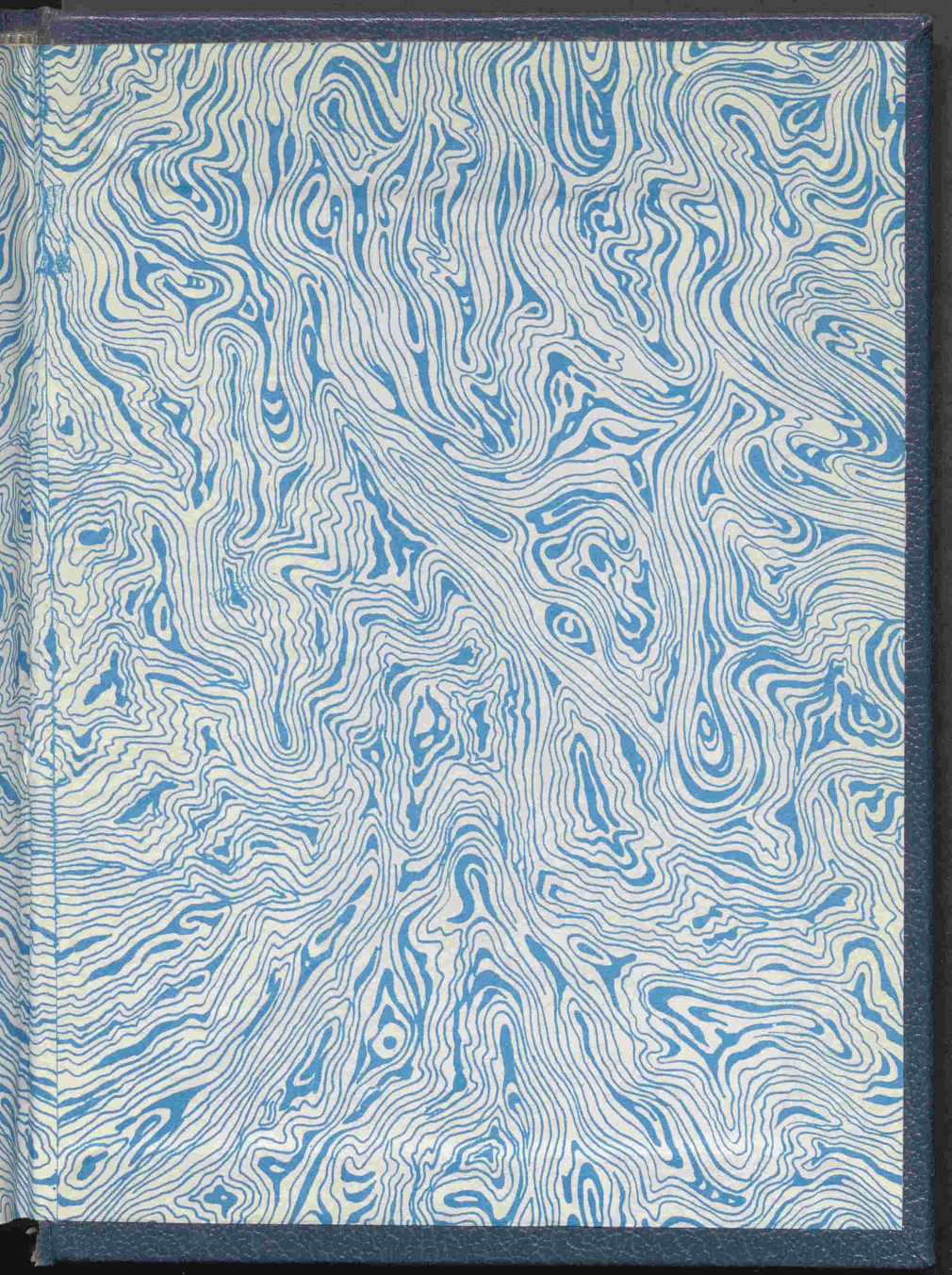
Una bibliografía.















A

2961